

DESEO

HARLEQUIN™



JOSS WOOD

UN MATRIMONIO PERFECTO

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Era un príncipe azul... con condiciones.

El mujeriego multimillonario Jonas Halstead tenía noventa días para casarse si no quería quedarse fuera de la dinastía hotelera a la que pertenecía. Lo que necesitaba era una mujer práctica con ideas afines a las suyas que no buscara enamorarse perdidamente.

La tentadora oferta de Jonas podría salvar a Katrina Morrison de la ruina, pero ¿cómo podía ser su esposa solo en un papel cuando el deseo amenazaba con romper las normas de su estricto acuerdo? A medida que la pasión complicaba el camino al «sí, quiero», ¿se enamoraría Kat del hombre al que iba a prometer honrar y amar mientras durara su matrimonio temporal?

Capítulo Uno

Otro mes, otro desayuno. ¿Cuántos desayunos de negocios habían compartido? Jonas Halstead llevaba cinco años como director ejecutivo de Halstead e Hijos. Había hecho las cuentas: sesenta desayunos.

Sesenta reuniones de tres horas con el hombre conocido como el Tiburón Blanco de la Costa Oeste. Jack, que además era su abuelo, tenía fama de ser el empresario más implacable, y en ocasiones moralmente ambiguo, a ese lado del país.

Jonas preferiría que lo torturaran antes que tener que asistir a esa reunión cada mes.

Al ocupar el puesto de director ejecutivo les había prohibido a sus empleados que trataran directamente con el presidente del consejo, ya que poca gente podía soportar los modales bruscos de Jack, sus interrogatorios y sus advertencias directas sobre posibles situaciones desastrosas. Pocos, incluso los que eran auténticos animales corporativos, podían soportar su agresividad y su búsqueda de la perfección.

Jonas había aprendido que, para conservar a su plantilla, tenía que protegerla de Jack. Eso significaba que el que quedaba expuesto era él, pero, bueno, podía con Jack y, además, ganaba una pasta. Estaba deseando que llegara el día en que pudiera dirigir Halstead e Hijos sin las críticas constantes de su abuelo.

El apellido Halstead no era de fiar y, aunque a Jack no le importaba lo más mínimo y de hecho decía «Mejor que esos cabrones nos teman, es bueno para el negocio», Jonas no soportaba que se dudara de su palabra y se cuestionara su integridad. Era un hombre de negocios duro e implacable, pero cuando daba su palabra, la mantenía. Siempre.

Su familia tenía fama de hacer tratos legales aunque de dudosa moralidad; de perder la integridad en la búsqueda del todopoderoso dólar. Ver la desconfianza en la cara de sus inversores, proveedores y

competidores lo avergonzaba de forma descomunal. Estaba decidido a rehabilitar el nombre de la empresa e igual de comprometido a forjarse una reputación como hombre de fiar.

Parecía que estaba haciendo progresos, aunque le estaba llevando muchísimo tiempo.

Además, seguir teniendo a Jack como presidente del consejo tampoco ayudaba. Pero, joder, era la empresa de su abuelo y, mientras el viejo no decidiera soltar las riendas, lo único que podía hacer él era intentar controlarlo. Y proteger a su preciada plantilla.

Subió la escalera hacia la ostentosa casa de playa en la prestigiosa Palisade Beach Road, Santa Mónica. Perteneecía a la familia desde hacía muchas generaciones, desde mucho antes de que la élite hollywoodiense descubriera la zona. Jonas había crecido ahí. Bueno, había pasado su infancia de una casa a otra; un niño sin madre reclamando atención de su impasible padre y de su exigente abuelo.

Entró en el espacioso vestíbulo y saludó a Henry, el mayordomo. Deseoso de quitarse de en medio la reunión, atravesó la mansión de estilo colonial español hasta la zona exterior con sus vistas de ciento ochenta grados a la playa y el océano. Hacía viento y había olas altas, las condiciones perfectas para un poco de surf o kitesurf. Bajó los escalones hasta el patio, esa zona sombreada por los árboles era el lugar favorito de Jack para comer.

Su abuelo estaba sentado a la cabeza de la mesa, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz y una taza de café en mano mientras leía la sección de negocios del periódico, uno de sus hábitos diarios. A Jack le gustaban sus hábitos, tanto en lo profesional como en lo personal. No le gustaban las personas, ya fueran hijos, nietos, colegas o empleados, que no seguían las reglas, y la forma de Jonas de llevar la empresa le suponía una fuente constante de irritación. Pero, por mucho que quisiera mostrar su desaprobación, no podía rebatir las cifras: desde que Jonas se había convertido en director ejecutivo, el flujo de dinero y beneficios había crecido a ritmo constante.

Al llegar se fijó en que Preston McIntyre estaba allí. ¿Por qué iba a desayunar con ellos el abogado de su abuelo? Le estrechó la mano y miró a Jack, que lo miró como diciendo «Te lo explicaré cuando lo considere». Ese hombre era más terco que una mula.

—Buenos días, Jack —dijo sentándose.

Cuando era pequeño lo había llamado «abuelito Jack», pero llevaba mucho tiempo dirigiéndose a él por su nombre de pila.

—Jonas. Desayuna algo.

Jonas agarró el plato de ensalada de fruta.

—¿Cómo va Cliff House? —le preguntó Jack.

Cliff House era su proyecto más reciente, una propiedad que en la década de 1920 había sido el hotel más lujoso de Santa Bárbara. Ahora mismo era una ruina, pero tenía unas vistas y un potencial increíbles y, lo mejor de todo, Jonas la había adquirido arrebatándosela a Harrison Marshall en sus propias narices. Harrison era un chef y restaurador reconocido mundialmente, además de amigo de la familia, y quitarle la propiedad había sido divertido, además de una apropiación limpia: sencillamente había ofrecido más dinero y el dueño había aceptado enseguida.

—Bien de tiempo y dentro del presupuesto.

—No esperaba menos —contestó Jack con brusquedad—. Dame más datos.

Jonas le dio un informe verbal mientras miraba de soslayo la casa de al lado, más pequeña pero impresionante de todos modos. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas. Eso significaba que su padre estaba en Europa buscando arte que añadir a su ya extensa colección.

Toda esa riqueza estaba asociada a su apellido. Las casas, los coches, la posibilidad de no volver a trabajar en su vida. Esa había sido la elección de su padre. Jonas se estremeció. A él el trabajo le llenaba los días; era lo que le daba sentido a su vida, lo que le hacía mantener la cordura.

Era demasiado ambicioso. En ese sentido, era como su abuelo: un adicto al trabajo decidido a hacer crecer la empresa familiar. Además, ¿qué iba a hacer, si no, con su tiempo?

A veces se preguntaba si sería así de haber tenido una infancia más amable; si su abuelo y su padre no hubieran estado agobiándolo con que lo hiciera todo mejor, con que fuera mejor. Los dos habían dado por hecho que sería el futuro de la empresa, el quinto Halstead que dirigiera su imperio multigeneracional. Jack le había inculcado independencia, tanto de pensamiento como de acto, y la noción de que había que ganar a toda costa. Lane, su padre, no creía en expresar ningún tipo de emoción. De pequeño Jonas ya había aprendido a contener los sentimientos porque eran herramientas que su padre usaba para burlarse de él o denigrarlo.

Pero de nada servía mirar atrás. Debía centrarse en el presente.

Jack se recostó en la silla y le pidió que sirviera el café. Preston no había dicho nada en esa media hora y Jonas volvió a preguntarse qué haría ahí el abogado. ¿Qué estaría tramando su abuelo?

El hombre, con unos ojos verdes intensos como los suyos, miraba a la playa. Al rato lo miró y dijo:

—Voy a rehacer mi testamento.

Joder, ¿otra vez? Pasaba lo mismo cada cinco años más o menos. Por lo que sabía, él heredaría las acciones de Jack, y su padre, un seguro de vida cuantioso además de la mayoría de las propiedades personales de su abuelo excepto esa casa.

—Esta propiedad y mis acciones serán tuyas.

Bien. Se cabrearía mucho si hubiera estado trabajando dieciséis horas al día durante una década a cambio de nada.

—Gracias —dijo, porque sabía que era la única respuesta que Jack quería o toleraría.

—Pero...

—...solo si te casas en los próximos noventa días.

¿Qué cojones...?

Tuvo que controlarse mucho para no levantarse. ¿Es que su abuelo había perdido la chaveta?

—Eso es pedir demasiado, Jack. ¿Hay alguna explicación?

—Estás enfadado —dijo Jack en tono de diversión.

—¿Tú no lo estarías?

—Claro. Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero no pienso cambiar de opinión. O te casas o lo pierdes todo.

Jonas se frotó la frente y miró a Preston.

—¿Esto es legal?

Preston le lanzó una mirada compasiva.

—Son sus bienes y puede repartirlos como quiera. Es chantaje, pero es un chantaje legal.

—He tomado una decisión —dijo Jack ignorando el comentario del abogado—. Cásate en noventa días y lo pondré todo a tu nombre, te daré esta casa y el control absoluto de la empresa.

—¿Y si no lo hago?

—Tu padre heredará mis acciones. Las quiere y cree que tiene derecho a ellas por ser el siguiente en la línea sucesoria. Ha expresado su deseo de volver a la empresa —añadió con aspereza.

«Por encima de mi cadáver», quiso decir Jonas, pero se contuvo.

—Dice que está aburrido, que ya es hora de volver y ocupar su lugar como el siguiente Halstead en dirigir nuestra empresa.

«¡Pero si Lane ha robado a la compañía para pagarse su adicción al juego!». Estuvo a punto de decirlo, pero no pudo. ¿A quién protegía al guardar el secreto? ¿A Jack? ¿A su padre? ¿A sí mismo?

—Se largó —fue lo único que pudo decir a modo de protesta.

—Pero sigue siendo un empresario con talento. Y es mi hijo.

—¿Y todo el trabajo que he hecho desde que se marchó no ha significado nada? ¿Lo harías sin mi consentimiento?

Jack se encogió de hombros.

—Mi prioridad siempre será lo que considere mejor para Halstead.

Claro, cómo no, ¡que Dios lo librara de anteponer los deseos de su nieto a la empresa!

—Has hecho un trabajo razonable, pero ¿qué o quién viene detrás de ti? Cuando eras un veinteañero salías con un montón de chicas y me daba igual, pero estás a punto de cumplir treinta y cinco y me preocupa que no sientes la cabeza nunca.

—Llevas soltero más de cincuenta años, así que me parece un poco hipócrita que juzgues mi estilo de vida.

—Estuve casado. Tuve un heredero y Lane hizo lo mismo. Tú no. Deberías estar casado. A estas alturas ya deberías tener un hijo o dos.

—¡Ahora la gente se casa y tiene hijos más tarde!

—Quiero verte casado. Quiero conocer a tu hijo. Quiero asegurarme de que la fortuna Halstead no salga de la familia.

—Me sorprende que no me hayas exigido también que engendre un hijo en tres meses.

—No soy tan exigente. Dicho esto, si te casas, hay muchas probabilidades de que de esa unión salgan hijos. Con el tiempo. Y te conozco lo bastante bien como para saber que detestarías tanto como yo que alguien ajeno a nuestro linaje se beneficiase del dinero Halstead, de generaciones de esfuerzo y trabajo.

¿Linaje? Jack hablaba como un señor medieval.

—No estamos en la Inglaterra del siglo XVI, Jack. ¡Y no me hace gracia que te entrometas en mi vida!

—¡Venga ya! Los matrimonios concertados llevaban funcionando cientos de años antes de que el amor lo enturbiara todo. Es sencillo, Jonas. Cásate y te daré Halstead. No te cases y tendrás que aguantar a tu padre.

Jonas maldijo para sí. Jack sabía muy bien qué botones pulsar. Sabía que Jonas haría lo que fuera con tal de mantener a su padre alejado de la empresa y tener el control absoluto de Halstead e Hijos.

Pero esa libertad tenía un precio, y el precio era casarse. Justo lo que había querido evitar a toda costa.

Retiró la silla, tiró la servilleta en la mesa y le estrechó la mano a Preston. Ignoró a su abuelo; estaba demasiado furioso para hablarle. Cuando echó a andar, la voz de Jack lo siguió:

—Bueno, ¿qué vas a hacer?

Jonas se giró despacio y, esbozando una fría sonrisa, dijo:

—Supongo que lo descubrirás dentro de tres meses. Mientras tanto, espera.

Katrina Morrison se metió la mano debajo del pelo y, con disimulo, apartó la etiqueta del vestido con la esperanza de que dejase de rasparle. Ojalá pudiera arrancarla directamente. Pero Tess, su mejor amiga, que además resultaba ser la encargada de The Hanger, una boutique del centro de Santa Bárbara que vendía ropa de diseño, le daría un bofetón si lo hacía. Aún tenía que vender los vestidos que Kat había «tomado prestados».

¡A saber lo que le haría si rompía el vestido o lo manchaba de vino o comida! Aunque, le hiciera lo que le hiciera su amiga, sería peor tener que pagar el vestido, porque no le sobraban mil y pico dólares. Y, aunque los tuviera, dudaba que fuera a gastarse ese dinero en un vestido plisado sin mangas. Pero las apariencias lo eran todo, sobre todo cuando eras la

repcionista de El Acantilado, el premiado y emblemático restaurante de Harrison Marshall, el chef y emprendedor favorito de Estados Unidos. Los clientes de El Acantilado esperaban una experiencia única. Kat era la persona que los recibía al llegar y tenía que dar una buena primera impresión. De ahí el vestido de diseño, el maquillaje aplicado con tanta pericia, los labios brillantes y los tacones.

Era feliz en vaqueros y camiseta, con su larga melena recogida en una coleta o una trenza y la cara lavada, pero ese empleo le pagaba las facturas. Así que, si le pedían que vistiera como una modelo, lo hacía.

Dando golpecitos con el boli en el libro de reservas, miraba a los camareros. El nuevo, Fred, parecía estresado; le temblaron la manos al poner el plato del icónico pato asado entre la cubertería de plata y delante del senador Cordell. Menos mal que no estaba sirviendo a Elana Marshall, la hija de Harrison, sentada en la mejor mesa del establecimiento junto a Jarrod Jones. Vaya, vaya... Elana no estaba cenando con su novio, Thom. Y tampoco estaba allí Finola, la elogiada actriz irlandesa y esposa de Jarrod.

Madre mía, podría forrarse vendiendo cotilleos de famosos a la prensa amarilla. Ya le habían hecho ofertas prometiéndole anonimato. Suspiró. Necesitaba el dinero con desesperación y vender cotilleos sería una solución sencilla a sus males económicos.

Sonrió cuando Fred pasó por delante de la mesa de Elana mirando a la chica de soslayo. Los camareros debían hacerse los tontos, no fijarse absolutamente en nada, pero Fred era joven y el famoseo lo tenía deslumbrado. ¿Acaso no le había pasado lo mismo a ella cuando había empezado a trabajar de camarera allí? Había tartamudeado la primera vez que había hablado con Ángel Morales, el famoso más buenorro y con más talento de la zona. Se había sonrojado cuando el más pequeño de los hermanos Windsor le había dado las gracias con mucha amabilidad por una cena maravillosa. Había estado a punto de desmayarse cuando los comensales de una mesa de nominados al Óscar le habían dejado una propina de dos mil dólares.

Pero después de haber atendido a tanta gente rica y famosa, ya no era tan fácilmente impresionable y, por eso, un año atrás, Harrison Marshall la había ascendido.

Miró el libro y luego miró el reloj. Los Henley llegaban tarde, pero, bueno, siempre llegaban tarde. Jonas Halstead y acompañante llegarían en cinco minutos, y él siempre era puntual.

¿Con quién iría esa noche? Según sus cálculos, la sensación rubia del pop con la que había estado saliendo los tres últimos meses ya había alcanzado la fecha de caducidad y esa noche sería otra chica la que fuera agarrada de su brazo. Jonas, multimillonario promotor inmobiliario, era un habitual de El Acantilado. Acababa de comprar Cliff House y estaba reformando el icónico hotel. Se rumoreaba que le había arrebatado la propiedad a Harrison, lo que indicaba que Halstead era un empresario alucinante... o un tiburón.

Kat suspiró. Fuera o no un empresario implacable, ella quería estar en su mundo. El mundo al que estaba destinada. Pero, a sus veintiocho años, seguía trabajando ahí.

¡Qué triste!

—Katrina.

Levantó la cabeza con brusquedad y maldijo para sí al ver a Jonas delante, impecable con un traje de diseño negro. Lo recorrió con la mirada: torso amplio, hombros anchos, cuello bronceado, mandíbula marcada cubierta por una barba de dos días, y una boca a la que le costaba sonreír pero que resultaba sexy de todos modos. Tenía la nariz larga y recta, y los ojos, de un color verde intenso. Era rico, tenía éxito y estaba buenísimo. Tenía fama de ser un poco capullo, tanto en los negocios como en la cama, pero ese dato apenas le restaba atractivo.

—Señor Halstead, bienvenido de nuevo a El Acantilado —murmuró intentando ignorar el cosquilleo del estómago. Sí, vale, era guapísimo, pero ella ya no era una camarera de veintidós años.

—Llámame «Jonas».

No era la primera vez que se lo decía, pero Kat no tenía ninguna intención de aceptar la oferta. No resultaba profesional llamarlo por su nombre de pila y no hacerlo le permitía guardar una distancia más que saludable entre los Jonas Halstead del mundo y ella. Así como no se podía confiar ni en su exmarido ni en su padre, no se podía confiar en hombres ricos con trajes caros.

Pero, en fin, ¿en qué hombre se podía confiar?

Una atracción sexual vertiginosa era lo que la había llevado a enamorarse de Wes y a casarse, y viendo que él había acabado usando su corazón como una pelota de pimpón, ya no confiaba en la habilidad de sus feromonas para elegir hombres.

Aun así, cada vez que veía a Jonas, su libido le recordaba a gritos que llevaba mucho tiempo sin sexo. A Jonas Halstead se le daría genial el sexo. Por lo que se decía, había tenido mucha práctica.

Sin embargo, esa noche estaba solo.

—¿Esta noche no viene acompañado?

Jonas se metió las manos en los bolsillos.

—Rowan se reunirá conmigo en un rato.

Kat abrió los ojos, sorprendida. ¿Estaba saliendo con Rowan Greenly? La actriz acababa de separarse de su marido tras una acusación de violencia doméstica y la irascible estrella del rock había amenazado con matar a cualquiera que se acercara a su mujer.

—Qué valiente. Le sugiero que lleve un chaleco antibalas —dijo Kat sin poder contenerse y aun sabiendo que estaba siendo indiscreta—. A Rock le gustan las pistolas.

Jonas frunció el ceño, confuso. Luego su rostro se relajó y soltó una risita.

Miles de chispas le recorrieron la piel cuando esa sonrisa hizo que pasara de verlo como un tío bueno pero distante a pensar «¡quiero arrancarle la ropa!».

No, por favor, no podía sentir algo así por Jonas Halstead. Se había divorciado de un hombre cruel y despiadado. Un multimillonario competitivo e implacable debería ser la última persona que le despertase interés. Estaba evitando a los hombres en general y a los atractivos y guapos en particular.

Jonas no era su tipo.

La puerta del restaurante se abrió y el mejor talento del baloncesto entró. Rowan Brady. ¡Claro!

Kat miró a Jonas, que enarcó una ceja oscura.

—Mi cita.

Rowan se acercó y le dio una palmada en el hombro a Jonas.

—Joe, nos conocemos desde que éramos pequeños y no dejo de decirte que no eres mi tipo.

Kat oyó el tono de broma de Rowan y se sonrojó cuando sus ojos oscuros se posaron en ella.

—Y me genera curiosidad saber por qué quieres que esta criatura preciosa piense que lo soy.

—Katrina se pensaba que había quedado con Rowan Greenly.

Rowan se estremeció.

—Eres demasiado sensato para eso. Es un bombón, pero su marido es un psicópata.

Jonas sacó las manos de los bolsillos y apoyó los antebrazos en el mostrador. La tela del traje se tensó alrededor de sus impresionantes bíceps. Kat enarcó una ceja, furiosa consigo misma por estar imaginándose quitándole la chaqueta y abriéndole la camisa para descubrir si su piel era tan ardiente como la imaginaba.

Se tragó un gemido. Tocaba desempeñar su trabajo.

—Les acompañaré a su mesa, señor Halstead.

—Ya que te sientes tan cómoda haciendo suposiciones sobre mi vida amorosa, deberías sentirte cómoda también para llamarme «Jonas».

Kat ignoró el provocativo comentario y la cara de diversión del acompañante.

—Les he sentado junto a la ventana. Tiene las mejores vistas de la playa. Por aquí, caballeros —dijo forzando una expresión de serenidad.

«Por favor, no me mires el culo», pensó mientras Jonas la seguía. «Y, si lo miras, por favor, que te guste. ¡Pero Katrina! ¿A ti qué te pasa?».

—Tienes...

Por suerte ya estaban en la mesa. Se giró hacia él, pero Jonas, en lugar de acabar el comentario, se situó tras ella y llevó la mano a su cuello. Kat notó sus dedos en la piel. Apenas la rozó, pero solo con eso sintió como si los pies se le hubiesen pegado al suelo y todas las células del cuerpo le hubiesen empezado a vibrar. Si la besaba, entraría en combustión espontánea. Estaba segura.

Jonas giró la mano, le arrancó la etiqueta del vestido y se la mostró.

—Está claro que se te ha olvidado quitártela. Toma.

Kat miró la etiqueta y lo miró a él, horrorizada.

¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Ahora no podría devolver el vestido.

El estómago se le subió a la garganta y de pronto sintió que le faltaba el aire.

—¿Estás bien? —preguntó Jonas—. ¿Katrina?

Su voz la sacó del abismo lo suficiente como para que le entraran un poco de aire en los pulmones y oxígeno en el cerebro.

«No puedes desmayarte. No puedes gritarle. Necesitas este puñetero trabajo».

No podía hablar. Era incapaz de ordenarle a su lengua que generara la más mínima respuesta. En el fondo sabía que Jonas se habría pensado que le estaba haciendo un favor, pero lo cierto era que lo que había hecho había sido cargarla con una maleta más de estrés.

Agarró la etiqueta y se giró rezando por poder llegar al lavabo de empleados sin vomitar.

Ahora debía más de mil dólares por un vestido que no podía permitirse, y todo por culpa de Jonas Halstead.

Si él hubiera quedado con Rowan Greenly, Kat habría llamado al psicópata de su marido para decirle dónde encontrar a Jonas.

Y le habría sugerido que llevara su pistola más grande.

Capítulo Dos

Al llegar al mostrador, situado en la entrada del restaurante y junto a la barra, miró las hileras de botellas de alcohol deseando poder pedirse algo fuerte y bien cargado.

Se fijó en una chica y cuatro chicos, todos ellos tatuados y con pendientes. Estaban tomándose un Mariella, el cóctel famoso en el mundo entero que llevaba el nombre de la esposa de Harrison. Ahora mismo le iría muy bien un Mariella... o tres. Bueno, lo que mejor le iría sería una de las tarjetas de crédito ilimitado de Mariella Santiago-Marshall o acceso a su cuenta bancaria.

Joder, ¿qué iba a hacer ahora?

—Por favor, por favor, dime que te habías dejado la etiqueta puesta por error y que no ibas a devolver el vestido mañana.

Al girarse, Kat, aturdida, se quedó mirando a la criatura multicolor que tenía delante. Llevaba un vestido de cóctel ajustado con escote muy bajo y tirantes finísimos de color sorbete de limón. La prenda era el contrapunto perfecto a los tatuajes que le cubrían la piel. Al mirarla a la cara vio un rostro que parecía mágico y estaba dominado por unos cálidos ojos marrones. Tenía varios pendientes en el labio inferior y en la ceja, y un tatuaje diminuto de una mariposa en la sien.

—Estás alucinante —dijo Kat suspirando.

—Gracias, pero no has respondido a mi pregunta. ¿Ibas a devolver el vestido?

Kat miró en la dirección de Halstead. Nunca hablaba de un cliente con otro, pero pensó que no había nada de malo en responder a esa mujer.

—Sí, es prestado —dijo bajando la voz—. Iba a devolverlo mañana, pero ahora voy a tener que pagarlo —añadió. No sabía qué tenía esa especie de hada para estar arrancándole todos sus secretos, pero

continuó—: Lo mataría. ¡No tengo mil dólares para gastármelos en un vestido! ¡No tengo mil dólares!

—Mil trescientos. Es un Callisto. Mil trescientos noventa y cinco incluyendo los impuestos.

Kat contuvo las ganas de golpearse la cabeza contra el mostrador.

—Mierda. Te juro que me da igual que sea superatractivo y que esté como un tren. ¡Es idiota!

Antes de que el hada pudiera responder, Elana Marshall interrumpió la conversación poniéndole a Kat una mano en el hombro.

Kat se giró, rezando por que la pequeña de los Marshall no la hubiera oído.

—Hola, Elana. ¿Has pasado una buena velada?

—Sí. Gracias, Kat.

Elana miró a la Chica Duende recorriendo todos sus tatuajes.

—Me encanta el ángel del brazo —dijo y, sin esperar respuesta, se dirigió a Kat—: Bueno, ¿quién es el idiota?

Kat se moría de vergüenza. Elana y ella eran amigas... más o menos. Se saludaban, se preguntaban qué tal, y esas cosas. Pero era la hija de su jefe, toda una heredera. Kat miró a la Chica Duende, que en silencio parecía estar suplicándole que no respondiera.

La Chica Duende sonrió.

—¿No lo son todos en algún momento u otro?

Elana asintió.

—Pues sí. Y yo tengo uno aquí.

Kat sonrió al acompañante de Elana y pensó que la joven podría salir con alguien mucho mejor que el director de casting casado. Y también con alguien mejor que Thom, su prometido, por muy majo que fuera.

Sin embargo, tenía problemas mucho más grandes que preocuparse por la vida amorosa de la hija de su jefe. Tenía un trabajo que hacer; un trabajo que ahora necesitaba más que nunca.

Le dio las buenas noches a Elana y volvió a girarse hacia esa visión que tenía delante.

—Lo siento muchísimo. Deja que te acompañe a la barra.

La Chica Duende sonrió.

—La verdad es que voy a la mesa de Jonas Halstead.

¿Podía empeorar aún más la noche?

—Sí. He quedado para cenar con mi jefe y con su amigo.

—Por favor, dime que trabajas para Rowan Brady.

La chica sonrió y el pendiente que llevaba en la lengua destelló.

—No. Soy Sian y trabajo para Jonas Halstead.

Pues nada, a la pregunta de si la noche podía empeorar aún más, la vida le había respondido: «Sí. Reto aceptado».

A la mañana siguiente, tras una larga noche con muchas preocupaciones y pocas horas de sueño, oyó el sonido de una llave en el cerrojo. Se secó las mejillas y se frotó los muslos, transfiriendo las lágrimas a sus viejos pantalones de yoga. Oyó el familiar sonido del bolso de Tess cayendo al suelo y luego su amiga entró en el pequeño cuarto de estar con dos vasos de café.

—¡Qué bien que estás despierta! —dijo Tess pasándole un vaso—. He visto tu mensaje y he pensado que podía pasarme para ver qué es esa «catástrofe». ¿Has dormido? —añadió al sentarse a su lado y mirarla a la cara.

—Llegué a casa pasada la medianoche y estaba demasiado nerviosa para dormir. Tengo que pagar el vestido.

—Mierda, ¿por qué?

—Anoche un cliente, pensando que me ayudaba, arrancó la etiqueta.

Tess maldijo en voz baja y arrugó la nariz.

—Joder, Kat, si se te hubiera caído algo encima, podríamos haberlo llevado al tinte. Si se te hubiera roto, podríamos haberlo llevado a arreglar, pero no puedo justificar que no tenga etiqueta.

—Ya, ya, lo entiendo. De verdad. Ese idiota de Jonas Halstead.

—¿El magnate de las propiedades y uno de los solteros más buenorros de California? Es un imbécil por haberte arrancado la etiqueta, pero, qué atractivo es.

—A lo mejor, pero me ha puesto en una situación de mierda. ¿Cuándo necesitas el dinero?

—Miranda se ha ido a Cancún de vacaciones y estará allí un mes, así que básicamente ese es el tiempo que tienes. Y, si me das el dinero, lo puedo comprar yo y así te hago el descuento de empleada. No es mucho, solo el diez por ciento, pero algo ayuda.

—Gracias, Tess.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos.

—O puedo pagarlo directamente con mis ahorros y ya me lo devolverás cuando puedas —añadió Tess.

—¡Ay, Tess!

Qué maravilla de ofrecimiento, pero, por mucho que fuera su mejor amiga, no podía aceptar la ayuda. Gracias a su padre y a su exmarido, Kat tenía muchos problemas de dinero... y de confianza.

Le resultaba más sencillo y más seguro resolver el problema ella sola.

Tess dejó el vaso en la mesa con un golpe.

—No puedes seguir así, intentando hacerlo todo sola. ¡Pero si hasta has perdido peso! ¿Estás comiendo?

La mayoría de las noches cenaba en el restaurante con los chefs al acabar el turno y, entre medias, se alimentaba de café y del aire.

—Kat, algo tiene que cambiar —insistió Tess.

—¿Pero qué? La casa donde vive June es mía, aunque mi malvada madrastra tiene derecho a usarla el resto de su vida y, según los términos del testamento, yo tengo que pagar los gastos de mantenimiento y de suministros básicos. Tengo que cargar con los gastos de una propiedad que no puedo ni vender ni usar para pedir un préstamo.

—¿Por qué cojones no te dejó dinero tu padre?

—Porque pensó que, para cuando él muriera, yo tendría un trabajo alucinante y un sueldo altísimo, y además contaba con que tenía un marido rico que cuidaría de mí. Yo tenía alguien que cuidara de mí. June no.

—Tu ex era un psicópata —murmuró Tess.

Pues sí. Debajo de ese chico encantador vivía un narcisista egoísta y burlón.

—Vale, con lo de la casa no puedes hacer nada, pero no entiendo por qué estás cargando con las facturas médicas de Cath —añadió Tess antes de dar un trago de café—. Mira, entiendo que te sientas obligada a hacerlo

porque cuando tu madre murió y tu padre se casó con Cruella, tu tía estuvo a tu lado, pero Cath tiene estabilidad económica.

—No tanto, Tess. Tiene un seguro, pero su tipo de cáncer es raro y complicado y requiere tratamientos que no le cubre su póliza. Además, está pagando a una enfermera a tiempo completo y eso le come los pocos ingresos que tiene. Así que entre las exigencias de June con las reparaciones de la casa y enviarle dinero a Cath, estoy arruinada.

—¿Está mejorando?

A Kat se le encogió el corazón a la vez que sacudía la cabeza.

—Quiero que la vea un especialista concreto, pero incluso sin tener en cuenta la lista de espera, que es exageradamente grande, siempre piden dinero por adelantado para pagar las pruebas.

Se frotó la nuca y miró a su alrededor. Tenía un apartamento pequeño pero acogedor. Era su lugar favorito del mundo; un refugio de color, el lugar donde podía relajarse.

La noche anterior, al volver del restaurante, se había pasado horas haciendo números en una hoja de cálculo. En una columna había una lista de gastos: alquiler, facturas por servicios básicos y comida; las facturas por los suministros básicos, el mantenimiento y las reparaciones de la casa que ocupaba su madrastra; las cifras previstas de los gastos médicos de Cath.

La otra columna, lamentablemente pequeña, mostraba sus ingresos. La diferencia entre las dos cantidades era enorme, y eso sin incluir el puñetero vestido.

¡Ojalá pudiera retroceder unos años! Ojalá no se hubiera tomado un año sabático para viajar a Europa antes de ir a la facultad. Ojalá no hubiera conocido a Wes ni se hubiera casado con él. Había logrado terminar su grado en Dirección y Administración de Empresas, pero había mucha gente con el mismo título. Necesitaba un máster para ganar un buen sueldo que la sacara de esa situación.

Durante los últimos cuatro años había logrado rascar algo de dinero para conseguir unos créditos de su posgrado, pero aún le faltaban unos cursos y tenía que hacer el examen de Liderazgo y Responsabilidad Empresarial dentro de unos meses. ¡A saber cuándo iba a sacar tiempo para estudiar!

El día anterior había estado manteniéndose a flote, pero ahora, con un vestido de diseño que pagar, estaba hundiéndose. Tess tenía razón. Algo tenía que cambiar, y rápido.

¿Pero qué?

—Voy a tener que mudarme para ahorrar algo de dinero. Puedo volver a casa de Cath.

A Cath le encantaría tenerla allí y se negaría a cobrarle un alquiler. Además, si volvía, podría tener más controlada su salud.

Pero ese apartamento era su refugio, su escape, el único lugar que era suyo del todo.

—El dueño de este bloque es Harrison Marshall. ¿No puedes pedirle a la empresa que te dé un margen de un par de meses o así?

—Ya me dieron una subvención por el alquiler como parte de mi sueldo. No puedo pedir más.

—Entonces tienes un mes para encontrar el dinero del vestido e intentar mantener este apartamento.

—Dicho así, me entran ganas de darme cabezazos contra la pared —murmuró Kat.

—A lo mejor surge algo, nunca se sabe.

—Claro, y también creo en los unicornios y en las hadas... —susurró hundida—. ¿Qué voy a hacer?

—Vas a seguir creyendo que pasará algo alucinante. Vas a usar ese pedazo de cerebro que tienes para encontrar una solución, porque eres la mujer más inteligente que conozco.

Tess se levantó, le quitó el café y lo dejó en la mesa. Agarró una manta que había en la única silla y colocó un cojín en el brazo del sofá.

—Pero ahora mismo vas a dormir unas horas.

—Tengo mucho que hacer —protestó Kat con los párpados entrecerrados de sueño.

—Tienes que relajarte y tienes que dormir —insistió Tess mientras la veía tumbarse en el sofá y apoyar la cabeza en el cojín—. No puedes pensar sin haber dormido, cariño. Cuando te despiertes, te encontrarás mucho mejor y pensarás en una solución.

«Ojalá», pensó Kat al cerrar los ojos.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando volvió a oír las pisadas de Tess.

—¿Qué te has dejado?

—Eh... no es lo que me haya dejado, sino lo que me he encontrado en tu puerta.

Al oír el tono de sorpresa y confusión de su amiga, Kat se obligó a abrir los ojos.

Primero vio unas zapatillas deportivas azules marinas, muy a la moda y sin calcetines. Unos pantalones vaqueros cubrían unas piernas largas y musculosas, y un cinturón de piel rodeaba una cintura esbelta y lo que sospechaba que sería un abdomen que parecería una tabla de lavar. La camisa de rayas azul y blanca metida por dentro hacía que el torso y los hombros parecieran más anchos. Las mangas levantadas mostraban unos antebrazos bronceados y un Rolex rodeando una muñeca fuerte. La camisa de algodón se tensaba sobre unos grandes bíceps y el cuello abierto dejaba ver una ligera capa de vello.

Ojos verdes, muy verdes, pelo alborotado y una sexy barba de tres días sobre una mandíbula bien marcada.

¿Qué había hecho ella para tener a Jonas Halstead plantado en su apartamento a las ocho y cinco de la mañana?

Se incorporó despacio y frunció el ceño al ver a Tess retrocediendo para marcharse.

—Tengo que ir a trabajar —dijo su amiga encogiéndose de hombros—. Ya llego tarde. Lo siento.

¿Que lo sentía? Pues no lo parecía en absoluto.

Kat, descalza, se levantó deseando no tener el aspecto de una vagabunda con un mal día. Se pasó la lengua por los dientes y la mano por el pelo. Suspiró al toparse con un nudo. ¿En serio? ¿Esa era su vida ahora?

—¿Qué narices haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Él se sacó un cheque del bolsillo trasero de los pantalones y lo dejó en la mesa.

—Mil cuatrocientos dólares para pagar el vestido que me he cargado.

¡Había creído que Sian mantendría la boca cerrada!

Kat miró el cheque, suspiró y decidió fingir.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Jonas se metió las manos en los bolsillos y la miró.

—Y una mierda que no. Llevabas prestado un vestido de diseño e ibas a devolver. Te arranqué la etiqueta y, según me dijo Sian, ahora estás

metida en un apuro de mil cuatrocientos dólares, pero yo voy a sacarte de ese apuro.

Kat miró el cheque. Qué tentador resultaba aceptar el dinero. Él le había arrancado la etiqueta y era multimillonario, así que podía permitirse la donación.

Pero ella no aceptaba caridad, nunca. Y menos de un hombre sexy que iba tirando el dinero como si fuera confeti. Nadie, y menos los empresarios implacables, daban dinero sin querer nada a cambio.

Entre su ex y su padre, estaba harta de los hombres y de los jueguecitos que se traían con el dinero.

Se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No voy a cobrar el cheque.

—¿Qué? —preguntó él impactado.

—No voy a aceptar el dinero. Yo decidí ponerme el vestido aun sabiendo que no podría pagarlo si le pasaba algo. Pasó algo, pero eso es problema mío, no tuyo.

—¡Y una mierda que no lo es! —contestó Jonas con frustración—. No debería haber arrancado la etiqueta.

—A lo mejor no, pero no voy a aceptar el dinero.

—Considéralo una propina —propuso Jonas.

—Demasiado tarde. Gracias, pero no.

—¡Eres la mujer más exasperante, frustrante, sexy...!

Kat contuvo el aliento al oír esa última palabra.

Se miraron.

Una sola palabra y algo ardiente surgió entre los dos. El aire que los rodeaba pareció cargarse de electricidad. Se sentía tan atraído por ella como ella por él. Lo vio por cómo apretaba los puños y por el fuego de sus ojos verdes. Si daba un paso al frente, estaría en sus brazos. Sentiría su calor y su fuerza. Descubriría si sus atrayentes labios tenían tan buen sabor como aspecto; si se le encendería la piel bajo la calidez de sus manos.

Lo deseaba. Por muy cretino que fuera, quería saborearlo, sentirlo, hacerle el amor.

Estaba perdiendo la cabeza; no había duda. Demasiado estrés y demasiada falta de sueño.

—Esto es una locura —murmuró Jonas antes de agarrarla de la muñeca con suavidad, como dándole la oportunidad de soltarse si quería.

No quería.

Kat le permitió acercarla a sí. No se apartó cuando él le puso una mano en la espalda baja y le llevó las caderas a las suyas para que sintiera la dura largura de su erección contra su vientre. Con la otra mano le cubría el pecho derecho y con el pulgar le acariciaba el pezón con una precisión brutal.

Si no la besaba, Kat se moriría. Se moriría de deseo, de frustración. Estaba de puntillas con la boca alineada a la suya. Dejándose de timideces, le plantó los labios en la boca y lo animó a abrirla acariciándolo con la lengua.

Ella no era así. Ella esperaba a que los hombres dieran el primer paso. Ella los seguía.

Pero hoy no.

Jonas, acariciándole un pezón y sujetándola contra él, le dejó besarlo. Cuando él no abrió la boca, ella empezó a apartarse. Jonas espetó un áspero «no» contra su boca y apartó la mano de su pecho para llevarla a la nuca y sujetarla. En ese momento Kat supo que no iría a ninguna parte, y cuando él empezó a mover la boca, supo que tampoco quería irse.

Jonas Halstead estaba besándola. Se apoderó de su boca y entrelazó la lengua con la suya en una sensual danza. Kat le sacó la camisa por detrás de los pantalones y posó las manos sobre su piel ardiente y masculina. Jonas gimió de placer y ella deslizó las manos sobre su maravilloso trasero, furiosa por la barrera de ropa que los separaba.

Jonas le besó la comisura de los labios y desde ahí fue trazando una línea de besos hasta llegar al cuello. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre la había besado así y tocado como si fuera algo infinitamentepreciado y precioso. Lo había echado de menos. Los dientes de Jonas le rozaron la clavícula y esa diminuta punzada le produjo una oleada de placer que le hizo abrir los ojos de par en par.

Miró el vestido. El mismo que Jonas se había ofrecido a pagar.

Se tensó en sus brazos cuando la consternación eclipsó al deseo.

¿Se pensaba que iba a aceptar el dinero y que esa era su manera de darle las gracias? ¿Se pensaba que podía manipularla tan fácilmente? ¿Se

pensaba que estaba desesperada por estar con un hombre que, al parecer, era brillante en los negocios... y en la cama?

Se apartó con brusquedad.

—¿Qué he hecho?

—No voy a aceptar tu cheque y que quede claro que no voy a acostarme contigo.

—No he venido buscando sexo —contestó él con frialdad.

—¿En serio?

—Tampoco es que tú te hayas resistido —dijo Jonas metiéndose la camisa por dentro—. Esta camisa no se ha salido sola.

Kat se sonrojó, bajó la mirada y soltó un suspiro de malestar.

—¿Por qué estás enfadada, Katrina? ¿Porque te he besado o porque te ha gustado y querías más?

«Por ninguna de las dos cosas. Por las dos. Mierda».

Pasó por delante de él rozándole el brazo deliberadamente con el hombro antes de ir hacia el pasillo. Su intento de intimidarlo surtió tanto efecto como una mosca intentando mover a una vaca.

Cuando llegó a la puerta principal, la abrió y dijo:

—Fuera.

—No. Estás enfadada y quiero saber por qué.

No podría explicarlo.

Por primera vez en cuatro años, durante unos minutos en sus brazos, se había sentido protegida y acompañada. Había sentido que el mundo no estaba conspirando contra ella, que la vida mejoraría, que las cosas se arreglarían. Y no había tenido nada que ver con el cheque, sino con la fuerza y el poder que él irradiaba. La hacía sentirse más fuerte. Le hacía creer que podría volver a confiar en alguien, volver a amar a alguien.

Jonas le había hecho recordar lo que eran la atracción, el placer y el afecto, todas ellas emociones que había arrinconado a propósito.

Los recuerdos dolían y por eso los había metido en una caja y se había negado a mirarlos.

Pero un solo beso de Halstead había abierto el candado. No podía permitirse mirar atrás, recordar. Era demasiado doloroso. Y, peor aún, podía tentarla a cometer los mismos errores que había cometido antes.

—Por favor, márchate.

—Katrina...

—¡Me llamo Kat! Tengo veintiocho años. ¡Hace cuatro años que no tengo relaciones sexuales, estoy arruinada y no me he preparado mi examen de LRE! ¡Estoy agotada y esto es lo último que necesito ahora mismo! Estoy a punto de perder los nervios. ¡Largo!

Kat, furiosa y con los pulmones y el corazón acelerados, sabía que si él intentaba decir algo, lo mataría. Poco a poco. Con sus propias manos. Aunque fuera el doble que ella, tenía tanta adrenalina y tanta energía sexual contenida que podría enfrentarse a una manada de hipopótamos furiosos y ganarlos. Jonas Halstead estaría perdido.

Él salió y ella cerró de un portazo antes de dirigirse a su dormitorio dando pisotones.

Se metió en la cama, se tapó hasta la cabeza y deseó poder quedarse ahí el resto de su vida.

Porque el cheque de Jonas Halstead seguía en la mesita de café y ahora estaba más tentada que nunca a cobrarlo.

Capítulo Tres

Jonas levantó la mirada cuando Sian entró en su despacho y cerró de un portazo. Enarcó las cejas, se recostó en la silla y se preparó para la descarga. Por experiencia sabía que no tardaría mucho.

Sian le contó todo lo que tenían que hacer en su oficina temporal de Santa Bárbara. Los obreros de Cliff House habían encontrado moho en el sótano y el trabajo de reconstrucción de los caminos de piedra llevaba retraso; los inversores para una estación de esquí en Whistler estaban intranquilos entre la recesión mundial y el calentamiento global; y su director de Recursos Humanos iba a mudarse a la Costa Este.

Aun así, Jonas solo podía pensar en el beso apasionado que había compartido con Kat y en que ella aún no había cobrado el cheque.

¡Qué mujer tan cabezota!

Alejarse de ella le había supuesto un gran esfuerzo. Nunca se había perdido tanto en un beso. Le había encantado besarla y acariciarla, y le habría encantado hacerlo más.

Mucho más.

Y aunque todo eso estaba muy bien, no le hacía gracia que Kat Morrison tuviera la habilidad de hacerle olvidar su propio nombre.

No le hacía ninguna gracia.

No podía dejar de pensar en ella; no podía dejar de recordar su piel suave bajo sus manos, el sabor especiado de sus labios, su respiración entrecortada. Y su olor, a limpio y natural, parecía habersele quedado alojado en la nariz.

Pero lo más preocupante era que sentía curiosidad y también preocupación por ella. Tenía un buen empleo, ¿por qué estaba arruinada? ¿Por qué no tenía novio? Y había mencionado algo sobre un examen de

LRE, Liderazgo y Responsabilidad Empresarial, que, según recordaba de su época universitaria, era una asignatura de un máster.

No había nada más peligroso que una mujer preciosa e inteligente.

Sian dio un golpe en la mesa con la mano y él volvió al presente. Hablando de mujeres inteligentes y sexys, ahí tenía una que parecía muy enfadada.

—¿Puedes concentrarte?

Jonas asintió y le dio una lista de instrucciones referentes a todos los problemas que le había planteado.

—¿Me dejo algo?

Sian negó con la cabeza.

—Y eso que no me estabas prestando atención. Me pone enferma.

—Puedo hacer muchas cosas a la vez.

Sian soltó el bolígrafo y se rodeó una rodilla con las manos.

—¿Quieres contarme qué te pasa? Y no me digas que no es nada, porque llevas dos semanas así.

—Jack —dijo él haciendo que el nombre de su abuelo sonara como una maldición.

—¡Ay, madre!

Sian se levantó, se acercó a la pequeña nevera situada en un rincón y sacó dos botellas de agua. Le dio una a Jonas, que la destapó y se la pasó antes de abrirse él la otra.

—Bueno, ¿qué ha hecho ahora el viejo buitre?

—Me ha dicho que o me caso ya o me deshereda.

Sian sonrió pensando que era una broma. Cuando él siguió mirándola fijamente, se quedó boquiabierto.

—¡Estás de coña!

—Ojalá.

Jonas se había pasado la última semana intentando convencerse de que Jack le estaba tomando el pelo, pero Preston le había enviado una carta asegurándole que su abuelo iba muy en serio.

Si no se casaba, perdería todo por lo que había trabajado, todo a lo que le encontraba sentido.

E incluso, aunque no hubiese recibido una carta de Preston, habría notado el descontento de Jack en las frías conversaciones telefónicas que habían tenido desde aquel desayuno y en los escuetos correos electrónicos. Cuando las cosas se hacían como él quería, su abuelo se volvía encantador e incluso afectuoso en ocasiones. Cuando estaba frustrado, se mostraba distante y más frío que un témpano. Intentar tenerlo contento siempre era agotador.

Al cabo de cinco minutos de silencio, Sian levantó un hombro y dijo:

—Pues parece que no tienes mucha elección. Cásate con alguien.

—Vale, anótalo en mi agenda y nos vemos en el juzgado.

—Muy gracioso. Garth lleva un año pidiéndome que me case con él y no dejo de decirle que ni hablar. Así que las probabilidades de que me case con alguien de quien no estoy enamorada son nulas, por mucho que se trate de ti. Además, si te casaras conmigo, entonces Jack sí que te desheredaría.

Jack, con lo estrecho de miras que era, solo veía los tatuajes y no alcanzaba a ver el portentoso cerebro de Sian.

—¿Qué voy a hacer? Necesito una esposa. A lo mejor si me arrastro, Gigi vuelve conmigo.

—No tendrías que arrastrarte. Te bastaría con hacerle una señal con el dedo y volvería dando saltitos. ¡No! Me niego. No te lo voy a permitir. Estarías divorciado en seis meses.

¿Y qué problema habría? Si llevaba a cabo semejante locura, querría estar casado el menor tiempo posible.

Sian se levantó y se sentó en una esquina del escritorio.

—Venga, Joe, tiene que haber alguien que hayas conocido últimamente que sea mejor que esa actriz llorona y presumida.

Al instante la cara de Katrina se le vino a la cabeza.

—Estás pensando en alguien —le dijo Sian hundiéndole un dedo en el pecho—. ¡Dime! ¿Quién es?

Jonas miró a la pantalla del ordenador y respondió:

—Nadie. Venga, a trabajar.

Sian se cruzó de brazos y lo miró.

—No. Dime en quién estás pensando.

—No funcionaría. Somos demasiado diferentes.

—¡Jonas! ¿Quién es?

—Kat. Katrina Morrison —admitió por fin, mirándola y arriesgándose a que se riera de él. Él también se reiría si no estuviera tan confundido y aterrorizado.

—Pues te veo casándote con ella. Es majísima y, aunque solo la he visto una vez, me cae muy bien. Además, haríais unos bebés espectaculares.

—A ver, a ver, que quede claro que no busco una esposa.

—¿Cómo? ¿No acabas de decir «Necesito una esposa»?

—Una temporal. Una de mentira. Mi plan es estar casado lo justo para contentar a mi abuelo. En cuanto me transfiera las acciones de la empresa, esa mujer saldrá de mi vida. Quiero una mujer que no se piense que esto es para siempre y a la que pueda soportar durante unos meses. No quiero una cazafortunas.

—Por cierto, ¿has visto el artículo de People? Sara se divorcia de su quinto marido...

—¿El quinto es el director de Hollywood?

La prensa amarilla era su forma de estar al corriente de su madre. En realidad, preferiría que Sian no le contara lo que leía, pero a ella le gustaba torturarlo.

—Sí. Al parecer, tiene una aventura con Mervin Kline. Dicen que es el décimo hombre más rico del país...

—Aaaah —ahora todo tenía sentido.

La principal ambición de su madre era ser la esposa del hombre más rico del mundo. Su padre, su primer marido, había sido solo un entrenamiento. Se había largado diciendo que lo suyo no era la maternidad. Seducir a hombres ricos y luego casarse con ellos era su verdadero talento.

No debería dolerle que la última vez que habían hablado hubiera sido cinco años atrás, cuando él había cumplido los treinta. Había sido él el que la había llamado aquel día, no al revés. Estaba seguro de que su madre se había borrado de la cabeza el recuerdo de su nacimiento. Pero, claro, no podías decir que tenías cuarenta y pocos años cuando tu hijo tenía treinta y pico.

—Tenemos que volver al trabajo, así que largo de mi mesa.

—Hay que ver qué susceptible eres —Sian se detuvo y añadió—: Oye, ¿por qué no invitas a Kat a cenar y así puedes ver si te gusta lo bastante como para casarte con ella de forma temporal?

Kat le había rechazado el cheque y le había gritado después de que se besaran. Era una mujer independiente, terca y respondona. Le daría problemas, y él siempre intentaba evitar los problemas. Era la última persona con la que debería casarse.

Aunque, por otro lado, probablemente lo haría.

Sian, leyéndole la mente, le dio una palmadita en el brazo.

—Buena suerte, jefe.

Iba a necesitarla.

Jonas se levantó y se agachó para besarla en la mejilla, agradecido de tenerla en su vida. Apoyó la frente en la suya.

—¿Seguro que no quieres casarte conmigo?

Sian le dio una palmadita en la mejilla.

—Cielo, ni por ti me casaría.

Kat agradeció que el turno del almuerzo del viernes hubiera sido una locura porque así no tuvo tiempo de pensar en Cath, en sus problemas económicos y en tener que dejar su adorado apartamento.

Pero ahora, mientras miraba el libro de reservas intentando concentrarse en dónde sentaría a quién, no pudo evitar pensar en Jonas y en cómo se había sentido en sus brazos.

Sabía perfectamente cómo besarla, cuánta presión ejercer sobre su pezón con el pulgar. Sus besos habían sido pura magia. Ese hombre era todo calor y poder. Un metro noventa de pura masculinidad. Hombros anchos, musculoso, poderoso; con solo mirarla ella sentía la necesidad de desnudarse y echárselo encima.

¿Pero qué le pasaba?

Vale, sí, llevaba un tiempo de celibato, pero no era de las que babeaban por un hombre. Con Halstead, en cambio, su libido tan desatendida había sido la que había llevado la voz cantante. Su cuerpo quería estar contra el de él, piel con piel.

¿Por qué él? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no podía sacárselo de la cabeza?

Miró el reloj y vio que tenía otros diez minutos antes de que el restaurante volviera a abrir. Tenía que intentar centrarse en el trabajo que tanto necesitaba. Además, tampoco podía decirse que fuera a ver a Jonas pronto.

A menos que volviera por allí...

¡Mierda! Mordiéndose el labio, hojeó la lista de reservas. En su libro no aparecía ninguna reserva a nombre de Jonas, pero había otros tres recepcionistas y él podría haber hablado con alguno de ellos. Revisó las reservas del mes siguiente y no vio su nombre, aunque sabía que había muchas mujeres que habían reservado una mesa para ellas y «un invitado». Halstead podía ser el acompañante de una modelo, de una actriz, de la cantante de un grupo de pop indie... Esas mujeres eran su tipo. Bueno, sospechaba que cualquier mujer que respirara era su tipo. Halstead no tenía reparos en mostrar su desinterés por el matrimonio.

Y no podía culparlo. El matrimonio y el compromiso eran para tontos, y ella no volvería a caer ahí. Wes había pisoteado los votos que le había jurado. Su matrimonio había empezado entre atenciones y cumplidos, y, aunque el sexo no había sido una maravilla, tener a alguien a su lado, apoyándola, había compensado con creces los infrecuentes encuentros con luz apagada.

Había creído que su vida sexual mejoraría después de casarse, pero se había equivocado. Nada había mejorado. Al contrario, todo había empezado a desmoronarse al volver de la luna de miel. Según le había dicho Wes, aunque estuvieran casados, él ya no seguiría apoyándola ni económica ni emocionalmente. Ahora que iban a vivir juntos, compartirían gastos a partes iguales. Que ella fuera estudiante a tiempo completo y él tuviera un puesto de ejecutivo no cambiaba las cosas.

Sin reconocer al hombre con el que se había casado y decidida a fingir que era feliz, Kat había buscado dos trabajos a tiempo parcial diciéndose que todo mejoraría. Todo el mundo decía que el primer año de matrimonio era el peor.

Entonces su padre había muerto. A los seis meses estaba divorciada y un mes después había llegado el diagnóstico de Cath. Su mundo se había derrumbado por completo.

Un matrimonio disfuncional y el hecho de que su padre la hubiese ignorado en el testamento la habían convertido en una persona desconfiada; por eso había decidido que era mejor ser independiente y hacerlo todo por sí misma. Así nadie podría decepcionarla ni hacerle daño.

Pero Jonas le había recordado que no le vendría nada mal un poco de sexo salvaje. Sentir el cuerpo de un hombre encima, unos dedos fuertes hundiéndosele en la piel, unos labios masculinos besándola y recorriéndola desde los pezones hasta el abdomen y...

—Oye, Kat, ¿vas a abrir? Ya es la hora.

Kat levantó la cabeza con brusquedad y salió de su ensoñación, avergonzada por estar fantaseando con Jonas Halstead en el trabajo. Eso tenía que acabar, se dijo de camino a la puerta. Jonas estaba fuera de su alcance. Y, además, ya se había olvidado de ella. Le había dado el cheque para acallar su conciencia y seguir con su vida. Ya era hora de que ella también siguiera adelante con la suya.

Pero entonces abrió la puerta y ahí estaba Jonas.

—Hola, Kat.

No tenía reserva. ¿Qué hacía ahí?, pensó mientras inhalaba el aroma a lima y sándalo del perfume caro y miraba al hombre que llevaba cerca de diez días invadiendo sus sueños.

—¿Qué quiere, señor Halstead?

Él sonrió ante tanta formalidad.

—Dios, me encanta esa voz tan remilgada que pones.

Kat, al no saber cómo responder, se cruzó de brazos.

—¿Trabajas esta noche? ¿Te apetece cenar conmigo?

—No trabajo —respondió Kat volviendo al mostrador de recepción. Sacó su bolso y un sobre que tenía dentro.

—Vale, pues te recojo a las siete y media —dijo Jonas con absoluta seguridad en sí mismo.

—Que esté libre no quiere decir que vaya a cenar con usted —contestó Kat deseando ser lo bastante atrevida y valiente como para decirle que, aunque no quería cenar, no diría que no a un poco de sexo alucinante y sin compromiso.

Sin embargo, nunca había sido una chica que dijese lo que quería.

Y, además, por muy excitante que resultase la fantasía, ella no era de aventuras de una noche.

—¿Por qué no? —preguntó Jonas extrañado.

Estaba claro que no estaba acostumbrado a que lo rechazasen. ¿Y cómo iba a estarlo? Era guapo, rico, inteligente y tenía éxito. Cuando le pedía una cita a una mujer, seguro que la respuesta era: «¡Sí, sí. Dios, sí!».

Pero Kat tenía muchos motivos para decir que no: «No tengo tiempo para salir. Estás fuera de mi alcance. No tenemos nada en común. Pero, sobre todo, me atraes tanto que seguro que me abalanzaría sobre ti en cuanto estuviésemos solos».

Incapaz de decir la verdad, recurrió a una frase típica:

—No se me permite socializar con los clientes, señor Halstead. Podría perder mi empleo y este trabajo es importantísimo para mí.

No se los animaba a salir con clientes, aunque tampoco estaba prohibido.

—Porque estás arruinada.

—Necesito el dinero, sí. La mayoría de las personas normales necesitamos un sueldo —le respondió insinuando con su tono que él no tendría ni idea de lo que era vivir al día.

—Si tanto necesitas el dinero, ¿por qué no has cobrado mi cheque? Yo no voy a echar en falta mil cuatrocientos dólares.

—No acepto caridad, señor Halstead, y menos de multimillonarios engreídos.

Le devolvió el sobre y él lo aceptó. Jonas frunció el ceño al levantar la solapa y ver el contenido. Kat había reducido el cheque a confeti.

—¿Lo has disfrutado?

—Sí —admitió Kat.

Jonas se guardó el sobre en el bolsillo trasero y asintió con una pequeña sonrisa.

—¿Seguro que no quieres cenar?

—Seguro —respondió Kat intentando no mirarlo a la boca pero fracasando.

—Tu boca dice una cosa, pero tus ojos me dicen que no te importaría desnudarte y echarte encima de mí.

¡Pero qué ego! Aunque ¿se consideraba ego si estaba diciendo la verdad?

Kat, sonrojada, miró el reloj y lo miró a él.

—Ya me ha hecho malgastar demasiado tiempo, señor Halstead. Seguro que tiene mejores cosas que hacer.

Jonas se encogió de hombros y los músculos de sus hombros ondearon bajo la camisa blanca.

—La verdad es que no, pero te dejaré irte.

—Habla como si pudiera impedírmelo.

Jonas bajó la mirada a su boca y de ahí a sus pechos antes de volver a mirarla a los ojos. Se le acercó y le rodeó un lado de la cara con la mano.

—Katrina, los dos sabemos que, si te besara ahora mismo, olvidarías hasta tu propio nombre.

Antes de que ella pudiera responder, él agachó la cabeza y la besó en la comisura de los labios, con delicadeza, haciendo que la recorriera una descarga eléctrica.

Después dio un paso atrás y le tocó la nariz antes de salir del restaurante. Kat lo vio caminar hasta su SUV. Se había esperado que condujese un deportivo ostentoso, así que el SUV, por muy caro que fuera, fue toda una sorpresa.

Se mordió el labio y se llevó los dedos a la boca, ahí donde aún podía sentir la huella del beso. Tenía razón. Si la hubiese besado, habría olvidado hasta su nombre.

Y eso la sacaba de quicio.

Había sido un día largo y frustrante, y Jonas sabía que tenía dos opciones: estrangular a alguien o salir a correr.

Decidió pagar su mal humor con las calles de Santa Bárbara.

Desde que había llegado, había estado demasiado ocupado para explorar la ciudad. Se alojaba en un hotel boutique del centro y estaba dirigiéndose a State Street siguiendo las indicaciones que le había dado el gerente.

Era la ciudad de Harrison Marshall. Harrison, su amigo y competidor, había nacido allí, aunque no tenía los mismos orígenes que su esposa, de alta alcurnia. Harrison había luchado por todo lo que tenía y Jonas lo admiraba por ello. Él no había tenido que luchar por lo que tenía, aunque no mucha gente sabía que Jack no le había puesto las cosas fáciles para hacerse con la empresa.

Durante las vacaciones de la universidad, su abuelo lo había puesto a trabajar con un sueldo muy bajo y desempeñando todas las tareas que le encargara el gerente. Cuando se licenció, había pasado años intentando demostrar su valía. Tras trabajar como coordinador de la cadena de suministro, pasar por Recursos Humanos y Dirección de Proyectos, lo habían ascendido a vicepresidente. En aquel momento su padre había sido el director financiero y los seis meses que había trabajado bajo sus órdenes habían sido una auténtica tortura. Había quedado claro que en la empresa solo había sitio para uno de los dos y, tras una pelea, él se había quedado y Lane se había marchado. Jonas había pasado a ser el director financiero y luego el director ejecutivo de Halstead e Hijos.

Y por muy bien que lo había hecho y por mucho que había trabajado, Jack seguía sin estar satisfecho. Solo estaría contento cuando se casara y tuviera hijos. Aunque, conociéndolo, ni siquiera entonces quedaría satisfecho. Por mucho que se esforzaba, jamás cumplía las expectativas de su abuelo.

Quería forjar su propio camino, quería que lo juzgasen por sus propios méritos. Quería que los inversores confiaran en su empresa, en su apellido. Quería hacer las cosas a su manera, hacerlas bien.

Pero, para poder hacer las cosas a su manera, primero tenía que casarse.

Corriendo llegó hasta la playa y se detuvo un momento para contemplar el mar. Le gustaba esa ciudad. Decidió correr hasta el final del muelle, el Stearns Wharf, en lugar de correr por la orilla. Sus pies golpeaban contra el embarcadero mientras pescaderos y marineros trabajaban a su alrededor. Al llegar al final del muelle, dio la vuelta y se preguntó si Kat iría allí a pasear o correr.

¿Por qué no había cobrado el cheque? No tenía sentido. Necesitaba el dinero y había sido él el que le había arrancado la etiqueta, pero, aun así, se había negado a aceptarlo. A decir verdad, la respetaba por ello. No recordaba a ninguna mujer que se hubiera negado a que le pagase algo, ya fuera una cena, una copa, o un bolso. Él suponía acceso al dinero fácil. ¡Pero si hasta una con la que había salido le había pedido que le pagase unos implantes de silicona para las nalgas!

Tampoco recordaba a ninguna que se hubiese negado a cenar con él.

La reacción de Kat era toda una novedad.

Al ver un banco delante, se detuvo. Sacó el móvil de la funda que llevaba en el brazo y encontró el número que buscaba.

—Jonas Halstead, cabronazo.

Jonas sonrió ante la familiar voz. Bueno, parecía que Harrison no lo había perdonado por haberle quitado Cliff House en sus propias narices.

—Nos conocemos desde hace tanto tiempo que pensé que tendrías la decencia de no entrometerte en mis asuntos.

Jonas sonrió.

—¿Tú habrías intentando quitármela?

—¡Pues claro! —admitió Harrison riéndose—. Bueno, amigo mío, ¿qué puedo hacer por ti?

—Katrina Morrison.

—Puedo tolerar que me robes Cliff House, pero me cabrearía mucho si me robaras a mi mejor recepcionista.

—Relájate. No te la voy a robar. Al menos, no hoy.

—¿Qué quieres saber de Kat? ¿Te interesa?

—A lo mejor.

—No te molestes. Kat ha rechazado ofertas de muchos hombres; ofertas que van desde cenas a apartamentos.

—Dice que va contra la política de empresa.

—Kat sabe que, si conociese a un hombre en El Acantilado, yo confiaría en que no mezclaría su vida personal con el trabajo. Pero, por lo que sé, no le interesa estar con nadie.

—¿Por qué no? Es joven y preciosa.

—Ni idea. Lo único que sé es que trabaja mucho y tiene algunos problemas económicos. No es tan dura como parece. Si le haces daño, no me hará ninguna gracia.

Harrison habló con un tono que Jonas no estaba acostumbrado a oír en él. Sin duda, quería proteger a Katrina. Lo que no entendía era que, dado su hábito de implicarse en la vida de sus amigos, familiares y empleados, no hubiese agitado su varita mágica para resolver lo que fuera que angustiaba a Kat. Ayudarla no debería haberle supuesto ningún problema, y así se lo hizo saber.

—No me deja ayudarla —farfulló Harrison—. Es la mujer más independiente y terca que conozco. Está decidida a hacer las cosas a su manera y rechaza mi ayuda constantemente.

—No soporto que hagan eso —murmuró Jonas impresionado por que Kat tuviera las narices de rechazar la ayuda de uno de los hombres más ricos y poderosos de California.

—Lo único que me acepta es un descuento del alquiler, ya que soy el dueño del bloque de apartamentos donde vive. Aunque he oído que se marcha a finales de mes porque no puede seguir pagando por algún gasto inesperado.

El puñetero vestido.

Por otro lado, que Kat mostrara esa independencia indicaba que sería la esposa perfecta, ya que no estaría interesada por su dinero ni por lo que pudiera o no obtener de él. A lo mejor podían llegar a un acuerdo.

Pero no podía soltarle una proposición de matrimonio a una extraña. Tenía que establecer alguna clase de relación primero. Una amistad como poco. Y mientras tanto debía mantener las manos alejadas de ella. Su abrasadora atracción sexual era una complicación. Aunque, si iban a estar casados diez meses o un año, esa atracción podría resultar un pasatiempo divertido.

—Si tiene problemas económicos, yo le pagaré el alquiler los próximos meses —dijo Jonas.

—Aunque yo te lo permitiera, ella no lo aceptaría.

—Dile que es otro aumento de sueldo. Necesita el trabajo, así que te escuchará. Venga, Harrison...

—¿Vas a hacerle daño?

—Lo creas o no, intento ayudarla.

Y era verdad. Él necesitaba una esposa y Kat necesitaba el dinero.

Harrison accedió a ofrecerle el alquiler a Kat como un aumento de sueldo y le dijo a Jonas que lo destriparía si le hacía daño. Jonas respondió dándole las gracias antes de colgar. Se guardó el móvil y echó a correr otra vez.

Le llevaría algo de tiempo y de esfuerzo conseguir lo que quería, pero se casaría con Katrina Morrison, pensó sonriendo.

Capítulo Cuatro

Pasaba la medianoche. Kat había hecho turno doble y estaba tan cansada que tenía ganas de llorar. Esa noche Harrison Marshall había dirigido la cocina y también habían estado allí Mariella, su esposa, y Gabe, sobrino de ella y mano derecha de ambos. La presencia de los Marshall cambiaba la atmósfera dentro del establecimiento; ponía nerviosos a los empleados, incluida ella.

Como resultado, tenía una cefalea que parecía que fuera a abrirle el cráneo en dos.

Salió por la puerta trasera en dirección al aparcamiento de personal. Le dolían los pies y se detuvo para quitarse los tacones y sacar las chanclas que llevaba en el bolso. Mierda, debía de habérselas olvidado en casa. Pero, bueno, podía caminar descalza hasta el coche. Cruzó la zona de césped y disfrutó de la sensación de la hierba fresca entre los dedos.

Al oír unas pisadas sobre la grava, levantó la mirada y vio a un hombre apoyado en el capó de su coche. Estaba oscuro y no le veía la cara, pero no tuvo miedo. Gracias al golpeteo de su corazón y al cosquilleo de su piel reconoció de inmediato a Jonas. Estaba esperándola. ¿Por qué?

Despacio, avanzó hacia el coche intentando ignorar a la vocecita que le decía lo agradable que era que alguien estuviera esperándola, sobre todo alguien tan musculoso y atractivo.

Salió del césped y fue hacia el coche. Haciendo caso omiso de Jonas, abrió la puerta del copiloto, soltó el bolso y los tacones en el asiento, y cerró de un portazo.

—Hola, acosador —dijo al dirigirse a la otra puerta.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba pensando en ti y de pronto me he visto aquí, esperándote. Es una cosa rarísima.

Y tan rara, porque ella era la última mujer en el mundo que debería interesarle. Había visto la clase de mujeres con las que salía: preciosas y con facilidad para moverse por el mundo que él habitaba.

Ella solo le interesaba porque lo había rechazado. Sabía que la gente ansiaba lo que no podía tener. Jonas podía comprarse lo que quisiera y solo con chasquear los dedos tenía a la gente a sus pies. Que se hubiera negado a salir con él era una novedad y ahora ella se había convertido en su objetivo.

Pero Kat no tenía ni tiempo ni energía para esos juegucitos. Tenía una vida muy complicada sin añadirle además el estrés de acostarse con un tipo que acabaría hartándose de ella enseguida.

Apoyó el trasero en la puerta del coche y se pasó una mano por la cara.

—Lo único que quiero es meterme en el coche e irme a casa.

—Un día duro, ¿eh?

—Turno doble, los jefazos en el local, clientes pesados, promotores inmobiliarios que no me dejan en paz —añadió intentando sonar impertinente cuando lo que de verdad transmitió fue tristeza.

—Vaya mierda. ¿Jaqueca?

—Bestial.

Kat frunció el ceño cuando Jonas la apartó del coche para situarse tras ella. Gimoteó cuando él le hundió sus fuertes dedos debajo del cuello y entre los omóplatos. Si seguía así, acabaría derritiéndose, aunque, por otro lado, no quería que parase.

—Estás supertensa —susurró Jonas contra su oreja.

Kat se estremeció de pura excitación.

—Han sido unos días duros.

Jonas bajó los brazos y los cruzó sobre sus pechos haciéndola sentirse segura y acompañada. No dijo nada; se limitó a abrazarla y a darle apoyo con su cuerpo.

Kat quería absorber algo de su fuerza, tanto física como mental.

Pero no quería desearlo, y por eso dijo contrariada:

—¿Ahora es cuando me dices que me vaya contigo y me prometes masajearme hasta dejarme sin sentido?

—Me esfuerzo mucho por no resultar previsible —le susurró él al oído.

Kat acercó el trasero a su entrepierna y soltó una risita.

—Esto me dice otra cosa.

—Eres una mujer muy sexy, Katrina, y así reacciona mi cuerpo cuando abrazo a una mujer sexy. Pero eso no significa que vaya a abalanzarme sobre ti.

—¿Entonces qué estás haciendo? —le preguntó confundida.

Jonas la soltó y la giró con delicadeza.

—¿Con qué o quién has estado saliendo? ¿Con neandertales?

Más bien se había casado con uno.

—Me ha parecido que necesitabas un masaje en el cuello y un abrazo. Que necesitabas un amigo.

—Ah —dijo Kat frotándose la frente—. ¿Así que no has venido para seducirme? —añadió con cierta decepción.

Jonas se rio.

—¿Quieres que lo haga?

Kat negó con la cabeza y, antes de poder decir nada, Jonas le agarró la muñeca y, sin previo aviso, la besó. Con los labios le suplicó que abriera la boca y, cuando ella lo hizo, le coló la lengua y la dejó sin sentido.

Kat se agarró a él, a la camiseta que llevaba. Jonas le metió una pierna entre las rodillas y la acercó más a sí mientras ella deslizaba una pierna sobre su muslo enfundado en tela vaquera. Gimió cuando él coló una mano bajo su vestido y le agarró el muslo. Sus dedos quedaron a escasos centímetros del triángulo de tela que la cubría.

¡Qué locura! Estaban en un aparcamiento y se estaba frotando contra su pierna con la esperanza de que Jonas la descolocara con un orgasmo.

Él apartó la boca y apoyó la frente en la suya sin soltarle el muslo.

—Te prometo que no he venido por eso, aunque te aseguro que no voy a disculparme por desearte tanto.

—Yo no dejo de prometerme que no volveré a besarte —murmuró Kat retrocediendo por mucho que quería más besos.

Jonas maldijo, apoyó las manos en las caderas y miró al cielo.

—¿Puedo invitarte a cenar o a tomar algo? ¿Un café?

—Lo siento, pero es tarde —y se sentía demasiado frágil como para poder resistirse a la tentación.

—Mañana es sábado. ¿Trabajas? —le preguntó mientras se colocaba los pantalones por la abultada zona de la entrepierna.

—El turno del almuerzo.

Jonas le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Mañana por la noche te invito a cenar y hablaremos.

—No voy a salir contigo, Jonas.

—La verdad es que quiero proponerte un negocio que a lo mejor te interesa.

—¿Qué clase de negocio? —preguntó con desconfianza.

Jonas le acarició la mejilla y luego el pelo.

—Estás cansada y se te nota en los ojos que te duele la cabeza. Mañana lo hablamos.

—No pienso hacer nada ilegal.

Jonas dio un paso atrás y, a pesar de la penumbra, Kat pudo ver que se le había helado la mirada. Vaya, lo había ofendido. Le había hecho daño.

—¿Por qué crees que te pediría que hicieras algo ilegal?

—Pues... —iba a mentir, pero decidió decirle la verdad—. Sigo las noticias y tu familia es famosa por no jugar siguiendo las reglas.

—Yo sí las sigo —dijo él con un tono más duro que un invierno siberiano—. No me juzgues por lo que hacen o han hecho ellos. Júzgame por mis palabras o por mis actos.

Kat se cruzó de brazos y asintió.

—Necesito oírlo.

—Te juzgaré por lo que digas o hagas, no por la reputación de tu familia.

Lo vio suspirar y relajarse.

—Bueno, ¿aún me vas a invitar a cenar mañana?

Tenía curiosidad por saber qué era esa propuesta y, cómo no, quería volver a verlo.

—Sí, claro. ¿Quieres que te recoja o quedamos en un sitio?

—Eh... ¿no quieres que hablemos en mi casa?

—Si voy a tu casa, no hablaremos nada. En nuestro caso, la intimidad resultaría una distracción. Nos vemos en la Fuente del Delfín junto al muelle a las seis y media.

—Vale. ¿Vas a ofrecerme trabajo?

Jonas la besó en la sien.

—Mañana, Kat —dijo agarrando el tirador de la puerta. Frunció el ceño cuando tiró y no se abrió. Probó de nuevo con más fuerza y lo logró—. Kat, este coche es diabólico. ¿Es seguro?

—Lo suficiente.

—Te sigo hasta casa.

—No me pasará nada.

—Tienes una jaqueca brutal y has tenido un día duro. Te seguiré hasta casa para asegurarme de que llegas bien. O puedes dejar el coche aquí y te llevo. Puedes ponerte a discutir hasta que amanezca, si quieres, pero esas son las opciones que tienes.

¡Qué hombre tan mandón!

Kat se metió en el coche. Giró la llave y maldijo cuando el motor renqueó y se apagó. Volvió a probar, pero no pasó nada.

Rezó para sí, arrancó de nuevo y sonrió cuando el motor cobró vida.

—Suena como un anciano asmático —dijo Jonas.

—No te metas con mi coche. Es un clásico.

—Es un deshecho de óxido, ruedas y motor —murmuró Jonas—. Te sigo a casa. Aunque, claro, puede que para cuando lleguemos me hayan salido canas... si es que llegamos.

Al día siguiente Kat llegó a la Fuente del Delfín y miró a su alrededor. Justo pasaban de las seis y media y Jonas llegaba un poco tarde. Nerviosa, se sentó en el anillo de cemento recordándose que en un momento tendría las respuestas a las preguntas que la habían consumido desde que lo había visto alejarse con su SUV la noche anterior.

¿Qué negocio querría proponerle?

¿Por qué se sentía tan atraída por él?

La última tenía una respuesta sencilla, pensó mientras lo veía caminar hacia ella como si fuera el dueño de la ciudad. Estaba muy atractivo con trajes caros y camisas de diseño, pero con pantalones cortos de bolsillos y gafas de sol estaba increíble.

Un millonario con estilo playero. Qué delicia.

Se miró y se alegró de haber optado por algo informal. Su top color mandarina con los hombros al aire y los vaqueros cortos y desgastados evitarían que fueran a algún establecimiento lujoso.

Jonas se plantó delante de ella y le sonrió.

—Es la primera vez que te veo con el pelo suelto. ¡Te llega hasta la cintura!

—Quiero cortármelo, pero primero necesito que me crezca un poco más.

—¿Necesitas que te crezca más antes de cortarlo? No tiene sentido.

—Si me lo corto cuando haya crecido un par de centímetros más, pueden hacer dos pelucas en lugar de tirar mucho pelo.

—¿Pelucas? ¿Vendes pelo?

Kat sonrió.

—Mi situación económica no es tan desesperada, Halstead. Dono pelo a una organización que hace pelucas para pacientes con cáncer, sobre todo niños.

—Ah —de pronto la expresión de Jonas se suavizó—. Es alucinante. ¿Cómo supiste de ellos?

Por Cath, aunque no estaba preparada para hablar de su querida y moribunda tía.

—Oí lo que hacían y localicé a la peluquera que trabaja con ellos. Me lo dejo crecer y Marcie me lo corta. Es un beneficio mutuo.

Jonas se subió las gafas a la cabeza y la miró con asombro y respeto. A Kat no le gustó la calidez que la recorrió al verlo reaccionar así.

—Qué bonito, Kat. Aunque estoy intentando imaginarte con el pelo corto.

—Corto estilo pixie —al ver su cara, añadió—: No sabes lo que es el corte pixie, ¿no?

—Pues no.

Kat se levantó y le dio una palmadita en el brazo.

—Digamos que paso de tener mucho pelo a tener poco. Pero bueno, dime, ¿qué es ese negocio que querías proponerme?

—Vamos a tomarnos algo en uno de los restaurante del muelle y te lo cuento.

—¿Por qué no me lo dices ahora? —preguntó impaciente.

—Es complicado y me gustaría haberme tomado unas cuantas copas antes de contártelo.

Sonó a broma, pero Kat sospechaba que no lo era. ¿Qué iría a proponerle? Antes de poder pedir más información, él cambió de tema.

—Por cierto, el examen ese que mencionaste, ¿es parte de un máster en Administración de Empresas?

—Sí.

—¿Estudias a tiempo parcial?

—Estoy haciendo las asignaturas de una en una y me llevan mucho tiempo. No voy a mentirte, me está costando.

—¿Por qué no lo terminaste mientras estabas en la universidad? —al ver el gesto de Kat, añadió—: Ya, te quedaste sin dinero, ¿no?

—Sí, entre la muerte de mi padre y el divorcio seguir en la universidad no era una opción.

Jonas le puso una mano en el hombro para detenerla y Kat se giró.

—¿Estuviste casada?

—Un año más o menos.

—¿Qué pasó? —preguntó Jonas con tono delicado.

—Pensé que me ayudaría cuando mi vida se desmoronó; le pedí que me ayudara en un momento duro, pero él decidió no hacerlo.

—Menudo gilipollas.

«Pues sí», pensó Kat.

—Pasó hace unos cuatro años y aprendí unas cuantas lecciones.

—¿Como por ejemplo?

—Que solo puedo confiar en mí.

—Eso explica tu rabiosa independencia. ¿Qué más?

—Pues que no volveré a casarme nunca.

—Mierda —murmuró Jonas.

—¿Y eso por qué te importa? —preguntó Kat con el corazón acelerado.

—Porque necesito que te cases conmigo. Y necesito que sea pronto, en unos dos meses.

Kat sacudió la cabeza. Tenía que ser una broma. Jonas parecía hablar muy en serio, pero tenía que ser una broma.

Al no saber qué decir, dejó que él la agarrara de la mano y la llevara hasta un restaurante en primera línea de playa. Los condujeron a una mesa al aire libre y, una vez sentados, él se pasó una mano por el pelo y se recostó en la silla.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, sí. Lo necesito —murmuró Kat antes de pedir un margarita. Necesitaría uno o tres para sobrellevar la conversación.

Jonas pidió una cerveza y, cuando la camarera se marchó, dijo:

—Sí, te he pedido que te cases conmigo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Has estado bebiendo? ¿Estás colocado?

Jonas negó con la cabeza.

—Necesito que te cases conmigo antes de que acabe mayo.

—¿Por qué? ¿Porque te has enamorado perdidamente y no puedes vivir sin mí?

—¿Te creerías algo así?

—No. No creo en cuentos de hadas —Kat apoyó los antebrazos en la mesa y se echó hacia delante—. A ver, ¿por qué necesitas que me case contigo?

Él la miró como sopesando cuánto decirle.

—Jonas, trabajo en un restaurante que se llena de famosos cada noche. Veo a maridos cenando con sus amantes. Veo a esposas besándose con su profesor de tenis. Veo reuniones de negocios secretas entre

enemigos declarados. Podría haber vendido todo lo que veo, pero sé mantener la boca cerrada.

Jonas asintió y esperó a que la camarera les sirviera la bebida antes de volver a hablar.

—Mi abuelo me está amenazando con desheredarme si no me caso.

—¡Eso suena demasiado medieval!

—¡Eso le dije!

—Entonces... ¿por qué?

—De joven salí con muchas...

—Aún sales con muchas.

—Vale, es verdad. Pero mi abuelo toleraba mucho mejor mi vida social cuando tenía veintitantos que ahora que tengo treinta y tantos. Según él, debería estar casado y haberle dado nietos, varones sobre todo, para que continúen con el negocio.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Pues créetelo. Mi abuelo quiere asegurarse de que detrás de mí vengan más Halstead, y para eso tengo que estar casado. Está dispuesto a chantajearme para que dé el paso.

—¿Y eso es legal? —preguntó Kat antes de dar un largo trago y suspirar por el placer que le produjo la mezcla de lima y tequila.

—Según me han dicho, Jack puede dejarle sus acciones a quien quiera y, si no le bailo el agua, puede que esa persona no sea yo. Es más, me dijo que no lo sería. Si no me caso, puedo perder la empresa a la que le he entregado los últimos quince años.

—¿Pero por qué yo? Quiero decir, tiene que haber montones de bellezas que estarían encantadas de casarse contigo.

—A lo mejor, pero quieren una boda por todo lo alto y un matrimonio de verdad con acceso a mis cuentas. Contigo puedo hacer de esto una especie de acuerdo comercial. Sé que necesitas dinero. Este acuerdo no duraría más de diez meses, un año como mucho. Haría que ese año de matrimonio te compensara mucho.

—¿Cómo? —preguntó nerviosa.

—Te pagaría quinientos mil dólares por cada mes que estuvieras casada conmigo firmando que serían un mínimo de diez meses y un máximo de un año.

—Pero te costaría seis millones de dólares —susurró atónita.

—Tendrías que firmar un acuerdo prenupcial. Sería un acuerdo legal.

Jonas necesitaba una esposa y estaba dispuesto a pagar por una. Ella necesitaba dinero; él lo tenía.

Sería la solución a muchos de sus problemas.

—Podrías terminar el máster y conseguir un empleo donde puedas usar ese cerebro que tienes para algo más que para asignarles mesa a los clientes.

A Kat se le agolpaban las ideas en la cabeza. Podría seguir en su apartamento. Podría comprarse un coche nuevo y pagar el puñetero vestido. Podría ayudar a Cath a encontrar el tratamiento que necesitaba. ¡Podría ser libre!

Era tentador.

Y una locura.

—Venga, Jonas, no puedes estar hablando en serio —dijo antes de terminarse el margarita de un trago—. ¿Puedes pedirme otro?

Jonas, muy sereno, levantó su botella de cerveza casi llena.

—¿Qué tal si te tomas algo más suave antes de que te desmayes?

Kat quiso protestar, pero sabía que él tenía razón. Ya le daba vueltas la cabeza entre el deseo, el tequila, los seis millones de dólares y una proposición de matrimonio. Apoyó un codo en la mesa y la barbilla en la palma de la mano.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

Jonas miró hacia el muelle, pensativo.

—No lo sé, no lo he pensado. Solo he pensado en darle a mi abuelo el certificado de matrimonio y asegurarme de que me da las acciones.

—Pues a lo mejor deberías pensarlo. Sea o no yo la mujer con la que te cases, ¿quieres que viva contigo? Por cierto, ¿dónde vives?

—Tengo un apartamento en Los Ángeles, cerca de las oficinas de Halstead. Ahora mismo me alojo en la suite de un hotel no muy lejos de aquí.

—¿Y qué haces en Santa Bárbara? ¿No te necesitan en Los Ángeles?

—Trabajo en remoto y vuelvo a las oficinas centrales para reuniones. Me traslado de proyecto en proyecto. La Cliff House me atrajo mucho y quería estar por aquí para supervisar la reforma.

—Bueno, ¿entonces dónde viviría tu mujer?

—Donde quisiera. Le alquilaría una casa o un piso y le pagaría todos los gastos y un coche.

Kat reunió valor y le lanzó la pregunta que le estaba haciendo un agujero en el estómago.

—¿Y el sexo?

—¿Qué pasa con eso?

—¡Que si sería parte del trato! —contestó exasperada.

—Pues claro que no. ¿Podrías dejar de pensar lo peor de mí?

Dios, hasta enfadado resultaba atractivo. Los rasgos se le endurecían y se le intensificaba el verde de los ojos. ¡Cuánto lo deseaba!

¿Y qué decía de ella que estuviera un poco decepcionada por el hecho de que el sexo no formara parte del trato?

—El acuerdo matrimonial no tendría nada que ver con lo que pasara en el dormitorio. ¡No me puedo creer que tenga que explicar esto!

Kat vio que le había hecho daño. No había sido su intención. Había querido pensar mal de él como mecanismo de defensa porque, si además de desearlo físicamente, empezaba a gustarle como persona, tendría problemas. Porque que le gustara podría conducir al amor y no estaba preparada para el amor. Ya no.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Tras la disculpa, vio fascinada que la tensión y el enfado desaparecieron del rostro de Jonas. Y cuando volvió a mirarla, sus ojos ya estaban libres de rabia.

—Me atraes, y lo sabes. Pero el sexo no forma parte del trato. Si acabamos acostándonos, será algo independiente. ¿Queda claro?

—Sí.

—Bueno, ¿qué quieres comer? —le dijo pasándole una carta—. ¿Tienes hambre? Yo estoy hambriento.

—Estábamos hablando de matrimonio.

Jonas abrió la carta y miró a Kat con comprensión.

—Acabo de lanzar una bomba y no espero que me des una respuesta hoy, ni siquiera mañana. Tómate tu tiempo para pensarlo.

No dejaba de sorprenderla y eso no le gustaba. Preferiría tenerlo completamente calado.

—Lo más probable es que diga que no. Soy más de esforzarme y apañármelas sola que de tomar el camino fácil.

—Lo sé —respondió él sonriendo—. Que hubieras aceptado directamente habría sido la mayor sorpresa de mi vida. Pero a veces, muy pocas veces, suceden milagros.

Capítulo Cinco

No podía casarse con Jonas.

Era ridículo, absurdo.

Sí, desde luego, casarse con él le haría la vida más fácil, pero aceptar la oferta la haría sentirse propiedad de Halstead; como si fuera uno de sus coches o de sus trajes caros.

Ella no pertenecía a nadie. Jamás pertenecería a nadie. Haría las cosas a su manera, a su ritmo.

Seis millones de dólares. Seis millones de razones para decir que no.

Aparcó en la puerta de la casita de Cath en San Roque y bajó de esa chatarra que tenía por coche. Miró las ruedas, algo desgastadas, y un diablillo se le posó en el hombro y le susurró: «Un mes de matrimonio con Halstead te daría para cambiar los neumáticos y para mucho más». Le cambiaría la vida. Una pequeña ceremonia, un contrato firmado, y tendría la vida solucionada.

Podría olvidarse de las noches que había pasado revisando facturas e intentando estirar el dinero; las horas que había pasado trabajando para pagarse el máster; las discusiones con su madrastra cuando le había suplicado que le diese algo de fondos para poder terminar los estudios.

Había llorado, gritado y suplicado, pero June ni se había inmutado. Su padre le había dejado todo, desde dinero hasta pólizas de seguros, el contenido de la casa e incluso los objetos personales de su primera esposa, y June no estaba dispuesta a renunciar a nada.

—Pídele dinero a tu marido —le había dicho a Kat—. Al casarte te convertiste en responsabilidad suya.

Wes, ese capullo tacaño, le había negado dinero para los estudios y pocas semanas después de aquello la había herido del peor modo posible.

La repentina muerte de su padre y el impactante testamento la habían dejado sintiéndose rechazada y sola. Era cierto que la relación con su padre se había enfriado porque a June no le había hecho gracia compartir a su marido con su hija, pero Kat no se había esperado que la dejase fuera del testamento, y mucho menos que no le hubiese dejado las fotos y los objetos personales de su madre. La última vez que había visto a June, se había fijado en que llevaba los pendientes favoritos de su madre. Había tenido que contenerse para no arrancárselos de las orejas.

Dudaba que pudiera perdonar a su padre después de aquello.

Jonas también corría peligro de que lo desheredaran, aunque a mayor escala. Él podía perder cientos de millones, o miles tal vez, si no se casaba, pero Kat tenía la sensación de que el dinero no le preocupaba tanto como la empresa en sí. Movida por la curiosidad, había investigado un poco y había visto que, en los últimos años, Jonas le había dado un giro a Halstead e Hijos.

Antes, la empresa había estado marcada por escándalos relacionados con construcciones de mala calidad, salarios bajos, conflictos laborales y prácticas empresariales dudosas. Jonas lo había cambiado todo. Los periodistas especializados solían decir que era inteligente y duro como sus predecesores pero con una integridad de la que habían carecido las anteriores generaciones Halstead. Ahora la empresa había mejorado sus prácticas de construcción y de seguridad, y los sueldos que pagaban eran de los mejores de la industria.

Aunque las acciones fueran de Jack Halstead, la empresa era de Jonas y ella no podía culparlo por querer formalizarlo.

¿Pero casarse?

¿Podría fiarse de él?

Por mucho que se dijera en un principio, lo que contaban eran los actos.

Su padre le había dicho que le pagaría los estudios y que, llegado el momento, le daría las posesiones de su madre, pero no había cumplido su palabra. Wes le había prometido amarla y protegerla, pero había olvidado esos votos enseguida. Le había prometido ser su esposo, su mejor amigo, su amante y su apoyo, y había resultado ser un bestia con poco apetito sexual.

¿Y aun así estaba planteándose volver a casarse?

No podía, no debería. La oferta era demasiado buena para ser verdad. Tenía que haber trampa por algún sitio. Sí, tendría mucho dinero, pero sabía que, dada la atracción sexual que existía entre los dos, acabarían acostándose enseguida y la situación se complicaría.

Seis millones de dólares no compensaban perder su dignidad. Ni su corazón.

Además, para casarse tendría que confiar en Jonas al menos hasta cierto punto, y aún no se había recuperado después de que los dos hombres a los que había querido y adorado la hubiesen dejado ahogarse.

Antes había sido la confiada niña de su papá y luego una joven esposa inocente e ingenua. Ahora era una mujer inteligente e independiente.

Se negaba a depender de nadie, pero lo cierto era que estaba arruinada, pensó al llegar a la puerta de Cath.

—¡Cielo, he estado buscando tíos buenos en esa aplicación de citas!

Kat, en la puerta del salón de Cath, soltó el bolso y miró a su tía. No parecía estar peor que la semana anterior. Eso debía de ser buena señal.

Estaban esperando los resultados de las últimas analíticas, que les dirían si Cath llegaría o no a su sesenta cumpleaños.

«Con lo joven que es y lo llena de vida que está», pensó antes de besarla en la mejilla y preguntar:

—¿Has encontrado a alguien que te guste?

Se sentó en el borde del sillón de su tía y en la tableta vio la imagen de un hombre muy guapo aunque demasiado joven.

—Una diferencia de treinta y cinco años me parece excesiva, incluso para una asaltacunas como tú.

La risa de Cath no sonaba con tanta fuerza como antes.

—No es para mí, tonta. ¡Es para ti!

—¿Me estás buscando pareja en una aplicación?

—¡Pues claro! Hay quince que quieren conocerte.

Kat se levantó de un brinco.

—¿Me has registrado y ahora estás eligiendo mis citas? —le quitó la tableta y vio las fotos de unos hombres con los que nunca saldría—. ¿Me

has buscado a estos? ¡Uno está lamiendo el manillar de su bici de montaña y este tiene la lengua pegada a una farola congelada!

—A lo mejor he seleccionado a uno o dos sin darme cuenta cuando me estaba quedando dormida.

—No pienso salir con ninguno.

—¿Por qué no?

Kat volvió a mirar las fotos.

—Demasiado joven. Demasiado presumido. Demasiado enamorado de su moto. Un pirado. Un sociópata. Un adicto al gimnasio.

—Eres demasiado quisquillosa —refunfuñó Cath.

Kat soltó la tableta en el sofá y resopló.

—Ya tengo bastante con lo que tengo. Lo último que necesito es salir con unos tíos raros.

—Me encantaría que salieses con alguien, que te divirtieras. El sexo es una forma excelente de aliviar el estrés.

—Mi madre era toda una dama. ¿Cómo podíais ser gemelas?

—Es que a mí me cambiaron al nacer y en realidad soy hija de un multimillonario.

Vio a Cath respirar hondo, una indicación de que una oleada de dolor estaba a punto de contraerle todo el cuerpo. Su tía cerró los ojos, respiró entrecortadamente y contuvo el dolor mientras ella la miraba sin poder hacer nada. Al minuto se relajó, pero estaba pálida y parecía destrozada.

Kat se arrodilló y puso una mano en la rodilla de su tía.

—No mejoras, ¿verdad?

Cuando le diagnosticaron cáncer de páncreas, Kat y Cath se habían prometido que siempre serían sinceras.

—No —respondió Cath enroscándose en el dedo un mechón del pelo de Kat.

—¿Y no pueden darte nada? ¿No pueden probar nada más?

—Esta es la medicación más fuerte que cubre mi seguro. El siguiente paso son medicamentos experimentales, ensayos clínicos. Ser una cobaya humana.

Kat asintió. La gemela de su madre, que era como su segunda madre, no sucumbiría a esa enfermedad. No sin haber luchado y no hasta haber probado hasta la última opción disponible.

Esa era la mujer que la había abrazado mientras había llorado sobre el féretro de su madre, a cuya casa había huido cuando las paredes de la suya parecían atraparla. Cath le había hablado de «la semillita y la cigüeña», la había llevado de compras, la había llevado al baile de promoción. Había adoptado el papel de madre de la novia en su boda. Le había secado las lágrimas y la había cuidado después de su primera resaca y de su primera ruptura; le había agarrado la mano en la muerte de su padre y en su divorcio. Había asumido el papel de su madre cuando June se había negado a hacerlo.

Cath era su hogar, el único lugar donde se sentía querida. Cath era el centro de su mundo. No podía perderla. Ya había perdido demasiado...

—Pues entonces lo haremos. ¿Con quién tengo que ponerme en contacto?

Cath soltó una carcajada.

—¡Ay, mi niña, qué optimista! Eso no va a pasar, cielo. Todos esos tratamientos experimentales se hacen fuera. Hay uno en Suiza que cuesta... ¡Jesús lo que cuesta! Ni entre las dos podemos permitirnos un billete de avión, así que no hablemos del tratamiento.

—Encontraré el dinero —dijo Kat pensando en Jonas.

—Kat, no estoy hablando de diez o veinte mil dólares. Hablo de muchísimo dinero. Tengo que asumirlo, cielo mío, y tú también.

No tenía que asumir una mierda. Mientras hubiera opciones de que se recuperara o, al menos, mejorara, no podía imaginarse un mundo sin Cath. Haría todo lo que estuviera en su poder para mantenerla con vida.

Sabía lo que tenía que hacer.

No podía pensárselo; solo tenía que enviar un mensaje y listo. Si vacilaba, perdería el valor y Cath moriría antes de lo debido.

Hola, soy Kat. ¿Sigues en pie la oferta de los seis millones de dólares? Si es así, me interesa. Llámame.

Hecho. Pues parecía que iba a casarse, pensó conteniendo las lágrimas. Iba a casarse por dinero.

Se puso de pie y guardó el teléfono.

—¿Te apetece un té?

—Preferiría un whisky doble —farfulló Cath.

—Pues olvídalo. Y olvida también lo de que salga con alguno de esos hombres que me has buscado.

Se sacó el teléfono del bolsillo trasero. Jonas ya había respondido.

Kat, estoy en Toronto por un problema con un proyecto que tenemos aquí. La oferta sigue en pie. Te llamo cuando vuelva a la ciudad.

La decisión ya estaba tomada.

Casarse con Jonas le daría todo el dinero que necesitaba, pero ¿qué le supondría?

Habían pasado cuatro días y no había vuelto a saber nada de Jonas. Si él retiraba la oferta, no podría hacer nada por Cath.

Cargada con bolsas en una mano y con los tacones en la otra, cerró el coche de un portazo y fue hacia su puerta. Estaba agotada. Había hecho todos los turnos posibles, para lo que había doblado toda la semana. En lugar de durmiendo, había pasado todo el tiempo libre en internet buscando información sobre tratamientos para Cath con la esperanza de que hubiera uno milagroso y que ese milagro además fuera gratis.

Al parecer, Cath no se había informado lo suficiente sobre los ensayos clínicos de Suiza, que establecían unos criterios de acceso muy estrictos. Era demasiado mayor y su enfermedad estaba demasiado avanzada para tenerla en cuenta.

Se detuvo para sacarse una piedrecita de una chancla mientras pensaba en la información que había descubierto. Había un médico en California que estaba aplicando un tratamiento similar, y podría ser una opción si ella tenía acceso al dinero. Como pasaba con casi todo, la cosa se reducía al dinero.

—Kat, soy yo. No grites.

Una sombra se movió en lo alto de las escaleras. Kat alzó la mirada y vio a Jonas sentado en un escalón. Llevaba vaqueros y una camiseta negra, y parecía cansado.

—Joder, tienes el instinto de supervivencia de una polilla. Si ves una sombra, tienes que echar a correr. O al menos, gritar.

—Sabía que eras tú.

No podía explicarlo, pero si hubiera sido otra persona la que hubiera estado acechando en la oscuridad, habría gritado y salido corriendo. Era como si su subconsciente lo reconociera. ¿Cómo era posible?

Estaba agotada, pero verlo le dio un chute de energía. Jonas era como un potente elixir.

¡Qué hombre! Tan naturalmente masculino, tan fuerte. Quería meterse en la cama con él para que saciara el hambre que la invadía.

Pero ya que eso no iba a pasar, al menos se conformaría con tenerlo delante y deleitarse mirándolo.

—Sube aquí, Kat.

Kat subió las escaleras y se sentó a su lado. Dejó los tacones y las bolsas detrás de ella. Estiró las piernas y arqueó los pies gimiendo de puro placer.

—¿Una noche larga? —le preguntó Jonas. Sus hombros se rozaban.

—Muchas noches largas y muchos días largos. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana. Llevo queriendo llamarte todo el día, pero cada vez que sacaba el teléfono, surgía otro problema. Cuando he terminado con las llamadas, eran más de las diez y sabía que estarías en el trabajo. Así que he salido a correr, he comido algo y se me ha ocurrido venir a esperarte aquí —asintió hacia el coche de Kat, aparcado bajo una farola—. Tu coche está fatal. Lo he oído traquetear mucho antes de que doblaras la esquina.

—Pues doy gracias de que aún se mueva.

—En una palabra: chatarra.

—En una palabra: arruinada. ¿Estás bien aquí? Hace una noche agradable y mi vecino estará fuera dos semanas, así que no vamos a molestar a nadie si nos quedamos charlando aquí.

Jonas se recostó y apoyó los codos en el escalón que tenía detrás.

—Vale.

Kat estaba planteándose cómo sacar el tema cuando Jonas dijo:

—Me sorprendió muchísimo tu mensaje. Pensé que me costaría mucho más convencerte.

—No tenía ninguna intención de aceptar, la verdad.

—¿Y por qué has cambiado de opinión? ¿Qué ha pasado?

Vaciló un instante antes de decidirse a contárselo.

—Soy hija única y mi madre murió cuando yo tenía catorce años. Mi padre volvió a casarse seis meses después y June, mi madrastra, es... complicada. Antes de que mi madre muriera, mi padre y yo estábamos muy unidos, pero a June eso no le gustaba nada y logró separarnos. Acabé pasando la mayor parte del tiempo con mi tía Cath, la gemela de mi madre.

—¿Tu padre aún vive?

—Murió hace cinco años. De un infarto al corazón —dijo bajando la voz y sintiendo esa angustia y ese dolor tan familiares atragantándola.

Jonas le puso una mano en el cuello y ella se relajó al instante. ¿Cómo lo hacía?

—Se lo dejó todo a June, hasta el último centavo. Me dejó la casa donde crecí, pero June tiene derecho a vivir en ella hasta que muera y yo tengo que pagar el mantenimiento y todos los gastos.

—Uff —exclamó Jonas sin quitarle la mano del cuello, sin dejar de reconfortarla—. ¿Y tu madrastra no te ayuda?

Kat soltó una amarga carcajada.

—Si me estuviera quemando, June me echaría gasolina. Pero bueno, por otro lado, Cath es una joya. Me pagó el último semestre de la universidad para que pudiese licenciarme.

—Tiene que ser una mujer maravillosa.

—Lo es. Es mi roca, mi mejor amiga, mi segunda madre.

—¿Pero?

—Más o menos por aquella época le diagnosticaron cáncer de páncreas. Es una mujer llena de energía, divertida, un espíritu libre, pero ahora está postrada en una silla y en una cama, y eso me está matando —soltó una risa triste ante la elección de palabras—. Mejor dicho, la está matando a ella. El caso es que en Santa Bárbara los médicos no pueden hacer nada más por ella entre mi escasez de dinero y la falta de experiencia de ellos para tratar su cáncer en concreto. Pero en Malibú, en una clínica privada, hay un médico que es investigador y está buscando sujetos para un ensayo muy poco convencional. Ha obtenido resultados fantásticos usando una combinación de remedios homeopáticos y medicamentos fuertes. Yo lo veo como la respuesta a nuestras oraciones. Es caro, pero... si... me pagas por casarme contigo, podría asumir los gastos.

—Y pagar el vestido.

Kat no logró sonreír ante el intento de Jonas de poner un poco de humor.

—El dinero es el primer problema, pero hay otros.

—¿Por ejemplo?

—La lista de espera es enorme y está llena de pacientes más jóvenes, con familia, adolescentes, niños. Entiendo que el médico elija a pacientes más jóvenes, pero yo quiero que elijan a Cath. Puede que para ellos no sea una candidata apta, pero para mí lo es todo.

Jonas la acercó a sí y la rodeó por los hombros.

—Shh. Tranquila.

Kat se giró hacia él y hundió la cabeza en su cuello, incapaz de contener las lágrimas que llevaba acumulando meses, años. No debería llorar. No debería mostrarse débil, necesitada. Pero cuanto más intentaba controlar las lágrimas y los sollozos, más le brotaban.

«Llevamos demasiado tiempo siendo fuertes», le susurraron su alma y su corazón. «Déjanos llorar. Ya volveremos a ser fuertes luego. Nos recompondremos, pero ahora déjanos llorar».

Y Kat los dejó.

Se apartó de Jonas, se rodeó las rodillas con los brazos y sollozó en silencio. Las lágrimas le cayeron por las piernas hasta llegar a los escalones. Mientras, Jonas le acariciaba la espalda, dándole un ancla a la que aferrarse cuando el dolor amenazó con arrastrarla y hundirla.

Al final las lágrimas y los sollozos fueron cesando. Él se estiró el bajo de la camiseta para secarle las mejillas y la barbilla, y luego se lo acercó a la nariz.

—¿Quieres sonarte?

—¡No pienso sonarme la nariz en tu camiseta!

—Menos mal —dijo Jonas sonriendo—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias. Lo siento. ¡Es que estoy tan cansada! Cuesta mucho mantenerse fuerte día tras día, noche tras noche, a la espera de que venga otro golpe que me derribe del todo.

Se le escapó otro sollozo.

—Tranquila —dijo él acercándola—. Deja de llorar o te pondrás mala.

—No puedo permitirme ponerme mala —susurró ella contra su cuello y abrazándolo.

Qué bien olía. Olía a sol, a consuelo, a calor.

Jonas le pasó una mano por debajo de las piernas y, sin ningún esfuerzo, se levantó con ella en brazos.

—¿Dónde tienes la llave?

Kat abrió la mano. La había tenido ahí desde que había salido del coche.

Él asintió y abrió la puerta. Sin encender las luces, la llevó al dormitorio, la tendió en la cama y le quitó las chanclas.

—Necesitas dormir.

Con delicadeza, empezó a quitarle el vestido. Ella, demasiado agotada para sentir vergüenza y cómoda con su presencia, levantó los brazos. Luego se acurrucó contra la almohada y notó que se le cerraban los ojos. Forzándose a abrirlos, intentó mirarlo.

—Tenemos que hablar sobre lo de casarnos.

—Hablaremos, pero ahora no —contestó Jonas mientras la arropaba con una colcha que había a los pies de la cama—. Duerme. Ya hablaremos.

Kat, sintiéndose segura por primera vez en años, cerró los ojos y se dejó arrastrar por el sueño.

Capítulo Seis

Al día siguiente, poco después del almuerzo, Jonas entró en el vestíbulo del abarrotado El Acanalado. Se quedó a un lado y vio a Kat volver a su mostrador con una sonrisa.

Pero era una sonrisa que no se le reflejaba en la mirada. Había dormido, aunque no parecía que hubiese tenido un sueño reparador. Tenía los ojos enrojecidos y el maquillaje no lograba ocultarle las ojeras.

Los clientes del famoso restaurante no se detendrían ni un instante a fijarse en su recepcionista; él, en cambio, no podía dejar de mirarla y, por desgracia, era básicamente lo único en lo que pensaba desde que abría los ojos cada mañana.

Y no solo por lo de su necesidad de casarse y por cuánto la imaginaba desnuda, porque, al fin y al cabo, era un hombre al que le gustaba mucho el sexo. Mucho. Entre las fantasías de besarla de pies a cabeza, recordaba su risa, su pelo sedoso entre sus dedos, la tristeza y la vulnerabilidad de sus ojos. Quería abrazarla, protegerla, hacerle la vida más fácil.

¿Qué había pasado con lo de ver su matrimonio como un acuerdo comercial? ¿Cuándo se había complicado todo tanto? Desde que la había conocido, Kat Morrison se le había alojado en la cabeza y en el alma, y no podía permitirlo.

Tal vez fuera más sencillo casarse con Gigi o con una de las muchas mujeres con las que se había cruzado últimamente. Ninguna hacía que el corazón le diera vuelcos. Con ellas no tendría problemas para mantener una distancia emocional.

Pero no. Ni de coña se casaría con una de esas mujeres. Antes preferiría que Jack le pegara un tiro.

Kat lo vio, se sonrojó, miró a las personas que aguardaban a que las atendiera y levantó un dedo como pidiéndole a él que esperara. Jonas

asintió y no pudo evitar sonreír ante su gesto de vergüenza: sabía que estaba más avergonzada por haber llorado que por que la hubiera visto en ropa interior.

Blanca y lisa. Sin encaje. Supersexy. Alejarse de esa piel suave, de esas piernas largas y de su cuerpo esbelto pero curvilíneo le había supuesto un esfuerzo enorme.

La deseaba. Iban a casarse. Y tendría que mantener las manos apartadas de ella.

Se apoyó en una columna y miró al suelo, pensativo. Tendrían que evitar el sexo por muy complicado que fuese. Cuanto más la conocía, más le atraía, y unos encuentros sexuales fantásticos amplificarían esas emociones. No podía permitirse verla más que como a una socia, como una forma de lograr su objetivo.

Ella necesitaba su dinero y sus contactos. Él necesitaba una esposa reflejada en un documento, porque Jack nunca había exigido que el amor formara parte del trato.

El amor no formaría parte del trato. El amor era una emoción astuta y peligrosa.

—Hola. Perdona que te haya hecho esperar, pero hemos estado superliados.

Jonas miró a su alrededor y, al ver el vestíbulo ya vacío, le dijo:

—¿Puedes tomarte un descanso?

—Sí. Ya le he pedido al gerente que vigile el mostrador y responda a mi teléfono.

Una vez en la calle, Kat le indicó que fueran hacia la derecha.

—Vamos al huerto que hay detrás. Suelo hacer los descansos en los bancos que hay debajo de los árboles.

Fueron hacia la parte trasera del restaurante y accedieron a la zona de huerto y jardín que él no sabía que existía. Se sentaron en un banco, debajo de un ciprés.

—Siento lo de anoche. Nunca lloro y no sé por qué lo hice —dijo sonrojada.

—No te preocupes —respondió él alargando el brazo sobre el respaldo del banco y mirando a las ramas del ciprés—. Qué sitio tan bonito.

—Sí. Jonas...

—Tu tía tiene una cita en Whispering Oaks dentro de un mes. No he logrado conseguir cita antes.

Kat parecía impactada, esperanzada y confusa al mismo tiempo.

—¿Qué? ¡Pero si la lista de espera es larguísima!

—Conozco a gente, Kat. Gente influyente. He llamado a alguien, ese alguien ha llamado a alguien y hemos conseguido una cita.

—¿Pero quién tiene tanta influencia?

—Tu jefe.

—¿José? ¿El gerente del restaurante? —preguntó Kat con incredulidad.

—No, cielo. Harrison Marshall.

—No entiendo nada.

Jonas se echó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Harrison colecciona contactos y, además, disfruta haciendo favores a la gente.

—Pero Harrison es tu competencia directa. ¿Por qué lo has llamado a él?

—Es competencia en los negocios, a veces vamos detrás de los mismos proyectos, pero es más que eso. Nos conocemos desde que yo era pequeño, así que me he sentido cómodo pidiéndole el favor.

—¿Pero cómo tiene influencia para haberle conseguido una cita a Cath? ¿Sabe que es mi tía?

—No. No le dije para quién era el favor.

—Gracias. Hace poco me ha dado un aumento en forma del pago del alquiler de mi apartamento, así que me sentiría muy incómoda si se enterara de que me está ayudando también con esto.

—Mejor así entonces. Lo que importa es que tu tía tiene una cita con alguien que podría ayudarla. El doctor Cranston pide una fianza y quiere hacerle pruebas y controlar su estado, así que será muy caro.

—Y solo puedo pagarlo si me caso contigo —dijo ella con tono de abatimiento.

—Básicamente —respondió Jonas frustrado al ver su pesar—. Kat, a mí esto me hace tan poca gracia como a ti. No quiero casarme, pero yo necesito una esposa y tú necesitas dinero, así de claro. Es un negocio —si lo decía lo suficiente, tal vez acabaría creyéndose sus propias palabras—, así que, ¿te apuntas o no? —preguntó expectante.

—Sí, Jonas. Trato hecho.

—Genial —dijo con tono áspero.

¿Por qué se sentía tan desolado, como si faltara algo?

«Tío, déjate de chorradas y céntrate en lo que importa».

Necesitaba un certificado de matrimonio y tener en sus manos el traspaso de acciones. No podía arriesgarse a que Jack cambiase de opinión. Tenía que decírselo, tenía que decirle a todo el mundo que iba a casarse. Una vez la noticia fuera de dominio público, sería difícil que su abuelo o Kat se echasen atrás.

—Hoy es jueves. ¿Qué te parece el sábado?

—¿Para casarnos? ¿Estás loco?

—Para casarnos no, para celebrar una fiesta de compromiso. Podemos hacerlo en el club de polo.

Ella sacudió la cabeza como si no diera crédito.

—Jonas, las listas de espera en el club de polo son de meses e incluso años para celebrar bodas. Además, no necesitamos una fiesta de compromiso lujosa.

—Es lo habitual, Kat. Y ya he hablado con Mariella Marshall, que, como ya sabes, dirige la sección de organización de eventos de la empresa de Harrison. Me ha dicho que puede organizar una fiesta para cien personas en el salón más pequeño cualquier sábado de este mes, pero solo si le doy carta blanca en lo que respecta a las flores y la comida.

—¿Y cómo le has explicado a qué vienen tantas prisas y que no haya una fecha concreta?

Jonas sonrió.

—Le he contado la verdad. Le dije que estoy intentando convencer a una chica para que se case conmigo y que, cuando me diga que sí, necesitaré que todo vaya rápido. Me dijo que ninguna chica aceptaría celebrar una boda o una fiesta de compromiso de una forma tan precipitada y le respondí que mi chica sí. Y también le dije que, si ella no podía

organizar la fiesta o la boda con tan poco tiempo, traería a alguien de Los Ángeles.

—Y entonces se ofendió y te dijo que podía hacerlo sin problema. Cómo la has manipulado.

Jonas no sabía si la expresión de Kat reflejaba espanto o admiración.

Se encogió de hombros y dijo:

—¿Entonces qué? ¿Tenemos un trato?

Sabía que estaba asustada, pero iba a acceder porque estaba dispuesta a hacer lo que fuese por alguien a quien quería y que, obviamente, la quería a ella.

Qué suerte tenía Kat de querer y que la quisieran. ¿Qué se sentiría?

Que Kat lo quisiera, con lo leal, sincera, valiente e íntegra que era, sería una pasada. Aunque él tampoco sabría cómo actuar ante un amor incondicional. No estaba acostumbrado a verlo en su disfuncional familia.

—Tenemos un trato —respondió Kat con la voz y los dedos temblorosos—. Pero con una condición. Necesito que la gente piense que nos conocimos, nos enamoramos y estamos deseando casarnos. Voy a mentirle a Cath también. Es una romántica empedernida y necesita oír que soy feliz y que estoy enamorada. También voy a decirle que has usado tus contactos para que entre en el ensayo clínico gratis. No quiero que se preocupe por quién le está pagando el tratamiento. Espero que me apoyes en esa mentira.

¿Esas eran sus condiciones? Qué sencillas. Pero había algo más, podía vérselo en la mirada.

—Y solo aceptaré el dinero que necesito para su tratamiento. Si pagas Whispering Oaks, estaré casada contigo un mínimo de diez meses y un máximo de un año.

¿Quería menos dinero?

—Kat, tienes que parecer mi esposa, actuar como mi esposa. Y eso significa que tendrás que gastar dinero en ti. En ropa, en un coche, en un piso. Vas a tener que dejar tu trabajo.

—¡Ah, no! No pienso dejar mi trabajo. Cuando salgas de mi vida, necesitaré un sueldo para pagar las facturas.

—Pues termina el puñetero máster y consigue un trabajo que te guste de verdad.

—No a costa de tu dinero.

—Estás siendo ridícula queriendo ser tan independiente.

—Puedes pagar el vestido, si eso te hace sentir mejor.

—Kat...

—Bueno, tengo que volver al trabajo. Me he tomado más tiempo de descanso del que debía.

—¿Qué pensará la gente cuando mi mujer siga trabajando en un restaurante? —preguntó él siguiéndola.

Kat se encogió de hombros.

—Pues no haberme elegido a mí. Necesito tu dinero para Cath. Es todo lo que estoy dispuesta a aceptar.

Jonas sacudió la cabeza frustrado.

—Pues entonces no hay trato.

Kat se giró y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo dices?

¡Vaya! Había visto a la Kat de actitud profesional e incluso a la sexy, pero ese fuego que le estaban lanzando sus ojos lo excitó como ninguna otra cosa. ¡Qué no haría por colar la mano bajo ese vestido, sentir su cremosa piel bajo los dedos y saborear esa boca!

«Esto es un negocio, Halstead. Ne-go-cio», se recordó obligándose a centrarse en la discusión.

—Yo te pago la ropa, los gastos y lo que sea que necesites durante el próximo año. Lo tomas o lo dejas.

—Me necesitas —dijo ella cruzándose de brazos.

—Necesito a una mujer con la que casarme. La que sea. Me gustas, pero no eres el único pez en el mar.

—Imbécil —murmuró Kat contrariada—. Pero quiero un contrato. Quiero informes detallados de los gastos. Y nada de joyas caras o zapatos o ropa de precios desorbitados. Y como me compres un coche, te destripo.

—Un contrato, vale. Y me comprometo a que las joyas sean sencillas, pero la ropa tiene que ser de diseño...

—Pues entonces se la tienes que comprar a mi amiga Tess en The Hanger para que pueda llevarse la comisión.

Él asintió, conmovido por su generosidad.

—Lo del coche no es negociable. Ese cacharro es una trampa mortal.

—Pero tiene que ser pequeño y barato, y más te vale enseñármelo antes de comprarlo. Cuando nos divorciemos, se vende —contestó con los ojos brillantes.

Jonas, sonriendo, veía que Kat estaba disfrutando con la negociación.

—¿Algo más?

—Seguro que sí —contestó Kat concentrada.

—Todo lo que hablemos lo añadiremos al acuerdo prematrimonial.

—¿No te fías de mí? —preguntó ella enarcando las cejas.

Lo cierto era que sí se fiaba y eso lo aterraba. No solía confiar en nadie.

—Es el procedimiento normal.

Kat soltó una risa nerviosa.

—¡Venga, Jonas, nada de esto es normal!

Jonas le rodeó la cara con las manos y notó su suave piel bajo los dedos.

—Todo irá bien, Kat.

La besó en la sien; no se fiaba de poder controlarse si se acercaba a la boca.

—Eso espero. ¿Merece la pena todo esto por tener el control de la empresa?

Jonas tardó en responder.

—A lo mejor no —dijo y vio un destello de decepción y tristeza en su mirada—. Pero asegurarme de que otro no tenga todo el control sí merece hasta el último centavo.

Bajó las manos y se apartó.

—Vuelve al trabajo y yo voy a hacer lo mismo. Se me olvida que tengo un hotel que reformar y una empresa enorme que dirigir. Luego hablamos, ¿vale?

Kat asintió y se marchó. Las caderas se le contoneaban mientras subía los escalones del restaurante. Cuando llegó arriba, Jonas la llamó y ella se giró.

—¿Sí?

—Gracias.

Lo decía en serio. Se sentía profundamente agradecido.

—Lo mismo digo. No lo haría si no fuera por algo importante. Cath lo es todo para mí.

—Yo también tengo mis propios motivos —dijo él intentando expresar que su misión era igual de importante, que no se trataba solo de poseer acciones y una herencia— y son igual de válidos.

Pareció como si Kat quisiera preguntarle cuáles eran y él se sorprendió al querer contárselo. Pero ¿cómo decirle que no se sentiría seguro consigo mismo hasta que no se liberara de Jack, de su padre y de la falta de integridad de ambos? ¿Lo consideraría un hombre débil por haberse dejado someter por Jack durante tanto tiempo?

Se sentía confundido por la repentina necesidad de abrirse, de asegurarse a esa mujer que no era el empresario frío e implacable que la gente parecía ver.

—Bueno, ya te llamaré —dijo al ver que era el momento de marcharse. Estaba demasiado descentrado y trastornado.

Sí, la llamaría, pero lo haría cuando volviera a tener a raya a su rebelde corazón.

Jonas, ataviado con un esmoquin, esperaba impaciente a Kat en la escalera del club de polo mientras toqueteaba el anillo de compromiso que llevaba en un bolsillo del pantalón y que tanto le había costado elegir.

Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, habría comprado el anillo más caro y más grande de la tienda, pero sabía que a ella no le habría hecho ninguna gracia. Aun así, se merecía algo original y elegante, y al final había acabado decidiéndose por un anillo de diamantes y ópalo naranja fuego. Ojalá le gustase.

Justo cuando iba a ir a buscarla, oyó movimiento y levantó la mirada hacia lo alto de las escaleras.

Estaba... impresionante. Alucinante. Fantástica.

Ninguno de esos adjetivos transmitía la sensación que le estaba encogiendo el pecho.

Kat llevaba un top corto blanco y una falda larga de vuelo del mismo naranja que el del ópalo del anillo. Se había recogido esa melena magnífica

con un estilo que le recordaba al de las princesas de las películas de Disney. Llevaba unos pendientes largos y un maquillaje natural.

Estaba... sensacional. Y nerviosa. Apoyó la mano en la barandilla, cerró los ojos y Jonas la vio mover los labios como si estuviese rezando.

—Kat.

Ella abrió los ojos y vio la mirada de preocupación de Jonas.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó en voz baja.

—Te prometo que todo irá bien —respondió él agarrándose también a la barandilla.

Si se dejaba llevar, subiría las escaleras corriendo y la llevaría directa a la cama.

¡Cuánto la deseaba! ¡Cuánto deseaba quitarle ese top diminuto y ver la falda tirada en el suelo! La quería desnuda y jadeando. Y la quería ya.

—¿Estás bien? —le preguntó ella preocupada.

Jonas sonrió.

—Solo intento reanimar a mi corazón. Estás espectacular. Deslumbrante.

Kat, con una pequeñísima sonrisa, empezó a bajar las escaleras.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Cuando la tuvo al lado, Jonas la besó en la mejilla porque necesitaba sentir una conexión con ella por pequeña que fuera. Le daba vueltas la cabeza por el olor tan delicioso que desprendía. ¿Qué le pasaba? Había salido y se había acostado con algunas de las mujeres más bellas del mundo, pero ninguna le había hecho sentirse así nunca.

—Llegas muy tarde —murmuró él.

—El turno del almuerzo se ha alargado, no me arrancaba el coche y había muchísimo tráfico.

—Deja el trabajo y elige un puñetero coche de una vez. Además, te ofrecí enviarte a un chófer.

Kat sonrió y a él se le paró el corazón. Sospechaba que, antes de que acabara la noche, iba a necesitar un desfibrilador. Kat le estiró la corbata negra que llevaba.

—No voy a discutir contigo, Halstead. Esta noche no.

—Menos mal —respondió él colando el dedo índice bajo la cinturilla de la falda y deseando poder lamer la tira de piel desnuda entre la falda y el top—. Me alegro de que te hayas puesto esto en lugar del vestido blanco y negro.

—A ese vestido no le pasaba nada, pero Tess se lo ha dejado olvidado y, como yo iba tarde, he tenido que elegir entre los otros que ha traído de la tienda.

Kat no tenía por qué saber que Jonas le había pedido a Tess que se asegurara de olvidarse ese vestido.

—¿Y te han gustado los otros dos?

—Sí —respondió Kat a regañadientes—. El dorado es alucinante.

—Me alegro. Les hemos quitado la etiqueta a los tres, así que olvídate de devolverlos. Como ahora tienes vestidos para los otros dos eventos formales a los que asistiremos, nos vamos a ahorrar unas cuantas discusiones durante las próximas semanas.

—Eres diabólico —dijo ella quitándole el dedo de la cinturilla y apretándole la mano.

Jonas entrelazó los dedos con los de ella.

—No, solo me gusta salirme con la mía. Y me gusta no tener que discutir por dinero.

—Niño rico malcriado —murmuró Kat.

Él sonrió.

—Independiente empedernida con dificultades económicas.

—¿Con dificultades económicas? —dijo ella riéndose—. Puedes decir «pobre» directamente. No me ofendo con facilidad.

A Jonas se le aceleró el corazón, pero lo obligó a calmarse. Sin poder contenerse, la besó, aunque fue una ligera caricia con los labios y un suave roce con la lengua. Si se permitía seguir, esa falda acabaría tirada por las escaleras.

Se apartó, recordándose que debía centrarse. Era un acuerdo matrimonial beneficioso para los dos.

—Tengo algo para ti —dijo sacando el anillo—. No es caro, así que no empieces.

Kat no dijo nada. Agarró el anillo y lo miró, fascinada por la forma irregular de la piedra.

—Es verdad que es un poco raro, pero he pensado que te gustaría — dijo Jonas incómodo con su silencio—. Puedo devolverlo y, si alguien te pregunta ahora, podemos decir que te lo están diseñando...

Kat se puso de puntillas y lo besó en los labios. Lo dejó atónito.

—Cierra la boca. ¡Me encanta! Es perfecto.

—¿Sí?

Ella se puso el anillo y levantó la mano para mirarlo.

—Es alucinante, ¡justo el que habría elegido yo! ¿Lo has elegido para que hiciera juego con mi vestido?

—Ha sido una feliz coincidencia.

—Gracias por escucharme —dijo Kat bajando la voz—. Gracias por no comprarme uno carísimo con el que me habría sentido incómoda.

—Un placer —respondió Jonas sin saber qué más decir.

¿Qué se respondía cuando una mujer preciosa te daba las gracias por no gastarte demasiado dinero en ella?

Era uno de los muchos misterios que tendría que desentrañar ahora que Kat Morrison había entrado en su vida y la había desbaratado.

Capítulo Siete

Era agotador ser el centro de atención, pensó Kat al ponerse detrás de una palmera enorme situada en un rincón de la sala. Necesitaba un momento para tomar aliento, para comprender que ahora esa era su vida. A través de las frondosas hojas vio a Jonas hablando con un grupo de hombres. Uno de ellos era Rowan Brady, con quien había compartido mesa aquella noche hacía unas tres semanas. ¿Solo habían pasado tres semanas? Sian también estaba allí, luciendo sus tatuajes para fascinación de los invitados y desaprobación del abuelo de Jonas.

Jack Halstead era tal como imaginaba que sería Jonas cuando llegara a esa edad. Cuando se lo habían presentado, se había comportado como todo un caballero; no había visto nada en él que indicara que había sido capaz de chantajear a su nieto. Le había caído bien.

En cambio, Lane, el padre de Jonas, no le había gustado nada. Le había besado la mano de un modo que le había puesto los pelos de punta y la había mirado como si la estuviera desnudando con el pensamiento. Era interesante que a Jonas tampoco le gustase su propio padre. A Jack lo trataba con respeto, pero se tensaba cuando interactuaba con Lane. ¿Sabría alguien más que padre e hijo se odiaban? Desde luego, Jack parecía ajeno a tanta tensión.

Volvió a mirar a Jonas y suspiró. Debería ser ilegal que un hombre estuviera tan guapo en esmoquin.

Al dejar de mirarlo se dio cuenta de que Jack y su jefe estaban al otro lado de la palmera. Se quedó quieta como una estatua esperando que ninguno se percatara de su presencia.

—Jack —dijo Harrison chocando su vaso de whisky carísimo con el vaso de cerveza de Jack.

Por cierto, qué buen detalle que el abuelo de Jonas bebiera cerveza en un evento de etiqueta. A lo mejor los Halstead no eran tan estirados y esnobs como ella se había imaginado.

—Me alegra que hayas manejado lo de Jonas sin mi ayuda —añadió Harrison.

—Tu ayuda sale cara —contestó Jack con tono divertido.

—Eso es verdad. Pero el joven Jonas ha elegido bien. Katrina es genial.

—Esto es solo la fiesta de compromiso. Para mí no cambiará nada hasta que no los vea darse el «sí, quiero».

—¿Seguro que es la única opción?

—Es la única forma de proteger la empresa. Jonas es la única persona en la que confío incondicionalmente.

¡Vaya! ¿Sabría Jonas cuánto lo valoraba su abuelo?

—Bueno, llámame si me necesitas —dijo Harrison antes de que ambos fueran hacia Mariella Marshall, que estaba increíble con un vestido ajustado verde esmeralda.

La conversación la dejó descolocada. ¿Qué era eso que podría hacer Harrison para ayudar y por qué iba a pagarle Jack por esa ayuda? Qué raro.

—¿Qué haces, Kat?

Kat se sobresaltó y, al girarse, vio el hermoso rostro de Jonas y su mirada de diversión.

—Escondiéndome —contestó ella aceptando la mano que él le había tendido para sacarla de su escondite.

—¿Tan horribles somos?

—Horribles no, pero es que recordar todos los nombres y responder a todas las preguntas es agotador.

La calidez de su mano hizo que unas chispas le recorrieran el brazo... y acabaran entre sus piernas.

—Tess está divirtiéndose —comentó Jonas.

Kat miró al otro extremo del salón y vio a su amiga flirteando con el casadísimo alcalde de San Luis Obispo. Tess estaba disfrutando de la atención que estaba recibiendo por ser la mejor amiga de la prometida de Jonas.

—Supongo que debería ir al rescate —dijo cuando el alcalde le puso una mano en la cadera.

—No necesita que la rescates —contestó él rodeándola por la cintura antes de besarla en la sien.

Se había mostrado supercariñoso toda la noche y ella había tenido que recordarse que no significaba nada, que Jonas lo hacía de cara a la galería para vender bien su historia de amor.

—Me refería a rescatar al hombre con el que está coqueteando.

Jonas se rio y el profundo sonido hizo que sus hormonas empezaran a brincar.

—De eso ya va a encargarse su mujer, que lo tiene vigilado. Tú lo que tienes que hacer es bailar conmigo.

—¿Sí? —preguntó Kat mientras la llevaba a la pequeña pista de baile.

—Sí. Es lo que se espera que hagamos.

Mierda. Y ella haciéndose ilusiones de que quisiera bailar para estar pegados el uno al otro.

«Todo esto es un teatro, no es la vida real. Recuérдалo o acabarás con el corazón hecho puré. Y un corazón hecho puré duele a rabiarse, ¿o es que no te acuerdas? Si no, piensa en las lágrimas, en la humillación, en la sensación de que te estaban apuñalando el corazón una y otra vez. Solo se puede ser tan idiota una vez en la vida, Kat».

Jonas y Kat acababan de llegar a casa de Cath.

Su tía no había podido ir a la fiesta de compromiso y estaba deseando conocer al hombre del momento. Jonas había accedido encantado a conocerla, aunque había sido complicado encontrar un momento en el que los dos estuvieran libres. Ella tenía turnos a horas intempestivas y él hacía jornadas muy largas, así que podían pasar días sin verse o hablar. Así era la vida de dos comprometidos de mentira, pensó Kat mientras Jonas le abría la puerta del coche.

Cuando Kat le agarró la mano, sintió chispas en la piel y suspiró. Al mirar sus preciosos ojos verdes, el corazón le dio un vuelco. Gracias a su trabajo era inmune al poder de un hombre guapo, pero, en el caso de Jonas, no podía evitar sentirse atraída por cada centímetro de él; por su fuerte cuello bronceado, sus manos anchas, la diminuta cicatriz que tenía en el labio inferior...

Y eso que aún no lo había visto desnudo. ¡Estaba metida en un buen lío!

Su atracción mutua era como una entidad viviente y, cuando estaban cerca, las ganas de arrancarse la ropa el uno al otro eran una tentación constante. Sospechaba que por eso habían usado sus ocupadas agendas como excusa para evitarse.

Los dos estaban de acuerdo en que el sexo no formaba parte del trato porque lo complicaría todo.

Pero se moría de ganas de saber cómo sería hacer el amor con él.

Ojalá Jonas también se pasara las noches despierto fantaseando con lo que se harían. Se cabrearía mucho si se enteraba de que él dormía ochos horas del tirón mientras que ella estaba salida perdida.

—No mires, pero nos están vigilando por la ventana.

Jonas la miró sonriendo.

—Entonces deberíamos darle a tu tía algo que ver —respondió rodeándole la cara con sus grandes manos antes de besarla.

«Qué labios tan masculinos y habilidosos».

Kat olvidó que era un beso de demostración, una forma de asegurarle a su tía que estaba feliz y enamorada, y disfrutó del momento. Se le avivaron los sentidos y notó la calidez del sol en la espalda, el aroma de la colonia de Jonas, el calor de su boca.

Sintió excitación, peligro y... confusión.

Lo deseaba, pero no quería desearlo.

Se apartó y fue hacia la casa intentando centrarse. ¿Cómo se encontraría hoy Cath? Ahora mismo lo único que podían hacer su médico y su enfermera era intentar controlarle el dolor. En una semana una ambulancia privada la trasladaría a la clínica donde le darían un nuevo tratamiento con el que, con suerte, mejoraría de forma inmediata.

Pero, de momento, Kat tenía que convencer a su avispada tía de que estaba perdidamente enamorada de un sexy multimillonario. Y ahora que lo pensaba, tampoco sería tan difícil.

—Qué color tan interesante —dijo Jonas cuando llegaron a la puerta.

Solo su tía pintaría la puerta principal de un intenso tono frambuesa.

—Es una mujer interesante —respondió Kat usando su llave para abrir—. Ojalá la hubieras conocido antes, cuando no estaba tan enferma.

La mayoría de las tardes mis amigas y yo acabábamos en su casa. Era guay. Era todo lo que mi madrastra no era.

—¿Qué quieres decir?

No había pretendido decir tanto, pero con Jonas las palabras fluían sin que se diera cuenta.

—June, mi malvada madrastra, siempre estaba preocupadísima por lo que la gente pensara de ella, de su casa, de su matrimonio, de su hijastra. Mi padre hacía todo lo posible por hacerla feliz, y eso incluía vivir por encima de sus posibilidades. Mi casa estaba cargada de tensión. Esta estaba llena de amor, de aceptación y de risas. Aquí podía estar.

Jonas le agarró la mano.

—Me alegro de que tuvieras a Cath.

Kat se fijó en la tristeza de sus ojos.

—Sé que tu madre se marchó cuando eras un bebé, pero ¿tuviste a una Cath en tu vida?

—No tuve tanta suerte —respondió él desviando la mirada.

—Lo siento —susurró Kat deseando tener el valor de abrazarlo, de ofrecerle consuelo aun sabiendo que él no agradecería el gesto.

—¡Eh, vosotros dos, entrad aquí! ¡Dejad de besaros en mi pasillo!

Cath, con el pelo cortísimo después de la quimio, estaba sentada junto a la ventana con su tableta en el regazo. Kat vio que había adelgazado más, y era un peso que no podía permitirse perder. Se agachó para besarla en la mejilla.

—No estábamos besándonos en el pasillo.

—¿Y por qué no? Es un hombre guapísimo. ¿Besa bien?

—Compórtate, Catherine.

—A ver, di. ¿Beso bien? —preguntó Jonas desde la puerta.

Cath soltó una carcajada. Hacía mucho tiempo que Kat no la oía reír con tantas ganas. Aún agradecida por que Jonas hubiese hecho reír a su tía, se sonrojó por la pregunta.

Besaba increíble. Y los dos lo sabían. Como también sabían que, si se desnudaran, dejarían marcas de quemaduras en las sábanas. O en la pared. O en el suelo.

Ignoró la pregunta.

—Cath, Jonas Halstead. Jonas, Cath Long. Cath y mi madre eran gemelas idénticas.

—Yo era la más guapa —señaló Cath cuando Jonas se acercó y agarró la frágil mano que la mujer levantó.

—Me lo creo. Encantado de conocerte —dijo Jonas tomándole las dos manos.

—Yo sí que estoy encantada. Siéntate aquí. Quiero conocerte mejor. Jonas se sentó en el sillón contiguo y Kat, en el brazo del sillón de Cath.

—Cath, prometiste no interrogarlo.

Jonas, de lo más tranquilo, estiró las piernas.

—Relájate, Katrina. Seguro que puedo responder a cualquier pregunta que me haga tu tía.

—Ya me cae bien —dijo Cath—. ¿Por qué te casas con ella?

Kat contuvo el aliento.

«Si respondes que estás enamorado de mí, Cath pillará la mentira».

—Porque es la mujer más interesante que he conocido en mucho tiempo.

—¿Vas a comprarle un coche nuevo?

—Estoy intentándolo, pero tu sobrina es una cabezota. Le he dado algunas opciones y las rechaza todas.

—Dos deportivos y un sedán de lujo —protestó Kat.

—Ya sé lo cabezota que es. ¡Me pone de los nervios! Odia pedir ayuda. Lo considera una debilidad —dijo Cath ignorando a su sobrina.

—¡Cath! ¿En serio?

—No me vengas con esas —contestó su tía.

Jonas intentaba contener la risa.

—¿Y la has convencido para que deje el trabajo y vuelva a estudiar?

—Estoy en ello —respondió Jonas mirando a Kat.

—No empieces.

—Deberías hacerlo, Kit-Kat. Con el máster podrías dedicarte a lo que quieres.

—¿Y qué es? —preguntó Jonas, interesado.

—Me gustaría hacer lo que haces tú. Proyectos. Construcciones o reformas. Si tuviera mucho dinero, me dedicaría a eso.

Cath los miró emocionada.

—A lo mejor después de casaros, Jonas puede meterte en el negocio. Es inteligente, Jonas. Muy inteligente.

Jonas no dejaba de mirar a Kat.

—Ya lo sé, Cath. Cerebro y belleza, una combinación brutal.

Kat se imaginó trabajando con él y sonrió para sí. Seguro que discutirían, se reirían y volverían a discutir. Sin embargo, eso no sucedería, al igual que no habría sexo entre los dos y que su matrimonio no pasaría de un acuerdo comercial, así que mejor no dejar volar tanto la imaginación.

Cath cambió de tema y preguntó a Jonas por su infancia, sus estudios y sus aficiones. Kat escuchaba absorbiendo todos los detalles. Era un hombre sencillo, nada esnob, y eso le encantaba.

Pero no podía permitirse que le gustase tanto.

Se levantó en un intento de poner algo de distancia.

—Voy a saludar a Moira. Es la enfermera de Cath.

—Cielo, cuando vuelvas, tráele a Jonas una taza de café. Él se queda aquí conmigo para que nos conozcamos un poco más.

—Compórtate.

—Pffff —exclamó Cath.

Kat fue hacia la puerta rezando por que Cath no sacara los álbumes de fotos. Estaba a punto de salir al pasillo cuando Jonas la llamó.

—No has respondido a la pregunta de Cath.

—¿Qué pregunta?

—No le has dicho si beso bien o no —contestó él con mirada y sonrisa picarona.

La carcajada de Cath llenó la sala. Kat se sonrojó y miró al techo. Cuando volvió a mirar a Jonas, estaba serio, como desesperado por conocer la respuesta. ¿Es que no sabía que solo su roce la hacía arder? ¿Que con solo mirarla sus inhibiciones y su sentido común se esfumaban?

Decir que besaba bien era como decir que Miguel Ángel era un pintor mediocre.

Tenía que responder, pero ¿cómo iba a decirle que era el único hombre que la había dejado sin aliento? ¿Que sus besos eran mágicos, sus brazos, como un hogar, y que su voz la desarmaba?

Abrió la boca para decir algo, no sabía qué, pero entonces oyó detrás la jovial voz de Moira:

—¡Kit-Kat! ¡He leído lo de tu compromiso en las páginas de sociedad! ¡Qué emocionante!

Kat se giró para abrazarla.

—¡Ay! Vais a volveros locos el uno al otro. ¡Qué divertido!

La definición de «diversión» de Cath y la de Kat no tenían nada que ver.

Capítulo Ocho

Kat estaba sentada en el balcón de la tercera planta de Cliff House, con los brazos apoyados en la barandilla y las piernas colgando. Jonas le había pedido que se reunieran allí y, al llegar, le había hecho un recorrido del icónico hotel mientras le explicaba sus planes para reformarlo y la animaba a darle sugerencias.

En un principio ella había dudado si compartir o no sus ideas, pero al ver su interés por escucharla, la conversación había fluido.

¡Cómo deseaba poder dedicarse a lo que de verdad le gustaba!

Por cierto, hablando de planes de futuro, iba a tener que posponer el examen. Con la locura de vida que tenía desde que se había convertido en «la Cenicienta Prometida del multimillonario más codiciado de California», como ahora la llamaban en los tabloides, ni siquiera había abierto los libros. Entre el trabajo, quedar con Jonas y esquivar a los paparazzi, no le quedaban ni energía ni tiempo para estudiar.

Le vibró el teléfono y, al sacarlo, vio que Tess le había enviado un enlace a una web. Cuando lo abrió, se quedó alucinada al ver el titular:

Cómo una recepcionista de restaurante cazó a un multimillonario. Sigue estos diez sencillos pasos.

Paso uno: tienes que estar donde estén los ricos. Kat Morrison trabaja de recepcionista en el exclusivo restaurante El Acantilado y seguro que fue ahí donde urdió la conquista de Jonas.

Dispuesta a dejar de seguir leyendo esa basura y cerrar la página, vio un enlace a otro artículo en el que especulaban sobre la vida amorosa de los hijos de Harrison Marshall, a los que describían como «la realeza de la Costa Oeste».

¿Cómo podía fascinarle tanto a la gente la vida de los ricos y de los famosos?

Sintió la mano de Jonas en el hombro y se sorprendió cuando él, con sus pantalones de diseño, se sentó a su lado en el polvoriento balcón.

Frente a ellos, el Pacífico era una mezcla perfecta de azul y verde, y el atardecer lanzaba rayos de sol que caían en el agua como confeti. Pronto los obreros acabarían la jornada y ellos dos serían los únicos ocupantes del hotel.

—Le he comentado al jefe de proyecto lo de cambiar el suelo del salón de baile del modo que sugieres y me ha dicho que es una opción más barata y menos laboriosa. Este proyecto ya se ha salido de presupuesto y va retrasado, así que te agradezco tu ayuda.

—De nada —dijo Kat complacida y encantada.

—Tienes buena cabeza. Deberías aprovecharla terminando el máster. Nuestro matrimonio podría darte la oportunidad.

Era una noche preciosa y no quería discutir ese tema. Solo quería quedarse ahí sentada, disfrutando de la puesta de sol, a su lado; oliendo el mar y viendo a las olas besar la orilla.

—No quiero discutir contigo.

—Pues no discutas, solo escucha. Respeto que quieras ser independiente y que hayas llegado hasta donde estás por tu propio esfuerzo, pero te complicas mucho la vida por querer hacerlo todo sola. Estás agotada, estresada, machacada física y mentalmente. Y eso me enfada porque a mí me supondría muy poco esfuerzo aligerarte toda esa carga. Recuerda que en este acuerdo los dos salimos beneficiados, no solo tú. Te necesito como mi esposa tanto como tú necesitas mi dinero.

—¿Y vas a decirme por qué?

Porque Kat sospechaba que no era solo por perder la herencia.

—Puede. Si aceptas mi ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Cubriré los gastos médicos de Cath tal como quedamos, pero también cubriré tus gastos actuales y tus estudios. Así podrás dejar el trabajo y seguir teniendo ingresos. Te daré una tarjeta de crédito para emergencias. Sé que no vas a usarla, pero me sentiré mejor sabiendo que la tienes.

Kat quería decirle que sí, pero por otro lado le daba miedo que él rompiera sus promesas. Ya le habían roto muchas.

—No sé, Jonas. Estás pidiéndome mucho.

—Estoy pidiéndote que me dejes ayudarte.

—Me cuesta recibir ayuda.

Jonas esbozó una pequeña sonrisa.

—Ya me he dado cuenta. ¿Por qué? ¿Por tu ex?

Ella asintió.

—Me casé completamente cegada. Me dijo que quería casarse conmigo, cuidar de mí, que me quería. Lo creí.

Sentía la mirada de Jonas clavada en ella, pero siguió mirando al océano. No quería ver su compasión.

—Durante el primer mes de casados, cuando tuvimos que pagar las primeras facturas, me dijo que le demostraría mi amor pagando mi parte. Dividimos todos los gastos al cincuenta por ciento. Así que yo pagaba la mitad de la hipoteca, pero el nombre que aparecía en las escrituras era el suyo. Pagaba gastos de su coche, pero él no pagaba nada del mío. Cuando intenté exponérselo, se volvió muy frío y distante y me torturó con eso.

—Te entiendo. Mi abuelo es todo un maestro en eso. Empezó distanciándose de mí como castigo, pero pronto su frialdad se transformó en hábito. En mi adolescencia aprendí a que dejara de importarme.

Al oír dolor en su voz, Kat le rozó la mano y él no se apartó.

—Quería que fuésemos felices, que él fuese feliz, así que transigí. Para darle a Wes todo lo que quería, tuve que estar en dos trabajos; uno de ellos en El Acantilado.

—Qué capullo —dijo Jonas con un tono cargado de rabia.

—Debería haberlo dejado, pero quería que nuestro matrimonio fuera bien, así que trabajaba a la vez que estudiaba para reunir suficiente dinero, pero luego se quejaba de que no pasaba suficiente tiempo con él. Luego murió mi padre y, como ya te dije, todo fue a mi madrastra. No podía pagarme la universidad y le pedí a Wes que me ayudara, pero se negó y Cath me dio el dinero. Luego vino el incidente del anillo...

—¿Qué incidente del anillo?

Kat tragó saliva; le seguía doliendo tanto como hacía cuatro años.

—Lo único que tenía de mi madre era un anillo de estilo art déco; un zafiro rodeado de diamantes. No tenía un valor tremendo, pero se lo regalaron cuando cumplió los veintiuno y mi padre me lo dio cuando los

cumplí yo. Tenía grabadas las iniciales de las dos. Me llegó un pago del coche y el anterior no lo había pagado, así que me amenazaron con quitarme el coche. Wes guardaba algo de metálico en casa y, como estaba tan desesperada, tomé el dinero prestado y le dejé una nota a modo de pagaré. Unos días después, miré en mi joyero y vi que el anillo no estaba. Wes me dijo que no tenía ningún derecho a tocar su dinero y que había vendido mi anillo por internet para que aprendiera la lección. Tres horas después, tenía todas mis cosas en el coche y me fui a vivir con Cath. Ese anillo era lo único que me quedaba de mi madre —susurró con profundo dolor—. Sigo mirando en páginas web con la esperanza de que alguien lo haya puesto a la venta, pero no he tenido suerte. Es inútil, pero sigo intentándolo.

—Dame el nombre y la dirección de tu ex y te juro que haré de su vida un infierno —dijo Jonas con furia—. Pero primero le arrancaré la cabeza y la enterraré donde no brille el sol.

Kat sonrió entre sollozos.

—Gracias a él y a mi padre me cuesta confiar en la gente.

—Yo no soy él. No voy a romper mi promesa. No voy a ofrecerte mi apoyo para luego retirártelo. Sé que te cuesta confiar, pero puedes confiar en mí.

Ojalá pudiera. Quería confiar, pero le llevaría tiempo cambiar ese hábito.

—Bueno, volviendo a tu generosa oferta... ¿Puedo pensármela? ¿Podemos hablarlo en otro momento?

—Ten por seguro que sí —dijo él antes de sacar una tarjeta de la cartera y metérsela a Kat en el bolsillo trasero de los vaqueros. Cuando ella abrió la boca para protestar, añadió—: No, esto no lo vamos a discutir. Si tienes algún problema, usa la tarjeta. Ya discutiremos el resto de mi oferta, pero necesito saber que tienes algo en lo que apoyarte.

—Pero...

—Cambio de tema.

Kat decidió que era inútil discutir con él y que guardaría la tarjeta en el bolso pero no la usaría.

Descruzó los brazos y se recostó apoyando los antebrazos en el suelo, tal como estaba Jonas.

—Entonces, si no te casas, Jack te deshereda.

—Sí.

—Haces que suene como si no te molestara, pero sé que no es verdad, teniendo en cuenta que estás dispuesto a dar el drástico paso de casarte conmigo.

—Sería genial construir algo de cero. Sería todo mío, construido con mi sudor y mis lágrimas y sabiendo que soy el responsable de su éxito o su fracaso.

—En una ocasión me dijiste que te importa más evitar que las acciones caigan en manos de otro. ¿De tu padre?

Aunque Jonas no dijo nada, por su expresión Kat supo que había dado en el clavo.

—¿Qué causó una brecha tan grande entre los dos?

Jonas miraba al mar; tenía el cuello y la espalda tensos.

—¿Qué te hace pensar que tenemos problemas?

—Cuando te oí hablar con él en la fiesta de compromiso, te cambió la voz. Estabas esforzándote por demostrarles a todos que no lo odias. A él se le dio un poco mejor ocultar el odio que te tiene, pero ahí estaba. ¿Qué os pasó?

Jonas entrelazó las manos detrás de la nuca y sus bíceps sobresalieron con el gesto.

—Mi padre era el director financiero y tomaba muchas decisiones. Como yo quería demostrarles a mi abuelo y a él que era tan bueno como ellos, trabajaba hasta dieciocho horas al día, moviéndome de departamento en departamento. En aquel momento estaba en el departamento financiero y Jack me pidió que revisara los libros de cuentas para decirle dónde estábamos gastando dinero y cómo podíamos mejorar el balance final. Mi padre sabía que yo tenía esa tarea, pero, como él no tiene la misma ética de trabajo que yo, no se esperó que fuera a rebuscar tanto como lo hice.

Kat se llevó una mano a la boca.

—Encontraste algo...

Jonas soltó una carcajada.

—Encontré muchas cosas. Sobornos, desvío de gastos, empresas falsas. Sacó millones de los fondos de la empresa.

—¿Y qué hiciste?

—Pues lo necesario para salvar la empresa. Le dije que, si no dimitía, lo acusaría de fraude; que si se iba sin hacer ruido, le ocultaría la traición a Jack. Lo puse entre la espada y la pared, pero accedí.

—Debió de resultarte muy duro. He leído artículos sobre Jack y sé que le obsesiona la lealtad y se la exige a empleados y proveedores. Lealtad a tu abuelo o lealtad a tu padre; debiste de sentirte como roto en dos.

Jonas asintió despacio.

—Sí. Dimitió, yo pasé a ocupar su puesto y de ahí pasé a ser director ejecutivo. Aún me culpa por haberlo echado de la empresa.

—¡Pero si os robó!

—Ya, esa parte de la historia la ha olvidado.

—¿Y por qué robó? Tampoco es que los Halstead andéis escasos de dinero.

—Era adicto al juego. Esa fue otra de las cosas incluidas en el trato. Tenía que salir de la empresa y recibir tratamiento. Cambió su obsesión por las cartas por la obsesión por el arte. Pero mientras se mantenga alejado de Halstead e Hijos, puede hacer lo que le dé la puñetera gana con su dinero.

—Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver con que tengas que casarte.

—Ah, sí. Jack dijo que, si no me caso, le dará sus acciones a Lane. Y, si lo hace, Lane tendrá todo el control sobre la empresa y podría causar muchos problemas. Podría pasar una de estas dos cosas: me despiden y él tiene carta blanca para dejar a la empresa pelada o lo asesino y me meten en la cárcel e igualmente él saquea a la empresa. Quiero esta empresa, Kat. Quiero que la gente la mire y me mire a mí con respeto.

—Eso ya está pasando.

—Hasta cierto punto, porque aún se recuerdan la rudeza de mi abuelo y la actitud de mi padre. Quiero que se confíe en nuestro nombre y para eso necesito control absoluto, de ahí mi necesidad de tener una esposa —se levantó, se limpió las manos en los pantalones y le tendió una—. ¿Sabes qué más necesito? —añadió cuando ella ya estaba de pie.

Ahora el deseo reemplazó la desolación de su mirada y Kat se le acercó ansiando poder terminar la conversación con un abrazo. Quería reconfortarlo, pero también quería sentir ese cuerpo ardiente y musculoso

contra el suyo. Quería sus pechos contra su torso, el muslo de él entre sus piernas, sus manos sobre sus nalgas y sus bocas acariciándose.

—¿Qué?

—Comida. Y sexo. Pero eso aún sigue descartado, ¿verdad?

Asentir en aquel momento fue una de las cosas que más le habían costado en la vida. Después de que los dos se hubieran abierto emocionalmente, quería estar con él físicamente incluso más que antes. Aun así, con gran renuencia, admitió que debían contenerse. Era lo más inteligente, y ella se enorgullecía de ser una mujer inteligente.

Jonas maldijo para sí y juntos entraron en el viejo hotel.

—Bueno, pues vamos a por algo de comida. Luego te llevaré a casa, prepararás una bolsa, tampoco necesitas mucho, unos pantalones cortos, una camiseta y un bañador, y nos iremos al aeropuerto. ¿Tienes pasaporte?

—Sí... Espera. ¿Una bolsa? ¿Avión? ¿Pasaporte? ¿Adónde vamos? ¡No puedo ir a ningún sitio!

—¿Por qué no? Este fin de semana no trabajas y necesitas un descanso. Yo te lo voy a dar.

—Pe... pero... Tengo que...

—Cath está en la clínica y no puede recibir visitas hasta la semana que viene. No tienes mascotas ni otras obligaciones. Ven conmigo a Saint Kitts. Mañana tengo que ver una obra allí. Me llevará una hora o dos como mucho, pero podemos pasar el resto del fin de semana sin hacer nada.

¡Ay, eso sonaba de maravilla!

—Di que sí. No pienses, no analices, solo di que sí.

—Sí. Vamos a Saint Kitts.

¿Estaba loca? Tenía obligaciones. Debería mantenerse alejada de la tentación para no acabar acostándose con ese multimillonario que resultaba ser demasiado atractivo y demasiado bueno. Katrina Morrison no tomaba decisiones impulsivas.

Sin embargo, hoy no parecía ser esa mujer.

Jonas, con Kat a su lado, estaba de pie en el enorme y exuberante jardín mirando la plantación de azúcar del siglo dieciocho. Le gustaba la propiedad, con sus jardines y las impresionantes vistas al océano, pero no sabía si le gustaba lo suficiente para añadirla a la cartera Halstead. Kat

hojeaba la carpeta que él le había dado con la documentación para decidir si merecía la pena adquirirla.

—¿Qué opinas? ¿Debería comprarla?

—Hace tres años reformaron la fontanería, el tejado, los jardines y la piscina, pero las habitaciones necesitan decoración nueva y hay que actualizar el mobiliario. El restaurante necesita chefs con más experiencia. La mayoría de los cambios que tendrías que hacer son estéticos, pero esos cambios no alterarían el balance final. Las reservas se mantienen estables y el precio está en línea con lo que están cobrando otros hoteles.

Se le iluminaban los ojos cuando estaba emocionada e ilusionada con algo. Jonas veía que le encantaba hacer cálculos y estimaciones. Si no fuese a casarse con ella, le daría un trabajo en Halstead.

—Le renovaría la imagen. Invertiría dinero en redecorarlo y reducir el número de habitaciones para hacerlas más grandes, más lujosas, más románticas.

—Cuantas menos habitaciones, menos ingresos.

—No si cobras una cantidad elevada por cada una. Yo publicitaría este establecimiento como un hotel de lujo para bodas y lunas de miel.

—En la isla ya hay otros hoteles así.

—Pero no hay ninguno con estas vistas. Creo que podría funcionar.

Él también. Era una idea fantástica. Sacó el teléfono y marcó un número sin dejar de mirar a Kat.

—¿Sian? Echa un ojo a la plantación de Saint Kitts. Quiero proyecciones de costes y previsiones de ingresos si convirtiéramos este sitio en un destino de lujo para bodas. Quiero el informe para el lunes. Gracias.

Kat no pudo contener una risita de emoción.

—¿En serio? ¿Crees que mi idea tiene algún valor?

—Creo que tiene mucho valor y por eso Sian va a pasarse el fin de semana haciendo números.

—Pobre Sian —dijo Kat estremeciéndose.

—Sian gana una pasta por su trabajo. Por cierto, hablando de cómo pasar el fin de semana, ya hemos terminado de trabajar, así que podemos empezar el nuestro.

—A mí lo que me apetecería sería tumbarme en la playa, nadar y volver a tumbarme.

Kat se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y arqueó la espalda. La tela de la camisa se tensó sobre sus pequeños pero perfectos pechos y Jonas sintió que se quedaba sin sangre en la cabeza.

Si ya en Estados Unidos le había costado un triunfo resistirse a ella, ¿cómo se le había ocurrido que podría hacerlo en las islas? Sería complicado cuando sol, mar y sexo eran una combinación ideal. Invitarla a Saint Kitts había sido algo impulsivo; había querido pasar más tiempo con ella, enseñarle un lugar que le encantaba. Desde luego, si en aquel momento le hubiera funcionado el cerebro, se habría dado cuenta de que Kat en bikini sería una tentación imposible de resistir.

—Por cierto, ¿dónde nos alojamos? ¿Cerca de la playa? —preguntó Kat de camino al jeep descapotable que había alquilado Jonas.

—En Nevis. Es más pequeña que Saint Kitts, menos comercial.

—¿Tienes un hotel allí?

—Tengo una casita. Está en un acantilado y desde el jardín bajas unos escalones de madera que te llevan a una playa privada. Está aislada y es mi lugar favorito del mundo.

Kat lo miró con una mezcla de confusión y deseo. Ella también sabía que estar solos sería peligroso, que había muchas probabilidades de que acabaran juntos en la cama. Estaban en el Caribe, con mares cálidos, días y noches calurosas, y poca ropa.

¿Por qué se había arriesgado a llevarla allí?

—O podemos quedarnos aquí —dijo señalando a la casa que tenían detrás—. Los dueños nos han ofrecido dos habitaciones para el fin de semana.

«Por favor, deja que te lleve a mi casa. Te necesito».

Kat se rozó el labio superior con la lengua, vacilante pero con deseo en la mirada.

—Vamos a tu casa —acabó diciendo llenándolo de felicidad.

—Voy a volver a poner el tema del sexo encima de la mesa. ¿Lo entiendes?

—Encima de la mesa, en la playa, en la cama. Todo me parece bien. Estoy harta de que nos resistamos a algo que queremos los dos.

—¡Menos mal! Voy a decirle a uno de los pescadores que nos lleve el jeep a la otra orilla.

Llegaron al coche alquilado y Jonas la vio subirse al asiento del pasajero, con esa melena larga y unas piernas más largas aún. Quería saborear su cremosa piel, sentir su increíble sonrisa sobre la suya, perderse en el azul de sus ojos. Llevaba semanas queriéndolo. Y ahora por fin, ¡por fin!, iba a hacerle el amor a esa mujer increíble, vulnerable, inteligente y dulce. Se le salía el corazón de la emoción.

«¿Sabes lo que estás haciendo, Halstead? Esto podría ir más allá del sexo, podría significar más que una aventura de fin de semana. Podría convertirse en alguien a quien quieras para algo más que un matrimonio temporal».

Jonas sacudió la cabeza en un intento de sacarse esos pensamientos de la cabeza.

«Ya has tenido otras aventuras. Sabes cómo manejar la situación», se dijo.

Sí, pero nunca había tenido una aventura con Katrina Morrison, que no se parecía a nadie que hubiese conocido nunca.

Aun así, podría manejar la situación.

Tal vez.

Capítulo Nueve

Kat, con la cabeza y el cuerpo agitados, siguió a Jonas hasta el interior de la encantadora casa de estilo caribeño. Él soltó las bolsas y abrió los postigos, dejando entrar la luz del sol y una brisa fresca que le puso la piel de gallina.

O a lo mejor esa reacción se debió al modo en que estaba mirándola. Con los pantalones cortos de bolsillos, la camiseta verde militar y las chanclas, parecía más un surfista que un director ejecutivo. ¡Qué sexy!

—¿Seguro que quieres esto?

—Es lo que quiero hasta que volvamos a Santa Bárbara. Es lo que quiero los dos próximos días. Después puede que no me parezca lo mejor. ¿Qué opinas?

—¿Dos días con opción a renovación?

Ella soltó una risita nerviosa.

—Exacto.

Jonas se acercó, pero Kat lo detuvo alzando una mano.

—Hace mucho tiempo que no estoy con nadie —dijo avergonzada—. No tomo la píldora y no llevo preservativos encima. Y, lo que es peor, no sé si recuerdo cómo se hace.

Jonas se acercó más y le puso las manos en las caderas. Ella vio ternura en su mirada, y ¡cuánto anhelaba recibir algo de ternura!

—Yo sé cómo se hace y tengo protección. Te prometo que haré que te resulte agradable.

Kat asintió y apoyó las manos en su torso. Sentía como si fuera a estallarle el corazón.

—Ya, pero no sé si yo haré que te resulte agradable a ti.

Jonas le alzó la barbilla con el nudillo.

—Solo tenerte en mis brazos y besarte ya me parece increíble —dijo mirándola a la boca y luego a los ojos—. ¿Alguna pregunta más? Porque me estoy muriendo.

Sin esperar a la respuesta, la besó; con exigencia, con desesperación, acariciándola con la lengua. Era un beso que sabía a un buen vino y a chocolate belga; a calor, felicidad y deseo.

A Kat le encantaba que la besara, pero quería más, mucho más, y por eso acercó las caderas a las suyas y suspiró al toparse con su larga dureza.

Pero entonces Jonas se apartó.

¿Qué pasaba? ¿Por qué paraba?

Kat no supo que había pronunciado esas palabras hasta que Jonas respondió a su pregunta.

—Me paro porque, si no, voy a durar dos segundos.

—Puedo ir rápido —le aseguró ella, ya echando de menos su duro cuerpo contra el suyo, sus bocas fundidas en una.

—No, no vamos a hacerlo así, Kit-Kat.

Kat se derritió al oír el apodo de Cath salir de los labios de él. La hizo sentirse especial, deseada y un poco... amada.

No, era solo sexo, nada de amor. «Ni se te ocurra hacerte líos, Kat».

—Vamos al dormitorio —dijo Jonas agarrándola por los muslos para levantarla en brazos.

Mientras la llevaba por el pasillo, ella jugueteaba con su pelo y le acariciaba la barbilla. Ya en la habitación, la dejó en el suelo frente a un espejo de pie enmarcado en madera blanca.

Se situó tras ella y posó las manos en sus hombros mientras Kat, fascinada, veía sus dedos danzar hacia su escote en forma de V y desabrocharle la camisa.

—Observa cómo te toco —le dijo Jonas con una mirada que era puro fuego verde.

Le quitó la camisa dejando al descubierto su sujetador de encaje blanco. Le besó un lado del cuello mientras le cubría los pechos con sus grandes manos.

Kat levantó los brazos y lo agarró por el cuello a la vez que arqueaba la espalda y acercaba más los pezones a sus palmas. Jonas gimió y se los acarició.

—Mira cómo se te oscurecen los ojos —le susurró al oído—. Mira qué azul tan intenso, qué sexy.

Intentó mirar su reflejo, pero la atención se le desviaba al rostro de Jonas. Pasión y concentración; él tenía toda su atención puesta en ella, su único objetivo era complacerla.

Jonas bajó las manos y le desabrochó el sujetador. Ella intentó girarse, pero él la sujetó contra su cuerpo, mirándola a los ojos a través del espejo.

Despacio, muy despacio, le bajó una copa, exponiendo el pecho derecho y un pezón rosado y terso que suplicaba que lo besaran, que lo acariciaran. Acercó su erección a su espalda baja y le quitó el sujetador antes de tirarlo al suelo.

—Ir despacio me va a matar —murmuró Kat agarrándole las manos y situándolas de nuevo sobre sus pechos.

—Merecerá la pena, te lo prometo —dijo él deslizando las manos desde sus pechos hasta la cinturilla de los pantalones.

Kat puso las manos sobre las de él y fue arrastrando los dedos hasta desabrocharse el pantalón. Lo dejó caer al suelo.

Lo miraba por el espejo, pero él tenía toda la atención centrada en el diminuto triángulo situado entre sus piernas.

—Qué preciosa eres.

Prácticamente desnuda y rodeada por sus brazos, se miró en el espejo. Tenía los pechos altos, el estómago plano y las piernas largas. Parecía como si reluciera desde dentro, como si Jonas hubiera encendido todas las luces de su interior.

Parecía una mujer desesperada por las caricias de su amante. Y lo era. Anhelaba conocer sus secretos, saborear su alma.

Jonas, besándole el cuello, coló una mano bajo la tela de la ropa interior y con un dedo localizó su punto más tierno.

Kat sintió chispas y un intenso calor. Pero además sintió paz, sintió que estaba bien que Jonas estuviera tocándola.

—Jonas, qué gusto...

—Me alegro, cielo.

Él apartó la mano, giró a Kat y la besó en la boca. La desnudó por completo y le hundió dos dedos a la vez que posaba el pulgar sobre su clítoris.

Kat lo rodeó por el cuello, aferrándose a él, porque las piernas le fallaban.

—Ya casi estoy, Jonas. No puedo aguantarme —dijo desinhibida.

—Confía en mí, aguantarás.

Jonas miró a su alrededor, sonrió y la llevó al alféizar de la ventana, donde la sentó. Abrió los postigos y Kat sintió el aire salado en la piel, oyó las olas rompiendo en la playa. La besó en la boca y se quitó la camiseta.

«Qué torso», pensó ella. Ancho, fuerte y con un ligero vello que le recorría el musculoso abdomen formando una línea perfecta.

Mientras lo miraba de arriba abajo conteniendo el aliento, él se quitó los pantalones y los calzoncillos. Ahí estaba: masculino y duro. Levantó la mano para tocarlo, pero Jonas negó con la cabeza.

—Luego. Ahora nos vamos a centrar en ti.

—Pero quiero tocarte —murmuró Kat cuando él se arrodilló frente a ella y le separó los muslos con sus amplios hombros.

—Confía en mí, Kat.

Confiaba en él. Se relajó.

—No dejes de decirlo porque es la verdad. Eres alucinante.

Kat aún estaba procesando esas palabras cuando sintió el beso de Jonas en su parte más secreta. La vergüenza se esfumó cuando la invadió una agradable sensación. Nunca había experimentado algo así.

Jonas se apartó, se sentó de cuclillas y la observó. Kat echó la cabeza atrás cuando él, con un increíble y habilidoso dedo, le exploró el ombligo y fue bajando hasta tocar ese punto antes de deslizarse en su ardiente y húmedo interior. Después añadió un dedo más a la vez que la acariciaba trazando círculos con la lengua. Kat estalló de placer mientras él le hacía el amor con la boca. Se le tensó el cuerpo y entonces sintió que estaba volando en un remolino de placer. Después, cubierta de un luminoso sudor, recuperó el aliento.

Jonas le besó un muslo antes de volver a apartarse y mirarla.

—Yo nunca... No... ¡Vaya!

Él esbozó una sonrisa larga y lenta.

—¿Bien?

—Alucinante. Gracias.

En ese momento se dio cuenta de que ella estaba recuperándose de un pedazo de orgasmo y él seguía esperando y más duro que una roca. Los últimos quince minutos habían sido un regalo para ella, pero ahora quería que estuvieran unidos.

Quería amor físico mutuo.

Se levantó y él se puso de pie con un fluido movimiento.

—Eres mía hasta que aterricemos en Santa Bárbara —le dijo Jonas dándole la mano.

—Soy tuya. Bueno, ¿están por aquí esos preservativos?

Tenía una ola detrás. Estaba tumbada boca abajo en la tabla y remando con los brazos.

De momento, bien. Cuando notara la tabla elevarse, tenía que levantarse según le había indicado Jonas.

¡Ahora!

Se incorporó, se agachó y se le escapó la tabla cuando la ola la pasó por encima. Echando agua por la boca, plantó los pies en la arena y se apartó el pelo de los ojos.

El surf se le daba de pena.

Al girarse, vio a Jonas deslizándose bajo una ola. A su prometido de mentira y actual amante no se le daba de pena. Se le daba genial estar sobre una tabla de surf, tanto como estar en una sala de juntas, en una zona de obras o encima o dentro de su cuerpo.

El sexo con él era alucinante, pero también disfrutaba estando con él, sin más; viéndolo cocinar o en la hamaca con la cabeza apoyada en su hombro mientras contemplaban el interminable océano. Disfrutaba con sus charlas, sus risas y sus bromas, bebiendo vino mientras paseaban por la playa a medianoche.

Le encantaba esa vida, tan alejada de la locura de Santa Bárbara.

La vida de isla era relajada y sencilla, y le gustaba la versión de Kat que la isla de Nevis había sacado. Le encantaba también la versión de Jonas y sabía que, si no tuvieran que irse al día siguiente, se enamoraría de él.

Bueno, a lo mejor ya estaba un poco... o muy... enamorada.

Pero lo suyo no podía llegar muy lejos. Para que un matrimonio tuviese éxito, tenía que fundamentarse en el amor, no en un acuerdo económico.

Miró al acantilado y pensó en la casa oculta tras los árboles. Era la casa de sus sueños: pequeña, acogedora, sencilla. Podría vivir una vida sencilla allí, con Jonas el surfista.

Se sentó con la tabla entre las piernas mientras se decía que los ojos le escocían por la sal, no por las lágrimas. Quería conservar para siempre esa abrumadora sensación de felicidad que le producía estar en un mar caribeño viendo surfear a su amante.

Cuando volvieran a la realidad, todo cambiaría, así que lo mejor sería mantener las distancias y tener claro que eso no era un cuento de hadas.

Y después, mucho después, cuando hubieran terminado y cada uno se hubiera llevado lo que necesitaba del otro, recordaría ese momento.

Recordaría esa sensación de amor y felicidad que le salía por cada poro.

Lo recordaría y sonreiría, agradecida por haber podido sentir lo que suponía estar bien mental, física y espiritualmente y amando a la persona adecuada, aunque solo fuera por una vez en la vida.

Lo recordaría. E intentaría no sufrir por ello.

Se plantó una sonrisa y entró en el vestíbulo del Grenade Theater maldiciendo a Jonas por haberle pedido que se reuniera con él allí en lugar de ir a recogerla para el evento de recaudación de fondos.

Reconocía a muchos de los asistentes de verlos cenando en El Acantilado, pero no los conocía lo bastante como para charlar con ellos.

Se sirvió una copa de champán cuando un camarero pasó con una bandeja y se apoyó en una pared esperando que Jonas llegara pronto.

Según le había dicho en el mensaje, iba con retraso porque le habían entretenido en Toronto, y Jonas no mentía. Si le había dicho que ese era el motivo, entonces lo sería. No podía seguir dejando que su pasado influenciara su futuro. Jonas no era Wes. Su primer marido y su casi segundo marido no se parecían en nada.

Bajando la mirada a sus sandalias doradas, pensó que ese sería su último evento formal juntos antes de la boda, que se celebraría justo en una semana en el club de polo.

Iba a casarse...

Con un hombre al que apenas conocía y con quien apenas había pasado tiempo últimamente.

Jonas le había hecho el amor dos veces en el vuelo de vuelta a casa, pero, una vez el avión había aterrizado, su sexy Jonas surfista había desaparecido y Jonas el director ejecutivo había vuelto. Habían pasado tres semanas desde que se habían amado, habían jugado y se habían reído en Nevis, y él no había hecho ni el más mínimo intento de besarla.

En realidad, a pesar de cuánto lo deseaba, estaba agradecida. Si intentaban revivir aquellos días y aquellas noches, empañarían el recuerdo de aquel fin de semana increíble.

Mejor así. En Santa Bárbara no eran las mismas personas que se habían amado como locas en el Caribe. Para que su corazón quedara intacto, para poder superar la próxima semana, la supuesta luna de miel y el próximo año, tenían que ser personas distintas.

Con suerte, vivirían su matrimonio por contrato sin problemas importantes.

Si la abandonaba la suerte, asumiría lo que viniera y seguiría adelante.

De todos modos, nada saldría mal. Tenían un acuerdo bien hablado y elaborado.

—Kat.

Ella levantó la cabeza y sonrió a Sian, contenta de ver a alguien conocido.

—Qué alegría que estés aquí.

—Jonas quería asegurarse de que sabes que su vuelo viene con retraso —la miró de arriba abajo y en silencio, girando el dedo, le indicó que diera una vuelta. Kat lo hizo—. ¡Qué pedazo de vestido!

Pues sí. Era dorado, hasta los pies, con una abertura a la altura del muslo y escotadísimo por delante y por detrás. Casi se sentía desnuda; de hecho, no llevaba ropa interior, pero Tess, que se autodenominaba su estilista, no le había permitido ponerse otra cosa para la proyección especial de El lago de los cisnes.

—Oye, ¿te has enterado de que Jonas ha comprado el hotel de la plantación que visteis en Saint Kitts? —le preguntó Sian.

Dolida por que él no se lo hubiera contado, respondió:

—Vaya, qué bien.

—Animado por tus sugerencias, va a convertirlo en un destino superlujoso para lunas de miel. Me ha dicho también que se te da de maravilla el desarrollo inmobiliario y que, si las cosas fueran distintas, te contrataría sin dudar.

¡Vaya, qué cumplido! Aunque habría significado mucho más si él se lo hubiera dicho a la cara.

Sian se situó a su lado, también apoyada en la pared, y empezaron a charlar sobre los vestidos y los zapatos de las invitadas.

—Mariella Santiago-Marshall va de Gucci. Me encanta cómo le sienta el color. Hay que tener cuidado con ese tono mandarina.

Kat le siguió la mirada y vio a la mujer de Harrison, que estaba impresionante. Mariella miró a su alrededor y, al verla, le sonrió.

—La reina se ha percatado de tu presencia —dijo Sian riéndose—. Y Jonas ha llegado por fin.

Kat se giró y dejó de oír a Sian. Estaba centrada en Jonas, que caminaba hacia ella ignorando los saludos de la gente, mirándola fijamente. Se le encendió la piel al ver la pasión y el deseo en sus ojos. Fue como si pudiera sentir su boca, sus habilidosos labios moviéndose por su mandíbula, por su cuello, hasta llegar a su pecho y tomarle un pezón entre los dientes. Notó que Sian le quitó la copa de las manos y ella plantó las dos manos en la pared esperando que eso les sirviera de sujeción a sus temblorosas piernas.

Sentía el calor en los ojos de Jonas y quería arder con él. Fue como si todo y todos desaparecieran a su alrededor.

Jonas se le puso delante, tapándola del resto de la sala, y con el dedo índice le tiró del escote.

—Por tu culpa y por culpa de este cuerpo tan sexy que tienes no puedo concentrarme. Recordarte debajo de mí, recordarme dentro de ti, me ha distraído todo el día. Por tu culpa en las últimas semanas no he sido nada productivo. Te deseo. Te he deseado desde que volvimos de la isla y estoy harto de luchar contra ello.

Kat, incapaz de mirar a otro lado, estaba desesperada por sentir su boca en la suya.

Lo necesitaba. Ya.

—Llévame a casa, Jonas. Quiero estar contigo. Necesito estar contigo.

Jonas asintió, le agarró la mano y salieron entre miradas de envidia y de impacto.

A Kat no le importaba lo que pensara toda esa gente.

Lo único que importaba era Jonas y lo que pudieran darse el uno al otro.

Capítulo Diez

Sin soltar a Kat de la mano, Jonas llamó a su chófer, que estaba fumándose un cigarro con uno de los aparcacoches y al instante corrió a abrirles la puerta de la limusina. Se quedó sin aliento cuando Kat se agachó para entrar y la tela del vestido se le pegó a cada curva. Al ver que no llevaba ropa interior, su erección se volvió de acero.

Entró tras ella, le indicó al conductor que los llevara al hotel, porque estaba más cerca que el apartamento de Kat, y subió la pantalla divisoria. Acababa de abandonar un evento de etiqueta y todos los presentes sabían cómo pretendía pasar el resto de la noche, pero le daba igual. Que pensarán lo que quisieran. Había estado conteniéndose demasiado tiempo y le habría sido imposible quedarse allí a ver El lago de los cisnes al lado de Kat, inhalando su perfume, sin volverse loco.

Miró el reloj. Había logrado aguantar tres semanas, seis días y ocho horas sin tocarla y habían sido tres semanas, seis días y ocho horas demasiado largas.

—¿Estás bien? —preguntó ella preocupada.

—Estoy bien —respondió él deslizándolo por el borde del escote—. Este vestido...

—¿Te gusta? —preguntó Kat con tono medio inocente medio pícaro.

—Es una pasada —contestó Jonas bajándole un tirante.

Con un movimiento más, su pecho perfecto quedó desnudo y él, incapaz de resistirse, le tomó un pezón en la boca y lo acarició con la lengua. Una llamarada lo recorrió desde la boca hasta la entrepierna y el sexo le palpó, duro y ardiente. Sintió las manos de Kat en el pelo, sujetándole la cabeza, y oyó sus suaves gemidos.

Se apartó y la miró.

—Cuánto te he echado de menos.

—Yo también a ti. Echo de menos estar en Nevis —respondió ella con voz temblorosa.

Él también echaba de menos la sencillez que habían encontrado allí.

Kat, rodeándolo por el cuello, lo acercó a sí y lo besó, primero vacilante y luego con más seguridad. Coló los dedos entre los botones de su camisa para llegar a su piel desnuda mientras sus lenguas se deslizaban la una contra la otra.

Estaba embargado por el deseo y la desesperación y quería más, la necesitaba ahora. No podía esperar. Coló las manos bajo la abertura del vestido y se lo subió hasta las caderas. ¡Qué sexy!

—Álzate —le susurró contra la boca y con la mano en su trasero.

Kat se alzó y Jonas se bajó la cremallera de los pantalones. Al instante, Kat metió las manos en sus calzoncillos y él perdió el sentido. Necesitaba estar dentro de ella. Miró por la ventanilla tintada y vio que iban por State Street; si se daban prisa, les daría tiempo.

—Bolsillo de la chaqueta, cartera, condón —murmuró contra los labios de Kat mientras metía la mano entre sus muslos para comprobar si estaba tan lista como lo estaba él.

Kat abrió el preservativo con los dientes y al instante Jonas sintió la calidez de sus dedos mientras se lo ponía. Después la agarró por la cintura con las dos manos y se la sentó encima. Kat gimió ante el roce de su duro miembro y cerró los ojos de puro éxtasis.

—Kit-Kat —gimió él mientras ella se deslizaba húmeda contra él—, no tenemos mucho tiempo. Tenemos que hacerlo rápido.

Ella lo situó en la entrada de su cuerpo y empujó a la vez que él acercó las caderas. Jonas abrió los ojos para ver si le había hecho daño, pero Kat estaba mirándolo, mordiéndose el labio inferior, y aferrada a la tela de su camisa mientras se movía sobre él en una danza que era medio tortura medio placer.

Tortura y placer, eso describía las últimas semanas. Placer por estar con ella; tortura por no estar a solas con ella.

La había echado de menos más de lo que había echado de menos el sexo. Cuando estaba con ella se sentía más tranquilo, más fuerte. Se sentía mejor.

—Ay, cielo —murmuró Jonas acariciándole los pezones para darle todo el placer posible.

Kat respondió moviéndose más deprisa y él la siguió con sus embestidas.

—Kat, no puedo aguantar...

—No hace falta —respondió y Jonas la sintió tensándose a su alrededor.

Abrazándola con fuerza, empujó las caderas, hundiéndose más en ella, y sintió que le daba vueltas la cabeza. El orgasmo le recorrió todo el cuerpo y se le coló en el cerebro, nublándole la visión.

Algo había cambiado dentro de él desde que habían vuelto de Nevis y eso significaba que entre ellos tenía que cambiar algo. No podía vivir con ella fingiendo ser su esposo y sin poder tenerla en su cama.

Algo tenía que cambiar, pensó de nuevo con Kat apoyada en su pecho.

Ojalá supiera qué.

Tumbado en la enorme cama de su dormitorio y con Kat tendida sobre su pecho, Jonas vio las señales de un nuevo día a través de las puertas que daban al balcón de su ático. Vio los tonos rosados y naranjas que prometían un amanecer alucinante. Aunque estaba agotado por haber pasado toda la noche haciendo el amor con Kat, no había podido dormir.

La miró y tocó el anillo de compromiso mientras pensaba que no era así como quería que ella llevase su alianza.

No debería ser así.

Con cuidado para no despertarla, le apartó el brazo y se levantó. Si ella abría esos increíbles ojos, no podría contenerse y volvería a hacerle el amor. Necesitaba tiempo para pensar.

Se puso unos pantalones de correr, salió al balcón y se apoyó en la barandilla a contemplar el mar.

El compromiso falso y las mentiras estaban matándolo. Estaba harto de manipular y de que lo manipularan.

Se había pasado los últimos quince años intentando cumplir las expectativas de su abuelo, intentando mantener limpio el apellido familiar. Ocultarle a su abuelo el robo de su padre había sido una estupidez, y ahora lo reconocía. Lane había cometido el crimen y debería haber asumido las consecuencias. Jack, que no toleraba el robo ni soportaba la deslealtad, lo habría desheredado.

En aquel momento había pensado que estaba protegiendo a su padre, pero en realidad le había dado miedo que Jack lo culpara a él por estropear la relación entre los dos. Por otro lado, al proteger a su padre había esperado que este se sintiera agradecido y que eso los hubiera unido. Había esperado que por fin pudieran ser padre e hijo, el equipo con el que llevaba soñando desde niño. Pero no había sido así. ¿Cómo había podido pensar que iban a forjar una relación más fuerte construida sobre el engaño, el robo y la deslealtad?

¿Y no estaba haciendo lo mismo con Kat?

Quería algo distinto en su vida, pero ¿qué?

¿Qué quería? ¿La empresa?

Sí, quería la empresa. Le encantaba su trabajo, pero quería desempeñarlo de un modo limpio y libre. Quería la empresa solo si Jack lo consideraba la persona más indicada para ello. Si no, prefería volar solo y empezar de nuevo. No le tenía miedo al trabajo duro y al menos estaría liberado de Jack y del resto de accionistas.

Además, quería tener a Kat en su vida, en su corazón y en su cama. Pero si le decía que quería empezar de cero y vivir y trabajar sin la manipulación de su abuelo, que quería una vida con ella, no lo creería. Por culpa del capullo de su exmarido, Kat no creería que mantendría su promesa de pagar el tratamiento de Cath, que cuidaría de las dos y que crearía una nueva empresa con ella a su lado.

Podía marcharse de Halstead, pero, si rompía el trato con Kat, habría consecuencias.

Cath ya estaba en la clínica y estaba mejorando. No mucho, pero había esperanza. No podía arriesgarse a que perdiera el tratamiento; no sería justo. Y no porque no tuviera los seis millones que había acordado darle. No, ese no era el problema. El problema era el orgullo de Kat, que no le dejaría pagar el tratamiento de Cath a cambio de nada.

Si él rompía el trato, ella se negaría a continuar con sus estudios y seguiría trabajando en el restaurante. No podía hacerle algo así. Se merecía ser feliz. Ahora que empezaba a ver la luz, no podía devolverla a la oscuridad.

Pero tampoco podía seguir adelante con el matrimonio tal como lo habían establecido. Tenía que asegurarse de que a Kat no le faltara de nada y hacerlo de un modo que ella no pudiera rechazar.

Podría perderla, y lo asumía. Pero lo que había compartido con ella en Nevis había sido honestidad, y no se conformaría con menos. Prefería perder lo que tenían ahora con la esperanza de que pudieran volver a empezar antes que perderla para siempre porque no habían cimentado su relación en la verdad.

Si estaban destinados a estar juntos, si lo amaba aunque fuera un poco, encontrarían el modo de volver a estar juntos.

Y más valía que lo encontraran porque, si no, él estaría bien jodido.

Oyó unas suaves pisadas tras él y suspiró cuando Kat lo rodeó por la cintura y apoyó la mejilla en su espalda. Él echó los brazos atrás y la agarró de la cadera cerrando los ojos.

Kat lo besó en la espalda antes de colarse bajo su brazo para situarse frente a él. Llevaba puesta su camisa, cuyo blanco contrastaba a la perfección con su pelo oscuro y sus ojos azules aún adormilados. Tenía el pelo alborotado y la marca de la almohada en una mejilla. Jamás la había visto tan preciosa.

Le acarició la mejilla.

—Hola.

—Hola —respondió ella girándose para mirar el mar—. Hace una mañana preciosa.

—No tan preciosa como tú —dijo Jonas, y la vio sorprenderse.

Kat no lo creía. Si ni siquiera creía lo que le estaba diciendo, ¿cómo esperaba que se fiase de que haría lo que le había prometido aunque se retirara del acuerdo?

Un largo y tenso silencio se hizo entre los dos y fue Kat quien lo rompió.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿A qué te refieres?

—A esto. Ayer me sacaste del teatro y hemos pasado toda la noche haciendo el amor después de que hayas estado tres semanas evitando quedarte a solas conmigo. Siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro, pero...

—¿Pero?

—Pero ahora que hemos vuelto a Santa Bárbara, esto debería ser un negocio. Añadirle sexo complica la situación.

—Hemos hecho el amor. Lo sabes y lo sé —dijo para ver cómo reaccionaba.

—¿Estás loco? ¿Por qué dices eso? ¡Acordamos que no se volvería algo personal!

Estaba horrorizada y asustada.

—¿Pero qué os pasa a los hombres? ¿Por qué no podéis cumplir con vuestra palabra? ¡Por eso no teníamos que haber pasado a lo físico! Lo complica todo. No estás enamorado de mí y yo no estoy enamorada de ti. Solo estamos sufriendo una resaca emocional por un exceso de sexo alucinante.

«No estoy enamorada de ti».

Al parecer, él era el único que quería algo más de la relación. Mierda.

Kat ladeó la cabeza y se quedó mirándolo como si le estuviera leyendo el alma. De pronto abrió los ojos horrorizada y dijo:

—¡Te estás arrepintiendo! No quieres casarte.

Qué puñetera mala suerte que hubiera captado su renuencia a casarse pero no la intensidad de sus sentimientos por ella.

—¡Capullo! —gritó golpeándole el pecho—. ¡Confíe en ti! Me fie de tu palabra. ¿Sabes lo difícil que es eso para mí? ¡Pensé que no volvería a fiarme de nadie!

—Kat, no lo entiendes...

—¡No me puedo creer que estés echándote atrás! —dijo llorando.

—Cálmate. Podemos hablarlo, encontrar una solución.

—No quieres hacerlo, ¿verdad? —le dijo con la mirada cargada de traición.

—Así no...

La quería. Lo quería todo con ella.

Pero Kat solo escuchó el «no» y salió corriendo de la habitación.

Jonas la siguió con la esperanza de poder explicárselo, pero se estremeció al verla arrancarse la camisa y ponerse el vestido dorado, agarrar el bolso y las sandalias, y salir corriendo.

—¿Puedes calmarte, por favor?

—No me hables —contestó Kat de camino a la puerta.

—Podemos hablarlo, encontrar una solución.

Kat se detuvo con la mano en el pomo.

—Lo único que quiero de ti es que te presentes en el club de polo el sábado. Nos casaremos según lo acordado, me pagarás según acordaste, y pasaremos los próximos meses ignorándonos. ¿Queda claro?

—Kat... —dijo él pasándose la mano por el pelo—. Mira, hablaremos cuando te calmes. ¿Tienes dinero para el taxi? Puedo llamar a mi chófer —añadió cuando ella abrió la puerta.

Los ojos de Kat contenían la energía de un millón de huracanes.

—Cásate conmigo el sábado. Págame. Sorpréndeme haciendo lo que dijiste que harías. Es lo único que quiero. Es lo único que he querido siempre de ti.

¡Auch!

«No estoy enamorada de ti».

La vio alejarse de él, descalza, y se sintió como si tuviera un puñal clavado en la espalda.

—No voy a hacerlo.

—¿No vas a hacer qué? —le preguntó Jack a Jonas.

—Casarme. Bailar a tu son. Ceder al chantaje.

Estaban en el despacho de su abuelo, en la casa de playa, y por primera vez en su vida se sentía libre.

—¿Cómo dices? —preguntó Jack con un tono tan frío como los cubitos de hielo que se había echado en el bourbon.

—No voy a casarme. Haz lo que te dé la puñetera gana con tus acciones. Dáselas a mi padre, pero que sepas que no pienso trabajar para Lane.

—Entonces perderás la empresa —respondió Jack ahora con un tono más suave.

—Me importa una mierda. Haré otra cosa, lo que sea, pero no voy a volver a trabajar para ese ladrón.

Jack lo miró por encima del vaso, en absoluto sorprendido por el comentario.

—¡Sabías que robaba fondos a la empresa! —gritó Jonas señalándolo con un dedo.

—Es mi empresa, ¡claro que lo sabía! —contestó Jack furioso—. La cuestión es cuándo pensabas decírmelo y por qué lo has ocultado.

—Probablemente por la misma razón por la que lo has ignorado tú. Era más sencillo dejar que se fuera que acusarlo. Se generaba menos escándalo diciendo que había dimitido.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Jack con una tristeza que lo descolocó—. Creía que éramos un equipo, que confiabas en mí. Pero está claro que no.

—Quería protegerte. Quería protegerlo.

—Ese era mi trabajo, protegerte —protestó su abuelo.

—Es tu hijo.

—Tú has sido más hijo mío que él. Siempre has sido mi prioridad, mi principal preocupación.

—¿Entonces por qué insististe en que me casara? —preguntó Jonas con la voz rota por la emoción—. ¿Es que no he hecho ya bastante? ¿No te he demostrado bastante lealtad, no he sido lo bastante bueno?

—Totalmente. Lo hice para obligarte a plantarme cara. Si me hubieras mandado a la mierda hace tres meses, te habría dicho que solo te entregaría mis acciones a ti, que estaba orgulloso de que por fin hubieras defendido tus ideas y tu postura.

—¿Pero si no dejo de plantarte cara!

—En lo que se refiere a los negocios, sí. ¿Pero qué pasa con la vida personal? Jonas, ¡estabas dispuesto a casarte con una extraña porque creías que era lo que yo quería! ¡Y siempre deberías hacer las cosas solo porque quieras tú! Quería que te dieras cuenta.

—¿Y no podrías habérmelo dicho?

—No habría sido tan divertido —respondió Jack, que tuvo el atrevimiento de sonreír—. Bueno, ¿entonces vas a casarte con tu chica?

«Ojalá».

—No. La quiero, pero ella a mí no.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jack con verdadero interés.

Era la primera conversación no relacionada con el negocio que habían tenido en años.

—Me lo ha dicho.

—Pues haz que te quiera.

—No estamos en la época de las cavernas. Las mujeres ahora toman sus propias decisiones.

—Bueno, te cases o no, las acciones son tuyas.

—Ya no estoy seguro de quererlas, y que conste que no lo digo por rencor. Es que ya no sé si quiero seguir en Halstead. Ahora mismo solo puedo pensar en solucionar lo de Kat.

Jack asintió.

—No pareces enfadado. ¿Por qué no estás enfadado?

—Eres mi nieto y harás lo correcto. Por ti y por la empresa. Hagas lo que hagas, podré soportarlo.

—Si te mueres y le dejas las acciones a mi padre, te juro por Dios que te desentierro y te doy una paliza que te dejará muerto otra vez. ¿Está claro?

Jack sonrió y alzó el vaso.

—Bebe algo, Jonas. Lo necesitas.

Capítulo Once

Kat, en el apartamento de Tess, miró el móvil y vio que tenía veinte llamadas perdidas de Jonas, cinco por cada día que llevaban separados.

Se había pedido unos días libres en el trabajo y se los habían dado sin problema dando por hecho que necesitaría tiempo para los últimos preparativos de la boda. Ya que Mariella Marshall seguía preguntándole por el día en cuestión y las columnas de sociedad seguían hablando de su historia de Cenicienta, suponía que la boda seguía en pie.

Lo que no entendía era por qué Jonas le había dicho que ya no quería casarse.

¿Qué tenía que hacía que los hombres con los que estaba no pudieran mantener su palabra?

Estaba segurísima de que Jonas cumpliría las promesas económicas; de hecho, seguía pagando el tratamiento de Cath.

Pero en sus caricias, en las emociones que veía en su mirada, le había parecido ver que podían tener una oportunidad, que él podría ser alguien a quien confiarle su maltratado corazón.

¿Por qué había tenido que enamorarse de él? ¿Por qué era el único hombre que había logrado colarse bajo la barricada que se había construido para protegerse?

¿Por qué no podía amarla? ¿Por qué no se veía siquiera capaz de aguantar casado con ella diez meses aun arriesgándose a perder Halstead e Hijos?

¿Por qué no podía encontrar un hombre que la quisiera, que la antepusiera a todo? Wes no lo había hecho y su padre se había olvidado de ella al estar con June. Para Jonas solo había sido un modo de salvar su empresa, un trato de seis millones de dólares para no perder unas acciones que valían miles de millones.

Había querido a Wes y adorado a su padre, pero lo que había sentido por ellos no era nada comparado con lo que sentía por Jonas.

Lo amaba con locura. Era todo lo que quería y necesitaba. Pero le había dicho que no lo quería para protegerse; porque, si él no era capaz de mantener sus promesas, lo mejor era olvidarlo.

Vendería los vestidos tan espectaculares que le había regalado, devolvería el anillo y le pediría un plan de pago para poder devolverle el dinero que ya había pagado por el tratamiento de Cath. En cuanto al resto de dinero que necesitaba, lo encontraría donde hiciera falta.

Podía hacerlo. Todo iría bien. Había sobrevivido al retorcido amor de Wes y al abandono de su padre. Podría sobrevivir también a lo de Jonas.

Faltaban tres días para la boda. Era ahora o nunca. Levantó el teléfono y empezó a escribir.

¿Podemos vernos?

La respuesta de él fue igual de breve.

En tu apartamento. En media hora.

Kat asintió y soltó el teléfono.

Probablemente en una hora estaría diciéndole adiós a otro hombre que amaba.

Estaba convirtiéndose en un hábito, pensó llorando.

Con lágrimas recorriéndole la cara, Kat salió del coche y corrió hacia la puerta de su casa. Vio a Jonas bajando los escalones. Tenía los ojos enrojecidos, estaba impactado.

—¿Es verdad? Por favor, dime que no es verdad. Lo he oído en la radio... Han dicho...

Jonas la abrazó.

—Es verdad, Kit-Kat. Harrison ha tenido un accidente horrible esta mañana.

Kat lo agarró de las solapas de la chaqueta.

—¡No me digas que está muerto!

—Vamos dentro y te diré lo que sé.

Una vez dentro, él se quitó la chaqueta y la corbata y se subió las mangas.

Kat se sentó en el borde del sofá y, temblando, lo miró mientras imaginaba en el hospital a su carismático, amable y divertido jefe.

—No me dejó pagar nada del alquiler. Me dijo que estaba haciendo un trabajo genial y que quería recompensarme.

Jonas se sentó a su lado.

—Es un buen hombre.

—Es un gran hombre —lo corrigió—. Dime, ¿qué ha pasado?

Jonas respiró hondo y se pasó una mano por el pelo.

—Iba deprisa y en uno de los coches más rápidos que puede haber. No es buena combinación.

—Pero es muy buen conductor. Hasta podía haber sido piloto profesional.

—Ya, yo tampoco lo entiendo. Conocía el coche, conocía la carretera, y, aunque iba a mucha velocidad, no era exagerada. El coche dio una vuelta y él salió disparado, que ha resultado ser positivo. Fue directo al quirófano.

—¿Vivirá?

—Ha salido de la operación y está en cuidados intensivos. Los próximos días serán decisivos, pero no pinta bien, Kat.

—¿Cómo sabes todo esto?

—He hablado con Gabe, su sobrino.

—No puede morir, Jonas —dijo Kat aún llorando—. Tiene mucho por lo que vivir. Mariella, sus hijos, sus negocios, sus empleados. Tiene que recuperarse.

Jonas le puso una mano en la espalda y ella tuvo que contenerse para no recostarse en él, para no buscar su consuelo y empaparse de su fuerza.

Su jefe estaba en el hospital luchando por su vida y toda su familia estaría rota de preocupación. Mariella estaría a su lado y todos los amigos que tenía por el mundo estarían pensando en él, mandándole buena energía.

Si a ella le pasara algo así, ¿quién se preocuparía? ¿Tess y Cath? ¿Algunos compañeros de trabajo? No tenía ni padres, ni hijos, ni marido, ni amante.

No tenía a Jonas.

¡Quería amarlo y estar siempre con él! Quería ser su esposa en todos los sentidos de la palabra. No solo durante unos meses, sino para toda la vida. Lo amaba.

Pero él no la quería. Así no. Y no podía culparlo por no sentir lo mismo.

Tenía que dejarlo marchar.

—Tenemos que hablar del sábado.

Jonas se levantó y fue hacia la ventana. Apoyó un hombro en la pared y miró a la calle.

Kat empezó a hablar, pero se detuvo cuando él levantó una mano.

—Una de las muchas razones por las que he estado llamándote era para decirte que no podemos casarnos el sábado. Y ahora menos. Mariella no podrá coordinar la organización y, aunque se ocupara alguien de su equipo, lo normal sería que la pospusiéramos por Harrison. Lo conozco desde que yo era un crío. Mi abuelo y él son buenos amigos. Tenemos muchos amigos en común y nadie disfrutaría de la boda. Por respeto a él y a su familia...

Kat asintió y se preparó para decir las palabras que le romperían el corazón a ella y los liberarían a los dos.

—Deberías aprovechar estos días para hablar con tu abuelo. Dile que no funcionará...

—Jack y yo hemos llegado a un acuerdo. Que me case ya no es un requisito para heredar las acciones.

Kat miró al suelo intentando contener la tristeza que la invadió.

—Entonces no hay motivos para que nos casemos.

—Mis motivaciones para meternos en esta locura ya no son válidas —dijo Jonas como eligiendo las palabras con cuidado para dejarla con delicadeza.

La miró y en esas profundidades verdes Kat vio una emoción que no podía identificar.

—Bueno, entonces eso hace que la decisión sea más sencilla.

—¿Por qué?

—Porque ya no tienes que casarte y encima te vas a ahorrar muchísimo dinero al cancelar la boda.

—En ningún momento he dicho que no vaya a darte el dinero que te prometí. Además, ¿cómo ibas a pagar el tratamiento de Cath?

—Si pudiéramos llegar a un acuerdo, te iría pagando todo lo que pueda y lo más rápido posible.

—¡Por Dios! —exclamó Jonas golpeando el marco de madera de la ventana—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que el dinero me importa una mierda? ¿Es que no has aprendido nada de mí en todo este tiempo?

«Sé que eres bueno y honrado y que tienes un corazón enorme. Sé que la mujer que se gane tu amor será tremendamente afortunada».

—Solo intento hacer lo correcto. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

—¿Amigos? ¡Tienes que estar de coña! —Jonas miró el reloj—. Odio tener que interrumpir esta conversación ahora que estamos hablando de la ruptura, pero tengo que irme. Le he prometido a Jack que lo acompañaría al hospital a ver a los Marshall. Necesitarán el apoyo de sus amigos.

Jonas había dicho «ruptura», así que ya era oficial. Habían terminado.

«No llores, Kat. ¡No llores!».

Él se metió las manos en los bolsillos y asintió hacia la carpeta que había dejado en la mesa.

—Está todo ahí. Como imaginaba que la conversación iría por estos derroteros, he planificado algunas cosas. Sabiendo lo independiente y lo terca que eres, seguro que vas a estar días maldiciéndome, pero no puedo salir de tu vida sin saber que estarás bien. He tenido que hacerlo así porque para mí es importante darte la libertad de ser feliz y empezar una vida nueva.

«¡Pues para mí lo único importante es que me quieras!».

A Kat le daba igual el contenido de la carpeta. Lo único que le importaba era él. Estar con él, amarlo. Abrió la boca para decírselo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Asintió, deseando que se quedara, deseando ser lo bastante valiente como para abrirle su corazón. Pero no lo era.

—Adiós, Kit-Kat.

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, no pudo responder.

¿Cómo podía dejarlo marchar?

Porque no quería estar con ella. La deseaba, pero jamás podría amarla, y ella no podía conformarse con menos. Otra vez no.

Él era su fantasía, pero ella no era la suya.

Jonas la miró una última vez y salió de su vida.

Cuando la puerta se cerró, Kat se dejó caer al suelo y lloró.

—Harrison sigue en coma. Lo han trasladado a una clínica privada cuyo nombre se desconoce.

Kat, que había estado hablando con su encargado, colgó. Era su día libre y le había suplicado que le diera un turno porque necesitaba tener la mente ocupada, pero José se había negado. Ese habría sido su primer día de luna de miel y ya tenía todo el cuadrante de turnos organizado.

Su luna de miel.

Jonas y ella habían hablado de ir a Nevis y, sin embargo, ahí estaba ahora; en su apartamento y sin nada que hacer. Cath ya había vuelto a casa y estaba mejorando bastante. Podía ir a visitarla, pero seguro que su tía la interrogaría sobre Jonas y tendría que verse obligada a admitir que habían roto el compromiso.

Al parecer, ellos dos eran los únicos que sabían que la boda no estaba pospuesta sin más, como decía el comunicado de prensa, sino cancelada.

¿Por qué Jonas no había anunciado que habían roto? ¿Y por qué tampoco lo había hecho ella?

Kat no lo había dicho porque no quería que todo acabase y la noticia de la ruptura sí que supondría el final de verdad.

Se sentó en el sofá y miró la carpeta que Jonas había dejado allí cuando había salido de su vida setenta y dos horas atrás. No la había abierto porque sabía que sería una confirmación más de su renuencia a casarse con ella, a formar una vida con ella.

Su relación había terminado y había llegado el momento de aceptarlo. Pero para hacerlo tenía que enfrentarse al contenido de la carpeta.

«Tienes que hacerlo. No puedes vivir para siempre en esta especie de limbo», pensó con lágrimas en los ojos.

La abrió y, entre otros papeles, vio un acuerdo entre Jonas y Whispering Oaks. Él les había ingresado seis millones de dólares y el

dinero que no se utilizara para el tratamiento debía donarse a la investigación contra el cáncer en nombre de Cath y de la madre de Kat.

Kat se llevó una mano a la boca para intentar contener los sollozos.

Pasó a otro documento y vio que había cubierto los gastos para que ella volviera a estudiar a tiempo completo y terminar el máster. Había pagado el alquiler y los suministros básicos del apartamento durante un año para que no tuviera que volver al restaurante y le había comprado un coche, un SUV de segunda mano con poco kilometraje que tenía que recoger en un concesionario reputado.

Había cumplido con su palabra hasta la última letra y lo había hecho de modo que ella no pudiera negarse.

Ahora lo tenía todo para que su vida fuera más sencilla, pero lo que más necesitaba estaba totalmente fuera de su alcance. Lo echaba de menos con todo su cuerpo. Tenía mucho amor que darle y ningún sitio donde volcarlo.

Suspiró mientras tamborileaba con los dedos sobre los papeles. Al hacerlo notó algo. Levantó la última página del seguro del coche y vio una bolsa de terciopelo diminuta y un sobre con su nombre.

Se volcó el contenido de la bolsita en la mano y un zafiro grande y cuadrado la deslumbró. Al instante reconoció el simbolismo.

El anillo tenía un zafiro mucho más grande y de un azul mucho más intenso que el de su madre, pero el diseño era exacto y tenía las iniciales de las dos grabadas.

Abrió el sobre y sacó la tarjeta.

Kit-Kat:

No es el de tu madre, pero a lo mejor te alivia un poco el dolor de haber perdido su anillo.

Por desgracia, en mi caso, el dolor de haberte perdido, de lo que podríamos haber tenido, permanecerá siempre conmigo.

Jonas.

Volvió a leerla. ¿No quería perderla? ¿Quería más? ¿La amaba? ¿Era posible? ¿Podía creerlo?

Jonas le había demostrado amor con todo lo que había hecho. Con sus caricias, sus miradas, su necesidad de saber que estaba bien. Había pagado el tratamiento de Cath porque sus preocupaciones también eran las

de él y su familia le importaba tanto como la suya. Le había demostrado que la quería al tomarse las molestias de buscar una réplica del anillo de su madre.

Aunque no se lo había dicho, sus actos le habían susurrado que la amaba.

Pero ella había olvidado escuchar.

De ahora en adelante escucharía.

No necesitaba un matrimonio para oír la verdad; las promesas que Jonas había cumplido implicaban que la había escuchado, que la había cuidado porque le importaba. Y si él se lo permitía, ella dedicaría cada día que estuvieran juntos a escucharlo y a decirle, con palabras y con actos, cuánto lo amaba. No iba a malgastar ni un minuto más.

Levantó el teléfono. Tenía que localizar a su hombre.

No era la primera vez que Jonas se sentía hundido emocionalmente, pero nada comparado con el infierno que estaba viviendo ahora, cinco días después de haber salido de la vida de Kat.

«Pronto te dolerá un poco menos y no la echarás tanto de menos», se decía.

Sentado en la tabla de surf, miró hacia su casa en el acantilado. Volver a Nevis estaba resultando doloroso.

Se apartó el pelo mojado de la cara y miró hacia una ola que se acercaba. Demasiado pequeña, sin energía.

No era una mala analogía de su vida. Se sentía pequeño, le faltaba energía. Despertarse cada mañana era duro; irse a dormir, peor. Y lo más difícil de todo era mantenerse alejado de la bebida. De todos modos, beber para olvidar era un cliché y, además, él tenía una empresa que dirigir.

Una empresa que ya era del todo suya. La mañana siguiente a la charla tan sincera que había tenido con su abuelo, Jack había rellenado los papeles para transferirle las acciones. Ya no habría más interferencias, no habría más reuniones mensuales en forma de desayuno, aunque Jack había insinuado que le gustaría mantenerlas.

Pero el negocio y cuánto había mejorado la relación con su abuelo no le importaban tanto sin Kat en su vida. Sin embargo, aunque se sentía como si le hubieran partido el corazón en dos, no podía lamentar el tiempo que habían pasado juntos. Los últimos tres meses habían sido los mejores de su vida.

Miró el reloj. Era hora de volver a la orilla.

Se tendió en la tabla y al mirar hacia las escaleras que conducían a su casa se extrañó al ver una figura bajando por ellas. Parecía una mujer con el pelo oscuro y las piernas largas.

Reconocía ese cuerpo, ese top de bikini. Se lo había quitado unas cuantas veces allí mismo, en Nevis. Con el corazón acelerado, empezó a remar con los brazos sin dejar de mirar a Kat, que tenía el rostro cubierto por unas gafas de sol grandes. También irían fuera, junto con el top del bikini, los vaqueros cortos deshilachados y cualquier otra cosa que llevara encima.

Ya cerca de la orilla, se colocó la tabla bajo el brazo y echó a correr. Solo se detuvo para quitarse la cuerda del tobillo y tirar la tabla en la arena.

¿Habría ido a verlo o le habría pasado algo a Cath? ¿O a Harrison? Si Harrison hubiera muerto, Jack se lo habría dicho. Esperaba que no portara malas noticias.

Dejó de correr. No estaba preparado para más dolor.

Kat caminó hacia él y se detuvo a unos metros. Se metió las manos en los bolsillos traseros y se balanceó sobre los talones.

—Te quiero.

Jonas oyó las palabras, pero no entendió lo que intentaba decirle. Por eso se centró en lo único que entendía.

—Te has cortado el pelo.

Kat se pasó una mano por su moderno corte de pelo y enarcó una ceja.

—¿Vuelo durante horas para decirte que te quiero y las primeras palabras que salen de tu boca son sobre mi pelo?

—Me chisporrotea el cerebro. ¿Estás segura?

—¿De que te quiero? He usado la tarjeta de crédito que me dejaste para pagar el billete. Me ha supuesto mucho esfuerzo, pero lo he hecho.

Siempre se había negado a usar la tarjeta, pero ahora lo había hecho para ir a decirle que lo quería. Ese pequeño gesto le dijo todo lo que necesitaba saber. Felicidad y mucho alivio lo invadieron haciendo que le temblaran las rodillas y se le cerrara la garganta.

Se acercó y le quitó las gafas de sol.

—Dilo otra vez.

Necesitaba oírsele decir mientras la miraba a los ojos para asegurarse de que no se había vuelto loco.

—Te quiero. Y seguiré diciéndotelo hasta que me creas.

Jonas rodeó ese precioso rostro con las manos y le acarició las mejillas.

—Yo también te quiero.

Kat lo agarró de la cintura y cerró los ojos.

—Gracias a Dios. Lo supuse, pero no estaba segura.

Jonas la acercó a su cuerpo.

—¿Cómo podías dudarlo?

—No me lo dijiste. Pero luego vi lo que hiciste por mí y lo vi todo claro. Gracias. Gracias por todo. Por el tratamiento de Cath. Por el coche. Por pagarme los estudios. Por el anillo. ¡El anillo!

Jonas le miró las manos y se extrañó al ver que llevaba el anillo de ópalo en el dedo anular y el de zafiro en la otra mano.

—Aún llevas mi anillo de compromiso.

—Eso parece.

—¿Por qué?

—Me gusta y me gusta estar prometida contigo. Y supongo que lo seguiré llevando hasta que hagas oficial la ruptura de nuestro compromiso.

Jonas se sintió relajado. Kat estaba allí. Lo quería y su mundo ahora era perfecto.

—El infierno se congelará antes de que yo anule nuestro compromiso.

La besó en los labios sabiendo que le costaría parar. Sin embargo, primero tenía que hacer algo.

Ella, que estaba sonriendo, se quedó perpleja al ver que le quitó los anillos.

—¿Qué haces?

Jonas, en lugar de responder, se arrodilló.

—Esto no se trata de un acuerdo temporal. Te quiero. No quiero pasar ni un día más sin ti. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —respondió ella con la mano en el corazón.

Jonas, suspirando aliviado, abrió la mano.

—Elige uno como anillo de compromiso o, si lo prefieres, podemos encargarnos de otro. Aunque te aviso que será caro.

Kat agarró el de zafiro, se lo volvió a poner en el dedo corazón de la mano derecha y luego agarró el de ópalo.

—Este. Fue el primero que me diste y el único que necesito. Aunque estaría bien uno de boda a juego.

Jonas, con dedos temblorosos, se lo puso.

—Lo eres todo para mí, Katrina —dijo con la voz entrecortada—. La riqueza y el éxito no significan nada si no estás en mi vida. Tú eres mi vida.

Kat lo abrazó y lo besó en el cuello.

—Qué feliz soy de estar aquí contigo. Es lo único que necesito.

Jonas la rodeó con fuerza, feliz de tener el sol poniéndose a su espalda y a Kat besándole el cuello.

Eso sí que era paz. Puro éxtasis.

Ahora sentía que era quien debía ser; la persona a la que Kat amaba. Sí, desde luego, era un rico heredero y promotor inmobiliario, pero ser el amante, el amigo y el marido de Kat sería su trabajo más importante.

Y como amante, últimamente había desatendido sus obligaciones.

La levantó en brazos y corrió hacia las escaleras. No podía esperar más a desnudarla.

Se detuvo en los escalones, miró a su alrededor y recordó que la playa era privada. No tenía por qué esperar.

La dejó en el suelo y tiró del lazo que le sujetaba el top. Ella lo sorprendió al desabrocharle el nudo del bañador. Lo necesitaba tanto como él a ella. Quería llorar de alegría.

Kat empezó a acariciarlo, pero él le agarró la mano y se la besó mientras la miraba a los ojos.

A Kat le brillaban los ojos de emoción.

—Solo me importa que sepas cuánto te quiero —dijo ella acariciándole la cara—. Creo que nuestro nuevo compromiso va a tener un comienzo genial.

Sí, pensó Jonas, porque ahora estaba cimentado sobre una base dura como una roca.

Le lanzó una sonrisa pícara y guio la mano de Kat donde deseaba que estuviera.

¿Qué iba a hacer un hombre en una playa privada con la mujer que amaba y que lo amaba, y que además resultaba ser tremendamente atractiva?

Pues todo.

Y Jonas lo hizo todo y más.